


El holocausto y los autómatas. Libro I: La purga.

Christo Herrera Inapanta

Del autor de El Odio y la Muerte



**EL
HOLOCAUSTO
Y LOS
AUTÓMATAS**

LIBRO I: LA PURGA

CHRISTO HERRERA INAPANTA

Capítulo 1

INTROITO

Elenfar Mursif soportaba el llanto al ver las convulsiones de su hija. El cuerpo pequeño de Silvita se retorció, y su boca se llenaba de espuma.

Ya en una clínica, él y dos enfermeras corrían por un pasillo. Llevaban a la pequeña en una camilla a una sala de urgencias. Elenfar apretaba la mano de su hijita con cariño, angustiado por la salud de ella. Ahora lloraba, y veía el cuerpo de Silvita estirándose como si le dislocaran los huesos.

Le aterraba pensar en la muerte cuando le miraba los ojos abiertos y sin pupilas.

—Límpiele la boca —le gritó a una de las enfermeras.

—Señor, debe tranquilizarse. Será mejor que se quede en la sala de espera.

—¡No me calmo! —dijo Elenfar.

A pocos metros al frente había una puerta. Se detuvo cuando vio salir de ahí a cinco doctores que se interpusieron entre él y las enfermeras. Soltó la mano de su hija, y las enfermeras se la llevaron.

—Señor, no puede entrar—dijo uno de los doctores.

Elenfar vio alejarse la camilla. Miró los pies de su hijita, aun retorciéndose bajo la sábana azul.

Aguardaba en un asiento de plástico azul en la sala de espera. Hacía frío. Abría y cerraba sus piernas, y se frotaba las manos con desesperación. Tenía sed, pero no dinero.

Miró hacia los pasillos y vio luego a las enfermeras que se llevaron a su hija a una sala de emergencias. Se levantó, y las esperó en aquel lugar.

—¿Cómo está mi hija?

—Está estable, señor. Pero necesita medicina de urgencia, y debemos hacerle exámenes para saber porque tiene esas convulsiones. ¿Qué enfermedad tiene su hija?

—No lo sé, por eso quiero que le hagan los exámenes—dijo al cabo de un rato. Nunca le pudo hacer estudios a su hija. Nunca tuvo dinero.

—Denos los datos de su hija y los suyos para poder ingresarla en el sistema estatal de salud. Debemos hacerle los estudios de inmediato.

—No... ¿No le pueden curar ahora?

Las enfermeras se miraron entre sí.

—¿Hay algún problema señor? ¿No tiene identificaciones?

—¿Usted es... humano, señor?

—No. Soy atili. Mire, tome, tome —dijo Elenfar. Las manos le temblaban. Debían ayudarle a su hija. Le prometieron que le ayudarían. Tomó su billetera del bolsillo del pantalón y le dio su identificación a la enfermera.

—Deme el número de su celular también para verificar en el sistema.

—Sí, claro.

Elenfar estaba sentado en la sala de espera. Abría y cerraba las piernas. Se mordía las uñas. Miraba a la recepción donde las enfermeras hablaban con la recepcionista, y verificaban datos. Sentía que sudaba frío.

—Protectores, santos, por favor, deben ayudar a mi hija, ella no tiene la culpa, tiene la mitad de su sangre, el santo Atili-Eldaie lo comprendería—. Murmuró. Una de las enfermeras salió de la recepción. Su rostro era serio, y Elenfar repitió su plegaria.

Se levantó cuando llegó la enfermera.

—Señor Mursif. Siento decirle esto, pero no podemos ingresar a su hija al sistema de salud nacional. El servicio gratuito estatal es para atilis de sangre pura. La madre de su hija es humana.

—Sí, sí. Pero mire, tengo este salvoconducto —dijo Elenfar.

Trató de sonreír. Aunque las comisuras de sus labios parecían rocas y apenas podía murmurar. No obstante, tenía la certeza de que con el salvoconducto que consiguió podrían atenderle a su hija. Sacó de su billetera un papel que estaba doblado y se lo dio a ella—. Ande, tómelo. Me lo dio el ministerio de salud, de hecho, el propio ministro de Cultura me lo entregó.

—¿Ministro de cultura? —preguntó la enfermera. Elenfar miró su incrédulo rostro.

—Tonta, tonta—, le dijo Elenfar en su mente. Él no mentía. El documento era original.

—Mire, sé que suena loco. Pero el documento es real. Mírelo.

La enfermera hizo una mueca de pena. Su rostro mostraba esa lástima que se siente por los locos, pero él no estaba loco. Él se ganó ese salvoconducto. Le estiró el papel. La enfermera lo tomó y suspiró fatigada.

La vio caminar de nuevo hacia la recepción. La recepcionista y la otra enfermera lo regresaron a ver con la misma expresión de lástima. Pero él estaba seguro que con eso le atenderían rápido a su hija. Las vio revisar en el computador, las vio mirar fijamente algo. Luego, la misma enfermera que habló con él, volvió con el papel en su mano y sus otros documentos.

—Lo siento, señor Mursif. No podemos atender a su hija.

El cuerpo de Elenfar de pronto se desarmó y sus labios temblaron. Se pasó una mano a la cabeza, se sobó los cabellos. Luego tomó los documentos.

—Lo siento. Pero si no tiene dinero, tendrá que llevar a su hija a otro centro de salud.

—¿Y dónde mierda me la van a atender si es mestiza?

El grito llamó la atención de todas las personas de la sala de espera, del guardia que estaba parado en la puerta de entrada, y los doctores que pasaban por ahí.

—Revise bien el documento. Es real, me lo dio el mismo Salomón Knocks, ministro de Cultura. Sé lo que digo, no estoy loco.

—Lo siento —dijo la enfermera, entre enfadada y triste—. Alistaremos a su hija para que se la lleve.

—No la sacarán de aquí —dijo Elenfar—. La van a atender.

Metió su mano al bolsillo, y tomó su anillo de poder. La enfermera dio un paso atrás, asustada. El anillo de Elenfar brilló, y de pronto sintió que le sujetaban fuerte de sus flacos brazos y lo arrojaban al suelo. Se golpeó la mejilla derecha en la caída, escupió baba, y miró las botas del guardia que

lo había inmovilizado.

—Suélteme.

—Tranquilícese señor —dijo el guardia.

Elenfar sintió que le quitaban el anillo del dedo. Después de todo, no podría hacer nada con él en ese momento. Ni tenía saeta, ni tampoco agua. Después de todo, su habilidad etérea era la más inútil de todas. Le hubiera gustado tener los poderes del fuego, o del rayo, y obligarles a curar a su hijita. Su pobre hijita.

—Está bien. Está bien. Me llevaré a miya. Me iré de aquí.

El guardia lo soltó. Elenfar se puso de pie, y lo miró furioso.

—Deme mi anillo.

—Le devolveré cuando se vaya, señor. Aunque sabe usted que es prohibido llevar anillos en público. Debería denunciarlo.

—Señor Mursif —dijo la enfermera con tono iracundo. —Venga, ayúdenos a vestir a su hija.

Elenfar la siguió. Miraba la espalda de esa odiosa enfermera. No le costaba nada ayudar a su hija. Darle algún medicamento. Total, su hija era medio atili. Tenía derechos.

Si pudiera matarla lo hiciera ahí mismo.

Caminaron por pasillos blancos y subieron a un segundo piso. Entraron en un cuarto donde vio algunas camas hospitalarias. Al fondo, a la izquierda, vio a dos enfermeras y a un doctor alrededor de una cama.

La enfermera que lo guió hasta ese lugar se quedó quieta unos segundos. Volteó a verlo. Algo andaba mal. El rostro de esa puta cambió al espanto. Elenfar corrió hacia donde estaban ese doctor y esas dos enfermeras. Miró la cama. Ahí estaba su hija. Tenía suero y oxígeno, pero no se movía. Debe estar dormida. ¡Debe estar dormida!

Elenfar se acercó. Las enfermeras le abrieron paso. Tocó los hombros pequeñitos de su hija.

—Mija, mija, despierte que nos vamos —dijo Elenfar. Le corrieron las lágrimas por las mejillas—. Mijita, mijita—. dijo y la sacudió más fuerte. Pero no despertó.

El automóvil se estacionó junto a una vereda. Era la madrugada. Elenfar vio a Maricela apagar el auto y las luces. Maricela abrió la ventana. Luego sacó un poco de tabaco preparado de su bolsillo.

—No fumes ahorita esa cosa, te necesito lúcida —le dijo Elenfar. Agarró la mano huesuda de la mujer. Sus pecas y su piel amarilla se resaltaron con las luces de las farolas de la clínica. Maricela hizo una mueca de desprecio. Elenfar la soltó. Maricela guardó el tabaco preparado en su cajetilla, y encendió el radio del auto.

—¿Al menos puedo escuchar la radio?

—Hazlo en bajo volumen.

—Oye, sabes que si nos quedamos aquí, mucho tiempo, los autómatas de parqueo nos van a filmar, ¿cierto?

—Lo sé. No tardaré mucho —dijo Elenfar. Se giró el anillo de poder en el dedo índice. Esta vez sí le daría buen uso. Se pasó su mano a la altura del pulmón derecho, y sintió el cañón de su saeta. Mataría a esas hijas de perra que no atendieron a su hija.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? Yo también le quería a la Silvita, pero... ya no tienes por qué hacerle caso al verga ese que te mintió.

—Sé lo que hago— dijo Elenfar.

—Al menos apagaste el celular.

—Está en casa, mierda, no jodas.

Maricela resopló y murmuró algo que Elenfar no alcanzó a escuchar. Daba igual. Miró hacia la clínica, a una cuadra de donde estacionó el automóvil. Las enfermeras deberían salir en unos minutos. Oyó la radio encenderse. Se acercó a la perilla y le bajó el volumen. Maricela volvió a resoplar, se quitó el cinturón de seguridad y se arrellanó con los brazos cruzados.

Escucharon en silencio la radio.

—Señor secretario. La ciudadanía, y me incluyo ahí, está indignada. Existe la percepción de que el estado no hace nada por bajar los índices de criminalidad. El caso de los fundamentalistas endromelianos es alarmante. Ha habido un incremento en la tasa de homicidios del quince por ciento, sólo en el último trimestre del año.

—Entendemos que la ciudadanía esté preocupada —respondió quien debía ser el secretario. Su voz era serena—. A veces las percepciones ciudadanas son incorrectas. No...

—Cambia de eso, que me enferma oírle hablar al gobierno —dijo Maricela.

—Cierra la boca —dijo Elenfar, molesto, le alzó un poco el volumen. Maricela murmuró algo.

—...la situación se arregle. Hay otro tema que está rondando ahí en la opinión pública. Me gustaría que le responda a la ciudadanía. ¿Cuál es la posición del gobierno sobre una posible purga de seres humanos?

Elenfar escuchó la risotada del secretario, se lo imaginó revolviéndose en su silla —Quiero que quede claro. ¿Está bien? ¡No habrá nunca una purga! Los atili no ganamos la guerra para portarnos como los humanos se portaron con nosotros. Repito. ¡No habrá tal purga! Por los protectores. Es tan ridículo como el rumor de que el Estado quiere convertir a los atili en autómatas.

—Sin embargo, la percepción ciudadana es que el grupo fundamentalista de las ocho estrellas, o endromelianos, han hecho muchísimo daño. En este momento debe haber alguno de ellos matando a un atili, señor secretario. Todos los endromelianos son humanos. Todos ellos han matado.

—Entiendo la preocupación de la ciudadanía. Quiero que se mantengan en calma. La policía trabaja muy duro para desmantelar este grupo terrorista. Si bien son muy peligrosos, no por eso podemos culpar a todos los humanos.

—Pero, señor secretario...

—Sí, sí. Sé lo que va a decir. Y estoy de acuerdo. Todos los fundamentalistas son humanos. Eso no significa que todos los humanos sean fundamentalistas. Debemos creer en los protectores y en el trabajo de la policía para erradicar esa plaga. Tengan confianza.

—Entiendo. Pasemos a otro tema. ¡Hyspabia! Se habla de que ese país se está militarizando cerca de las provincias de Cyrog o Puntablanca. De hecho, el ministro de defensa pidió este lunes que se refuerce la frontera con ese país. Sea sincero, señor secretario: ¿hay la posibilidad de una guerra con el país vecino?

—¡Ninguna! Las tensiones con Hyspabia aumentaron cuando asumimos el control de Xances, pero nuestros embajadores hacen todo lo posible para

evitar una guerra con ese país.

—¿Y qué hay con el bloqueo económico que nos impusieron?, señor secretario, están prohibiendo que nuestros medios de transporte crucen a otros países como Elgandes con quien Xances ha mantenido relaciones comerciales desde hace siglos.

—Mire, Augusto. Hyspabia es un país soberano, y como tal debemos respetar su posición. Sí le puedo decir que nadie quiere una guerra. Xances es un país pacífico.

—Señor secretario. El ministro de economía de Hyspabia ha mencionado que seguirán con el bloqueo económico a nuestra nación, si no detenemos nuestros planes por estatizar los sectores privados.

—Por ese lado. Entiendo que haya cierta desconfianza con nuestra nación. Lo que Hyspabia teme es que Xances se quede con las empresas de hyspabianos que se crearon en nuestro país. No hay que temer. En todo caso. Este tema lo discutimos con base en el respeto a la soberanía de cada pueblo. Nosotros estamos en la facultad de estatizar toda empresa que haya cometido actos de corrupción. Nuestro afán es garantizar el bienestar del ciudadano. El presidente de Hyspabia deberá entender que...

Elenfar sintió la mano de Maricela moverle el hombro.

—Mira, ya salieron. ¿Son esas dos?

Apagó la radio. Miró hacia el frente. En la vereda de la clínica vio a dos mujeres. La reconoció de inmediato. Esa era la puta que dejó morir a su hija. Y la otra, sí, precisamente, la otra también lo es.

—Arranca. Síguelas, pero no prendas las luces.

Mientras Maricela encendía el auto. Elenfar se ajustaba su anillo al dedo. Tomó su saeta y la guardó en el bolsillo del pantalón. Abrió la guantera y tomó el revólver. Pesaba. Sin soltarlo, lo apoyó sobre su regazo.

El automóvil se acercaba lentamente hacia la vereda donde las enfermeras caminaban. Conversaban. Elenfar miraba cómo el vaho salía de sus bocas. Rieron. Hijas de puta. No se rían. Elenfar respiró profundamente tratando de contener el exceso de latidos que le oprimían el pecho. Miró hacia el fondo de la calle y a las veredas. No había gente. Todo estaba oscuro. El automóvil pasó junto a las enfermeras. Elenfar las inspeccionó de nuevo. Sí, eran ellas. El automóvil se les adelantó unos metros.

Inspiró profundo, se quitó el abrigo, y salió del auto.

Sintió el aire helado quemarle el rostro. Debajo de él tenía el hábito del grupo fundamentalista de las ocho estrellas. Las enfermeras se detuvieron, parecía que lo identificaron. Titubearon a lo lejos. Elenfar podía sentir su miedo; pero él estaba más nervioso. —Hazlo por Silvita—, se dijo. Se acercó. Les apuntó con el arma. Tiró para atrás el martillo del revólver. Una gritó.

—Por Éndromel —gritó Elenfar, y haló el gatillo con fuerza. El estruendo lo ensordeció. A la una le dio en la cabeza. Bien. Pero la otra. La otra se negó a curar a Silvita. Ella sí merece sufrir.

Caminó hacia ella, la enfermera se cayó junto al cadáver de la otra. Sollozaba. Temblaba exageradamente en el suelo, y parecía convulsionar.

—No me mates, no me mates, por favor.

Elenfar oyó la bocina del automóvil repetidamente.

—Elenfar, vámonos, viene la policía —escuchó a Maricela.

Elenfar la miró. Tenía el medio cuerpo fuera, a través de la ventana del auto. Sintió luego que le halaron del brazo. La enfermera se abrazó a su mano, le mordió. Elenfar gritó adolorido, le golpeó el rostro y le pateó en el abdomen. Ella cayó. Pero Elenfar ya no sintió el revólver en su mano.

Oyó la bocina del auto, y en la distancia, la sirena de la policía. Miró en el suelo. No encontraba el revólver. La enfermera tosía, botaba sangre. Elenfar sacó la saeta y le apuntó. La enfermera cristalizó su mirada. No olvidaría esa mirada sucia, y suplicante. Él también le suplicó para que salve a su hija.

—Eres un atili...

—Ahora quiero que te salve el Estado, puta —dijo, y le disparó las balas azules y luminosas, una, dos, tres veces.

Oyó la bocina del automóvil repetidamente, y también las sirenas de los autos de policía. Levantó la mirada hacia el poste más cercano: una pequeña águila de plástico, soldada a la cima lo miraba, y, como debía ser obvio, grabó en el sistema de vigilancia universal todo lo que hizo.

Capítulo 2

PARTE I

Capítulo 3

Capítulo 1: El cuaderno de Doramina

Edward asistiría a dos reuniones aquella tarde.

Aún vestía el uniforme negro de justiciero, su chaqueta larga y su camisa blanca. Se estacionó en un parqueadero privado a dos cuadras del café donde vería a su hermano Ricardo. Prefirió dejar el auto ahí porque confiaba más en los autómatas que en los humanos que cuidaban las veredas de las calles. Apagó el vehículo, se retiró la saeta del cinto y también el escudo etéreo y los guardó en la guantera. Su anillo de poder sería la única arma que pensó llevar.

La saeta era el arma atili por excelencia. Parecía una pistola convencional: cañón y gatillo plateados en forma de L con un arco en su ángulo. Pero era distinta de las armas humanas: no carga balas, toma el aura del atili que la usa—siempre y cuando cargue un anillo de poder—. Con esa energía, el arma fabricará sus proyectiles, más letales que cualquier munición de fabricación humana. Esa arma, sumada al escudo etéreo, que era una placa redonda de quince centímetros con un gatillo en el centro, ayudaron a los atilis a ganar el gobierno del Estado de Xances hace doce años.

Miró su celular. Presionó el botón del apagado.

—¿Por qué va a apagar su celular? —leyó en la pantalla.

Debía escoger entre alguna opción. El Estado controlaba todos los celulares, sus cámaras y micrófonos. Prefirió seleccionar la opción: Función activada incorrecta. Dejó su celular encendido. Le puso el cable del cargador y lo dejó sobre el asiento del piloto.

Bajó del automóvil, a medio metro frente al capó vio al autómata N-017 que custodiaría su vehículo. En su metálica mano abierta, señal de pare, había una ranura en la cual puso cinco chalers. Luego, tomó el boleto. Se acercó a la ventana de su automóvil. Miró la pantalla de su celular y verificó que el autómata haya comenzado a grabar a su auto.

Se preguntaba el qué motivó a la Corporación Cromes a dar forma humana a todos sus robots, bastaba con solo una estaca de hierro y un cubo computarizado con cámara para realizar la misma tarea.

Salió del parqueadero y comprendió que el verano agonizaba. Un viento frío le abrió la chaqueta y vio en el cielo las cenizas de un día soleado. Cruzaba la calle en dirección al café Juyung, contando las veces que había

dicho no a la reunión con su hermano. De seguro él ya llegó.

Quería calmar la ansiedad, tomó un cigarrillo y lo encendió tras crear con su dedo índice una llama. Un aura roja destelló en su anillo de poder, aunque no necesitaba uno, prefería mantener escondido aquel secreto: su padre, Tolk Salam Salazar, aún era buscado por toda la república de Xances.

Ya podía ver el café a pocos pasos, las paredes exteriores de cristal reflejaban las veces que él y su hermano se reunieron y discutieron sobre asuntos familiares. Podía ver en la esquina, donde hay un pequeño árbol, el último día en que se dieron de golpes, patadas, rayos y fuego. Aspiró su cigarrillo, prefería evitar los malos recuerdos.

Entró en la cafetería: sillas de mimbre y paredes de ladrillo embarnizado. Murmullo de coloquio y tintineo de cristal. En una esquina: Ricardo y Carla. No distinguía lo que había en su mesa, pero, apostaba a que la bebida de Carla era mocaccino y su comida un pastel de zanahoria. Le importaba un bledo lo que su hermano haya estado comiendo.

Tenía un hormiguero en la boca del estómago y acidez en la garganta. Bufó con ironía, se acercó, y, aun estando a dos metros frente a ellos, Ricardo y Carla no reparaban en él.

Miró en las esquinas superiores del café. Había cinco cámaras, pero Ricardo se había colocado en un punto ciego.

Haló una silla, el chirrear de las patas erosionaron el suelo de madera, pero no iba a sentirse triste por una cicatriz producida a un suelo que odiaba pisar. Se dejó caer como un bloque sobre el asiento. Ricardo y Carla enmudecieron, y Edward rio para sí. Salivó y jugó con sus dedos sobre los brazos de la silla. Necesitaba otro cigarro.

Edward levantó el brazo derecho, mimetizó la presentación de una obra y dijo: —Con que viajar hacia Actertal—. Se puso serio. Colocó sus manos sobre las rodillas y acechó a los ojos marrones de su hermano que parecían pequeñas canicas en su horrenda cara cuadrada.

—¿Por qué? —concluyó Edward.

Ricardo rio con su mano derecha sobre su estómago y con su otra mano habrá apretado la rodilla de Carla bajo la mesa. Aunque Edward prefirió no verla, sabía que ella no disimularía su sonrisa.

—No sabes el gusto que me da verte de nuevo—dijo Ricardo. Se acomodó en su asiento. Su risotada devino en una sonrisa amable que no descolgó

de su cara. Miró hacia la barra de la cafetería y levantó su pulgar.

Edward se tragó el exceso de saliva, regresó a ver a Carla de soslayo, por medio segundo: Sus delicados pómulos se resaltaban con su sonrisa tonta. Ella habrá hecho el pedido y él lo confirmó cuando el mesero le sirvió un café cortado con un pastel de choclo, jamón y queso.

—Carla me dijo que te asignaron el caso de los fundamentalistas endromelianos —dijo Ricardo.

El pastel se cortaba como mantequilla, y al rato que masticaba un pedazo del manjar, miró a Carla: sus cabellos castaños recogidos en una coleta de caballo le regalaban años de juventud. Sus mejillas sonrosadas por el calor de la cafetería, o porque habrá bebido algo antes de llegar a la reunión le daban el aire de una infante. Carla sonrió como se sonríe al mejor de los amigos; pero Edward no le quitó la mirada hasta que su hermano habló con tono serio.

—Dicen que un hombre mató a dos enfermeras ayer.

Edward escribió sobre una servilleta —¿Celular? —, y se la dio a su hermano.

Ricardo lo leyó y negó.

—Bien ¿Para qué quieres ir a Actertal? —preguntó Edward con tono suave. Cortó un pedazo de pastel y lo masticó. Notó que el talón de su pie derecho subía y bajaba.

Ricardo mudó su sonrisa torpe a una expresión severa. Ahora sí parecía más el Ricardo que él conocía. Su hermano miró a Carla, asintió, y la mujer sacó de su bolso un sobre de manila que lo puso sobre la mesa junto a su café cortado.

Edward sorbió un poco de café al rato que abría el sobre amarillo. Extrajo un cuaderno grande de dibujo en cuya portada habían escrito el nombre de su hermana, con recortes de enormes letras coloridas: Doramina. El frío le arañó los nervios y su talón dejó de bajar y subir. Se reclinó al espaldar de la silla. Miró los dibujos: retratos de él, de Ricardo, de su madre y de alguna foto de su padre, también dibujos de sus mascotas de la infancia y de la vieja casa donde vivían, de plantas y de muñecas.

Hace doce años, el día que los atili se alzaron como ganadores de Xances e instauraron un nuevo gobierno que derrocó al dictador humano Higil; ese mismo día, el grupo fundamentalista endromeliano de las ocho estrellas de la religión humana estalló una bomba en el cuartel décimo tercero donde se habían reunido familiares de los soldados atili para la ceremonia nacional, por el fin de la Tercera Guerra Civil. Su madre,

Esther, y Doramina estuvieron en aquel lugar y murieron, sepultadas bajo los escombros, o destrozadas, él nunca lo supo.

Edward suspiró: como justiciero civil estaba a cargo de investigar a los humanos endromelianos que operaban en Jamur. Los ataques del grupo de las ocho estrellas se incrementaron hace años, asesinando atilis, y ahora sus fuerzas se desplegaban en diferentes células alrededor de toda Xances.

Al ver el último dibujo: una simple y llana paloma, Edward cerró el cuaderno y visualizó bajo su chaqueta la herida que se hizo en el brazo el día que murieron Doramina y su madre. Su cuerpo se tornó rígido y las palpitaciones lentas. Levantó su mirada hacia Ricardo. Aquella severa expresión de su hermano, de seguro, él la tenía ahora.

—¿De dónde lo sacaste?

—Me lo enviaron.

—¿Quién?

—Está en la página trece.

Edward frunció el ceño, extrañado. Hojeó el cuaderno hasta el retrato de su padre, Tolk Salam Salazar. Apretó sus puños y las hojas del cuaderno se estiraron y crujieron entre sus dedos. Se levantó aturdido, dejó el cuaderno sobre la mesa y salió del establecimiento.

El viento frío despejó sus mareos. Tomó un cigarrillo que se lo llevó a la boca con turbulencias en la mano. Lo encendió y aspiró el humo, tan profundamente, que su tráquea y sus pulmones se quemaron. Cerró sus ojos fastidiado: no iba a disfrutar aquel cigarrillo.

Que su padre haya enviado el cuaderno de dibujos de su hermana abría una pregunta: ¿Por qué la tenía él?; y que su hermano le haya insinuado ir a Actertal, hace más de mes y medio, significaba que su padre vivía y deseaba verlos.

Metió a fuerza el humo de tabaco en sus pulmones, y tosió.

No es que Edward odiara a su padre por haberlos abandonado; sino que, tuvo problemas su vida entera por su apellido Salazar: Cuando su padre huyó del país, la Corte de Gaia, órgano legislativo y judicial de Xances, les quitó todas sus propiedades salvo la casa. Aún recuerda a su madre llegar del trabajo en las noches, en esas horas revisaba deberes, hacía la comida. Luego, su conscripción al cuerpo de justicieros civiles de Xances se retrasaron cinco penosos años hasta que el gobierno estuvo seguro de que él no era un traidor a la sangre atili como sí lo fue su padre. La

situación de Ricardo no fue menos favorable, tuvo que suplir el rol del padre, trabajar a medio tiempo para que Edward y Doramina pudieran estudiar; Edward, a su vez, hizo de ama de casa cuidando de su hermana, menor a él con nueve años.

Se terminó su tabaco en tan solo cuatro caladas cuando la pesada mano de su hermano cayó sobre su hombro. Se sobresaltó y se retiró del umbral de la puerta. Caminó hacia la esquina, bajo el árbol donde alguna vez los dos pelearon, y cuyas hojas eran azotadas por el viento. Arrojó ahí la colilla del tabaco. Se cruzó de brazos, miró a su hermano acercarse.

—¿Me acompañarás? —preguntó Ricardo.

Edward sacó otro tabaco. Miró hacia las paredes de cristal de la cafetería. Carla estaba adentro.

—Visitarlo sería —se calló, miró hacia los postes. Había un águila vigía de plástico sobre ella, luego siguió con voz muy baja—. Ir allá significaría traicionar a la Corte de Gaia. Sabes lo que les hacen a los traidores en este país.

—Y no visitarlo sería traicionar la memoria de Doramina. Tengo más miedo de que sea expulsada de la morada de los protectores, que de lo que nos haga el gobierno.

—Es porque no conoces en verdad al gobierno.

—Hermano. Todo atili cumple su promesa.

Edward aspiró el humo del cigarrillo y lo lanzó hacia las hojas del árbol.

—¿De veras?, ¿Tú, hablándome de promesas? —preguntó Edward. Miró hacia Carla: bebía su mocaccino.

Su pecho quemaba; no obstante, tardó en entender que no era producto del tabaco sino de la rabia. Él y su hermano no rivalizaron nunca hasta cuando Ricardo le quitó a Carla con quien Edward estuvo ennoviado durante seis años.

—Sabes que lo de Carla fue distinto. Me disculpé contigo... Hermano, no puedo enfrentarme a él yo solo.

—Me pides que arriesgue toda mi carrera, mi vida.

—No eres el único.

—Entonces olvídale. Que se pudra allá. Qué beneficio nos dio él, sino desesperanzas. Quieres que te disculpe porque te revolcabas con Carla

mientras ella y yo éramos novios. Está bien. Te lo perdono, pero no vuelvas a proponerme que vaya a verlo a él, sólo porque te sientes comprometido con la memoria de Doramina: eso me parece una simple y tonta excusa.

Edward vio que Ricardo ponía su mano derecha en la frente y se apretaba el cráneo, lo hacía desde niño cuando estaba furioso y lo volvía a hacer en ese momento. Edward mantuvo serio su semblante. Aspiró el humo de su cigarrillo, arrojó la colilla al suelo donde la aplastó con su zuela. Desapegó su espalda del tronco del árbol, y sin despedirse, se retiró calle abajo, hacia el parqueadero donde estacionó su automóvil azul.

—Viajaré mañana a las seis de la mañana con Carla en tren. También tengo listo tu boleto —dijo Ricardo. Edward lo escuchó, y no lo regresó a ver.

Por la noche, Edward fue a la casa de su amigo, Mauricio Vizcaíno, como lo hacía todos los fines de mes, costumbre que se desarrolló a partir de las pesquisas obligatorias que debieron hacerle por su apellido. Habían reído y conversado sobre su vida, como todas las veces que se reunían, y en ese momento, a las once, él ya sentía sus dedos entumecidos y la cabeza embotada por el licor. Se hallaba sentado en una cómoda butaca frente a Mauricio y su esposa, Mónica. Mauricio cruzó su brazo sobre el hombro de su mujer, señora de cuarenta y tantos años, cuyas esbeltas piernas se ocultaban bajo la manta azul que usaba las veces que se anochecían.

En la mesa de centro había una botella de zizk importado de dieciocho años, casi vacía. Escuchaban unas baladas en la radio. Edward estiró su brazo hasta la mesa y dejó su vaso con zizk. Guardaba unos cuantos bocados que los iría saboreando de a poco.

—Iré a descansar —dijo Mónica. Dejó su vaso vacío sobre la mesa y luego enrolló su manta celeste entre su brazo izquierdo. Se acercó a Mauricio, con su mano libre le apretó los cachetes, y le dio un beso en la boca. Luego fue hacia Edward y lo abrazó.

—Piénsalo bien, hombre— dijo Mónica. Fue hacia la derecha de la sala de estar, subió las escaleras de madera apegadas a la pared, y desapareció.

Edward vio a Mauricio acercarse. La mirada del jefe del cuartel número trece era amable, evidenciada por unas muy arrugadas patas de gallo.

—Ahora sí. Cuéntame bien eso de que quieres vacaciones —dijo Mauricio

con la voz gangosa y las mejillas rosadas.

Edward se reclinó, miró a Mauricio y jugueteó con los pulgares de sus manos enlazadas sobre su regazo. En el trayecto que le tomó el llegar desde el centro de Jamur hasta la casa de Mauricio, discutió con su reflejo del retrovisor si debía o no acompañar a Ricardo. Podía perderlo todo si se arriesgaba a ser descubierto; sin embargo, si no lo acompañaba, perdería a su hermano, la única familia que tenía.

Luego, minutos después de que Mónica contó la historia de su familia, Edward le pidió a Mauricio un mes de vacaciones en un momento de euforia causada por el alcohol y la nostalgia. En realidad, podía pedirse dos meses sabáticos: nunca antes pidió vacaciones, razón por la cual, Mauricio se mostraba tan intrigado en la causa de su requerimiento.

Edward bajó la mirada. No podía decirle a Mauricio que iba a visitar a su padre. Aunque confiaba mucho en su amigo, revelar aquella información haría que los justicieros encarcelaren a Ricardo por guardar el secreto en lugar de denunciarlo. Tolk Salazar era tan enemigo de Xances, como lo era Hyspabia. Y el Estado no toleraba a los traidores.

—Ya que me asignarás el caso de los fundamentalistas endromelianos, pensaba descansar antes de emprender tremenda hazaña —dijo Edward. Levantó la mirada—. Y también quiero honrar la memoria de mi hermana, Doramina. Mi hermano encontró en el sótano de nuestra vieja casa un cuaderno de ella. Pensamos cremar el cuaderno y arrojar las cenizas hacia los cuatro vientos en la Cordillera Dorada, lugar que mi hermanita quiso visitar siempre.

—Me parece buena idea, y tendrás tus vacaciones; pero siento que me ocultas algo, Salazar.

Edward tomó su vaso con zizk y lo apuró. Dio un pequeño eructo cubriendo su boca con el puño, luego levantó sus cejas con fingida sorpresa.

—Sigo enamorado de Carla. Ahora tengo que soportarla en el viaje que haremos hacia la cordillera, y por eso quiero mantenerme borracho.

Capítulo 4

Capítulo 2: Las deudas se pagan

Diana cerró su libro y lo puso en la pila de los otros tomos de psicología que sustrajo de la biblioteca donde trabajaba.

Sus ojos pesaban como el plomo, pero leyó lo suficiente para no sentirse ignorante aquel día. Estiró sus brazos y lanzó un bostezo sonoro que quedó a medias cuando escuchó la vibración de su celular. Abrió el cajón de su escritorio.

Una alarma con el sonido de un carpintero golpeando madera le recordaba ir al banco antes que a la biblioteca. Puso sus ojos en blanco, desactivó la alarma y bufó con fastidio: ella no puso su alarma; sino el mismo Estado que conocía cada uno de los movimientos que debían realizar los ciudadanos atili. El Internet gratis le permitía al gobierno controlar a la población.

Diana guardó de nuevo el celular. Aspiró aire como meditando, se dio ánimos, victorias. Debía ir al banco aquella mañana y negociar con el dueño del dinero una deuda por el departamento aquel donde vivía con Darsy, su hermana, y que fue herencia de sus padres.

Se duchó y vistió ropas formales. Estuvo a punto de salir de casa cuando su hermana salió de su habitación con una urgencia mortal. Darsy era cinco años menor a Diana, y siempre le costaba levantarse. Su cabeza parecía un estropajo cobrizo, y llevaba una pequeña caja envuelta en papel de regalo dorado.

—Espera, quiero que tengas cuidado, Diana. El señor Sati hará lo imposible por molestarte y no es que seas el ejemplo vivo de la paciencia —dijo Darsy.

—¿Qué es eso que traes en las manos? —preguntó Diana con el entrecejo arrugado, aunque ya se lo iba imaginando. Le molestó el comentario que hizo su hermana. La única razón por la que dudaba de que la aceptaran en el cuerpo de justicieros, era porque había fallado muchas de las pruebas de manejo de emociones, y relaciones sociales.

Diana vio los blancos molares de su hermana cuando Darsy largó un bostezo y se fregó con el nudillo el ojo izquierdo, al rato que levantaba la caja.

—No quiero regalos para ese tipo —dijo Diana.

—Hazlo por mí. No quiero que nos niegue el plazo de la deuda.

Diana puso sus ojos en blanco, luego acarició la mejilla de su hermana.

—Todo estará bien. Confía en mí. Ya pronto me llegará la notificación del cuerpo de Justicieros.

Darsy se mordió el labio, dio la impresión de que iba a decir algo, mas, se limitó a poner la caja en el pecho de Diana.

—Solo dásela, por favor.

Diana esperó unos segundos antes de tomar la caja. Darsy la abrazó fuerte.

—Que los protectores te bendigan —dijo Darsy—. Iré a dormir antes del trabajo. Y por favor, por favor. No explotes.

Diana sonrió con sarcasmo. ¿Qué no explote?, ¡payasa! Miró a su hermana caminar descalza a su habitación, arrastrando sus pies y con la cabeza agachada. Miró el papel dorado que envolvía la caja, se alzó de hombros y se acercó a la puerta del departamento.

Llegó al banco a las nueve y media. En el basurero de la acera, en la esquina del banco, arrojó la caja de chocolates vacía. Se los comió en el tranvía con tal gozo que aún saboreaba entre su lengua y su paladar el relleno de caramelo de cereza del último dulce. El banquero Sati no merecía ni un caramelo recogido del suelo. Era lo que Darsy no lograba entender.

El banco era un edificio antiguo de piedra que cubría una manzana con sus jardines privados y sus museos. Tenía una escalinata con enormes pilares en el porche, y una cúpula que izaba la bandera verde con el escudo de Xances cuyo símbolo era el Gran Árbol de la Vida. La nueva ley exigía que todo edificio público o privado debiera izar esa bandera.

Entró al edificio y subió tres pisos hasta las oficinas de los administrativos. Ella conocía muy bien aquel lugar; lo visitaba frecuentemente y esta era otra de aquellas entrevistas que tanto detestaba. Caminaba rápido y sus pisadas eran fuertes, tan fuertes que producían eco en los pasillos de suelo marmóreo.

—Buenos días, señorita Asterman —dijo la oficinista cuando Diana preguntó por el señor Sati—, por favor, espérelo...

Todas las veces que llegaba a una entrevista programada, la hacían esperar. Se sentó con una pierna cruzada sobre otra en una butaca blanca entre la puerta del despacho del señor Sati y una ventana abierta. Fuertes vientos le llegaban al cuello y le hacían temblar. Le llegó un mensaje al celular. Diana no lo vio: debía de ser propaganda del gobierno, leyes, conductas para los ciudadanos.

Tomó de su bolso un libro y lo abrió; pero sus pensamientos estaban en la entrevista y también en la carta que debía recibir del Cuerpo de Justicieros civiles de Xances. Aunque ya se imaginaba vistiendo el traje de criminalística, le hubiera gustado venir con la carta de admisión y restregársela al banquero en su grasienta y gorda cara.

Un nuevo ventarrón entró por la ventana abierta y sacudió algunas hojas del libro. Lo cerró y escuchó la chapa de la puerta del despacho del señor Sati. Un hombre y una mujer, conversando y sonriendo, cruzaron la puerta. La secretaria miró a Diana y asintió. Diana se levantó, estiró su chaqueta y caminó. Debía estar segura de sí, no mostrarse débil.

Entró al despacho, una sala oval con muebles azul marino y retratos de antepasados de los banqueros que gobernaron ese banco. Ella sabía que los banqueros anteriores a la Tercera Guerra Civil fueron prestamistas y que ese banco atili se hizo rico cuando La Corte de Gaia asumió el gobierno de Xances.

Percibió el desagradable olor a eucalipto que había en la oficina. En mitad de la sala estaba el banquero, sentado tras un escritorio de cristal. Su ropa de talle exacto lo hacía ver más delgado, pese a la papada que se le escurría entre las solapas del cuello de su camisa blanca. A sus espaldas, un ventanal dejaba ver el enorme jardín privado del banquero.

—Buenos días, señorita Asterman —dijo el señor Sati.

—Buenos días —dijo Diana, con tono seco. Se acercó al escritorio, estrechó la mano del señor Sati, y se sentó.

—Espero escuchar buenas noticias.

—Por supuesto, me aceptaron en el cuerpo de Justicieros. Tendrá su dinero al término del otro mes.

—Al término del otro mes... Temo que deberé declinar sus palabras, señorita Asterman. Usted me debe la cuota de su departamento desde hace dos meses y...

—Le recuerdo que el plazo aceptado es de tres meses— dijo Diana.

—Y yo, que esto ya lo discutimos y el plazo está a consideración de la parte afectada, en este caso, el banco.

Diana desvió su mirada hacia una de las paredes. Se molestó. Repasaba algo en su boca con la lengua. Movi6 de arriba hacia abajo su pie derecho. Se rasc6 la oreja. Record6 a su hermana pidiéndole paciencia. Mir6 al banquero, y lanz6 una sonrisa.

—Señor Sati, con todo respeto. Sé que le debo la cuota del departamento al banco, o sea, a usted. Pero, le ruego, no, le imploro, que nos entienda a mi hermana y a mí. De momento se nos hace imposible pagarle la cuota. Me acaban de aceptar en el cuerpo de justicieros; además, sabe que me sostengo a penas con mi trabajo en la biblioteca central donde hago horas extra. Tendrá su dinero, eso se lo prometo.

Diana se sintió cansada al terminar de hablar. Vio que el banquero puso sus brazos sobre la mesa del escritorio y se inclinó hacia ella.

—Lo que le debe al banco, supera los plazos establecidos en el contrato. Son setecientos chalers, y al siguiente mes, serán novecientos cincuenta, más el interés. El banco no está en la capacidad de esperar tanto. No puedo esperarla esta vez. O paga el miércoles la cuota del banco, o tendré que desahuciarlas.

Una corriente helada se desplazó por la espalda de Diana. Miró el suelo brillante, y luego el ventanal a espaldas del señor Sati. Las nubes no daban tregua al sol y parecía que llovería pronto.

—No tengo esa cantidad de dinero.

—Ese no es mi problema —dijo el banquero. Se acomodó en el respaldo de la silla—. ¿Ha considerado en buscarse un marido que la ayude?

Diana se entretuvo mirando tras los ventanales a los sauces llorones del jardín. Escuchó la pregunta como un susurro lejano, y lo miró extrañada.

—¿Qué dijo?

—Si al menos usted o su hermana nos dieran la seguridad de que pueden pagar la cuota del departamento podría darles un plazo y extender su corte de pago. Pero, ni están casadas, ni comprometidas; eso, sin contar, y no quiero ser insensible con este tema, que sus padres murieron hace más de dos años.

La mandíbula de Diana tembló al rato que fruncía el ceño. Sus manos se sujetaban nerviosas. Apenas se dio cuenta que se punzaba la piel con las

uñas.

—¿Escuché bien las estupideces que dijo? —Diana se levantó— Usted es un hijo de... —respiró profundo. ¡Paciencia! sus labios temblaban—, viejo estúpido. Tendrá su dinero el miércoles.

Se retiró apresurada. Al llegar a la puerta del despacho escuchó la voz fuerte del banquero:

—Es mejor que tenga el dinero el miércoles al mediodía, o iré con la policía y la sacaré del departamento.

Abrió la puerta, salió, aunque deseó azotar la puerta hasta hacerla añicos, la cerró despacio. Miró a la secretaria, —Muchas gracias, señorita—dijo y se retiró del banco.

Salió de la institución y caminó hacia el borde de la escalinata gris. Sintió sus ojos húmedos, acusó a los ventarrones por las lágrimas. Miró desde el primer escalón de la escalinata hacia la avenida. Comenzaba a llover. Las personas caminaban rápido o se metían en las tiendas y restaurantes. Sentía un nudo en su garganta y su respiración agitada. Descendió la escalinata de piedra tratando de mantener el equilibrio. Sintió en la mejilla derecha el golpe de una gota de lluvia.

Caminó hasta la esquina de la cuadra donde un niño vendía periódicos.

—Uno, por favor.

—Son veinticinco durins —dijo el canillita.

Diana sacó el dinero de su bolso, sus manos temblaban. Cálmate maldita sea, cálmate, se dijo. Le pagó al canillita, y se retiró a paso lento por la avenida. La gente caminaba presurosa. Las gotas de lluvia se convirtieron en aguacero. Se detuvo bajo la marquesina gris de una cafetería que le cubrió de la lluvia. Le dolieron levemente los tobillos por el frío. El aguacero dispersó a la gente y creó tráfico en la calle. Abrió el periódico en la sección de trabajos. El viento apenas le dejaba sostener las hojas, y las lágrimas no le permitían leer los anuncios.

Capítulo 5

Capítulo 3, Una extraña habilidad

La colina era una sábana de nieve arrojando árboles desnudos de hojas, y las nubes obturaban al sol desde hace días. Edward y Ricardo se detuvieron sobre sus caballos y observaron el horizonte que parecía muerto, y cuya inercia se interrumpió por un dron con forma de colibrí, que, volando, los había guiado desde que llegaron a Actertal. Ricardo obtuvo aquel dron junto al cuaderno de Doramina, y mucho, mucho dinero para el viaje a ese país.

El aire frío traspasó la bufanda que envolvía la boca de Edward, le entumeció la lengua y la garganta. Ambos se miraron. Edward imaginó la sonrisa de su hermano bajo la bufanda por las patas de gallo que se le formaron junto a los ojos; aunque no le devolvió la sonrisa, asintió y miró de nuevo en lontananza. Estaba más preocupado en desanudar sus tripas: vería a su padre por primera vez.

—Ya estamos cerca —dijo Ricardo alzando la voz. El viento silbaba en los oídos.

—Esperaba un pueblo más numeroso —dijo Edward.

Se acercó a Ricardo. Había tres cabañas en la distancia; reconoció la casa en la que su padre vivía: una casa grande de dos pisos que más bien parecía ayuntamiento o ministerio. Inhaló, y luego soltó el aire formando una nubecilla que le empañó los anteojos.

Guiados por el colibrí de acero, descendieron la colina hasta llegar a la puerta de la casa de su padre. Cada trote que pisaban los caballos, era un enjambre de mariposas revoloteando en el estómago de Edward.

La casa tenía una tapia de barrotes negros y una puerta de rejillas abierta por dónde entraron al patio frontal. El colibrí rodeó una esquina de la casa y no volvió a aparecer.

La puerta de casa se alzaba tras una escalinata de cinco gradas, cubierta por un porche con columnas de piedra. Se apearon a escasos metros de ella. Ricardo tomó las bridas de ambos caballos y los guió hacia una ventana bajo la cual colgaba un tronco y los amarró ahí. Edward miró lo alto de la casa, y pensó en lo ridículo de que su padre, quien se esmeró tanto por desaparecer del mundo, estece viviendo en una casona llamativa y sin aparente protección.

No llegaron hasta la mitad de la escalinata, cuando vieron la puerta abrirse. Se detuvieron a ver a la persona que los recibió: una joven

pelirroja con ropas de lana blanca. Edward sintió el suave codeo que su hermano le dio.

—Bienvenidos —dijo la pelirroja. Sonrió y abrió la puerta de la casa por completo. Hizo una señal para que la siguieran.

Los hermanos entraron a la casa. Edward percibió un aroma a madera vieja y una tibieza que le incomodó por la cantidad de ropas que vestía.

—Es un gusto tenerlos aquí. Soy Karisha Remer —dijo estrechando sus manos— Pueden dejar sus abrigos junto a la puerta.

Edward se retiró su abrigo, bufanda y gorro, al igual que Ricardo. Miró el aspecto rural de aquella casa, distinto a los hogares de Jamur: madera y no cemento, plantas y no cables.

Entró junto a Ricardo a la sala de invitados. Había raíles cruzando el entablado del suelo que se perdían entre los distintos pasillos.

—Tomen asiento, por favor.

Un juego de sillones de cuero negro ocupaba el centro de la sala de invitados alrededor de una mesita de té. En la esquina derecha vio una chimenea sin brasas y se preguntó por el origen del calor de la casa. Karisha se sentó en una butaca, Edward y Ricardo, frente a ella, en un sillón doble.

Aunque el sillón era cómodo, le dolían las nalgas por haber cabalgado más de cuatro horas desde el pueblo más cercano donde se hospedaron el día anterior, por lo cual, buscó la postura más cómoda. Su hermano, en cambio, se veía relajado en la posición que adoptó. Karisha aplaudió un par de veces.

—Espero que el viaje no haya sido cansado.

—No quisiera pecar de impertinente —dijo Edward, sonriendo—, pero, la verdad es que me gustaría que nos mostrara lo más pronto posible a nuestro padre. Usted sabe que el gobierno en Xances nos tiene muy bien vigilados, así que, no quisiera generar ningún tipo de sospecha.

—Mi hermano tiene razón, no quisiéramos demorarnos en esta diligencia —dijo Ricardo. Incluyó su columna en dirección a la pelirroja.

—No hay nada que disculpar. Entiendo su postura con el gobierno de su país, además sé que el viaje debió de ser muy cansado —Edward estuvo a punto de interrumpir. No le gustaba ese lugar, no confiaba en esa mujer, menos en su padre. Debía convencerla de que se dé prisa. Antes de decir algo, la pelirroja mostró su palma en alto—Iremos a ver a su padre tan

pronto los ponga en contexto. Él se encuentra deteriorado y necesito aclarar algunos puntos. Él está aquí, tengan confianza.

Edward escuchó unos resortes y un sonido que se fundía entre el seco chirrido de una bisagra abriéndose con el de los engranajes de un reloj. Miró a la izquierda. Ricardo y la pelirroja también lo hicieron: Una mesa pequeña de metal con una cafetera aferrada a ella venía humeando. El aroma le abrió el apetito a Edward: no desayunó antes de montarse en los caballos. Se estiró, vio la base de la mesa rodando sobre los rieles hasta que se detuvo junto a la mesa de té. Nada la empujaba.

—¿Disculpe la pregunta? —dijo Ricardo—, ¿qué tipo de batería usa ese artefacto?

La misma interrogante le invadió a Edward. Los autómatas se hicieron famosos incluso antes de la Tercera Guerra Civil, sus torpes movimientos mecánicos eran graciosos, así como fascinantes por los complejos sistemas de software, engranajes y cuerdas que nunca alcanzó a comprender. La primera vez que vio un robot fue en una Mega exposición de inventos a la que acudió con su madre a los siete u ocho años. Transcurrieron veintiocho años desde entonces, y hasta la fecha, ningún autómata o artefacto funcionaba sin ningún impulso energético o motor. Por otra parte, los modernos diseños tenían baterías de litio que asibilaban como un asmático; sin embargo, aquella mesa era vieja y no parecía tener motor, u otra cosa que la impulse.

La pelirroja se levantó y sonrió complacida. Se hincó frente a la mesa metálica, abrió las puertas en la base, tomó tres tazas de porcelana y unos platillos. Acercó las tazas al dispensador que colgaba de un costado de la mesa, no muy distinto a un grifo de agua, y vertió la bebida que luego entregó a Edward y a Ricardo.

La pelirroja se sirvió una taza de café y se volvió a sentar.

—Lo que le da energía a esta mesa es la sangre de dios, usada como debería usarse: beneficiando a las personas—dijo—. En Xances prefieren llamarla el Éther.

—¿Habla en serio? —preguntó Ricardo. Dejó su café sobre la mesa de centro, sin haberla probado—¿Puedo?

—Adelante.

Ricardo se acercó a la mesa metálica y la inspeccionó como un perro olfateando algo novedoso.

—Señorita Remer —dijo Edward. Sabía cuándo el tonto de su hermano fingía sorpresa—. Sé que debe tener algún motivo para creer que debe

impresionarnos. Quizá al sabueso ese que está mirando la cafetera le parezca interesante todo esto. Pero le suplico. No trate de burlar mi inteligencia. El Éther no existe. De seguro esa cosa funciona con un control remoto. ¿Trabajan con la empresa Cromes?, ¿tiene alguna sucursal en este país? —dijo y buscó con la mirada algún mecanismo electrónico en la sala.

Ricardo se alejó de la mesa mecánica y se sentó sobre el brazo del sillón junto a Edward. Puso su brazo en el hombro de su hermano.

—Pues a mí me gustaría que nos hablara más de ello.

—Siempre tan político —dijo Edward. Retiró el brazo de Ricardo de su hombro, dejó su café en la mesa, se puso de pie y dijo tranquilo— Por favor, señorita Remer. ¿Dónde está nuestro padre?

Edward perdía la paciencia. Usualmente no lo sacan de sus cabales. Pero veía a Ricardo, actuaba tan normal, como si él no lo hubiera apuñalado por la espalda quitándole su novia. Luego, su padre se hacía de rogar. Y esa mujer, esa pelirroja viene y habla del Éther, y el tonto de Ricardo se hace el interesado cuando es un maldito escéptico y un cabeza cuadrada.

Karisha sorbió su taza con los ojos cerrados. Hizo caso omiso a las palabras de Edward o simplemente disfrutaba su bebida, él no lo sabía; tampoco gozaba de paciencia, ni deseaba escuchar los delirios de aquella mujer. Resolló, y caminó hacia una ventana ubicada al lado derecho de Karisha. Trataba de dominar sus impulsos, nunca se sintió así.

—Lo que ustedes verán cambiará su forma de ver al gobierno de Xances. Confío en ustedes porque han sabido guardar hermetismo al venir aquí —dijo la Pelirroja. Edward no volteó a verla; escuchó el tintineo de la taza sobre el plato y luego sobre la mesa de centro— ¿Entiende lo importante que es su padre para el gobierno de su país, cierto?

Los vidrios empañados no le permitían ver más que manchas blancas tras el cristal. Sobre el marco inferior de esa ventana vio una maceta con un brote de hojas. ¿Qué tan importante era su padre?

—Entiendo que huyó con información sensible del gobierno. Por eso lo buscan. Por poco no me aceptan en el cuerpo de justicieros, y a cambio estuve bajo vigilancia durante años y mantuve constantes entrevistas con altos mandos del gobierno. De seguro mi hermano recuerda lo mismo.

—De nuestro padre solo sabemos dos cosas: que nos abandonó a mi madre y a mis dos hermanos cuando éramos niños, y que se fue robando información del gobierno tal como lo dijo mi hermanito —dijo Ricardo,

esta vez su tono resultaba serio.

Edward lo imaginó elevando sus dedos pulgar e índice. Siempre numeraba enseñando el pulgar. Cesó de adivinar lo que había tras los cristales y vio a Karisha cuando la guerra de mariposas de su estómago ya le era insoportable.

—Señorita Remer. Estamos aquí por cumplir una promesa. Su tercera hija, Doramina, nos hizo prometer que si sabíamos algo de él lo buscáramos para pedir su bendición. Mi hermano cree que, sin eso, nuestra hermana no podrá descansar en la morada de los protectores.

—Edward —dijo Ricardo con reprensión.

Karisha lo miró, echó aire como agotada y le sonrió con una sonrisa auténtica, que sin enseñar sus dientes plasmaban su gentileza en las patas de gallo.

—¿Me podría alcanzar la maceta que está junto a la ventana?

—¿Qué dice? —preguntó Edward frunciendo las cejas. Debía controlarse. Lanzó un largo respiro, sonrió con amabilidad y le entregó la maceta a la pelirroja. Edward se sentó. Cruzó sus brazos, se acomodó al espaldar del sillón y se desparramó en el asiento con una sonrisa burlona.

—Miren esto, Edward, Ricardo —dijo Karisha.

La mujer puso su mano sobre la maceta. Sin portar un anillo de poder, su mano exudó un resplandor dorado que bañó la planta: las hojas crecieron, el tallo se hizo grueso, y en segundos ya era tan grande como un antebrazo; floreció, y de la tierra emergieron como gusanos las raíces de la planta.

Edward miró desconcertado a la planta. Su cuerpo se tensó como un fierro. A penas respiraba y dejó su boca abierta. ¿Cómo era eso posible?, se preguntó, no existe ningún atili con el poder de manipular las plantas, menos aún sin anillo. Desenlazó sus brazos y los arrojó sobre sus piernas.

Karisha sonreía, Edward miró a Ricardo quien puso el rostro serio, parecía molesto. Ahora sí eres tú. Edward se levantó, obnubilado por el florecer de aquel prodigio, se acercó a la planta y cuando quiso tocarla se marchitó. Karisha retiró el calor dorado que brotó de sus manos y se carbonizó la planta.

—Solo la protectora de las plantas tiene este don. No dejó descendencia entre los atili y por eso ninguno puede manipular las plantas —murmuró Ricardo. Se acercó y tomó una de las hojas marchitas en su mano. Se veía

molesto, muy molesto. No comprendía nada de lo que había visto, y aunque Edward tampoco, no podía negar que era cuanto menos curioso. ¡No! Eso era milagroso.

Miró la agostada hoja deshacerse como arena en la mano de su hermano. Él decía la verdad: ningún atili puede manipular las plantas.

Karisha dejó la maceta sobre la mesa de centro junto a su taza vacía. Edward se inclinó hacia adelante para ver la planta. Ricardo se sentó a su lado con el rostro fruncido.

—Esto también lo logra el Éther —dijo Karisha, luego miró la maceta con tristeza, suspiró, y se levantó

Edward sonrió al fin. Al menos valió la pena el viaje hacia el norte.

—Sígueme, por favor, ahora pueden ver a su padre —dijo Karisha.

Capítulo 6

Capítulo 4: El plan del supremo Atili

Bajaron al sótano, a un pasillo de paredes de acero inoxidable. Las luces blancas se encendían solas y el calor era más intenso. Edward miró las líneas de sudor en la frente de su hermano. Él también sudaba, pero no solo la frente, también las manos y sentía la saliva espesa. Necesitaba con urgencia un tabaco. Caminaron hacia una puerta al fondo, también de acero inoxidable; más se acercaban, más le parecía caminar en un horno.

Karisha abrió la puerta, una ola de vapor le quemó las aletas nasales a Edward. Se llevó una mano a la boca y nariz para no oler el aceite de motor. Ricardo se cubrió la boca con el antebrazo.

—¿A caso vive en un turco? —preguntó Ricardo, molesto.

—Lo necesita para vivir —dijo Karisha.

A Edward le hacía gracia que su hermano haya llegado mostrándose diplomático y terminara sin comprender nada.

Se mojaba los labios con la lengua y sentía el sabor del aceite. Tenía la esperanza de ver sobre una fundidora de metal a su padre; se decepcionó al entrar: miró otra vez paredes y techo de acero inoxidable celestes, empañados, y una cortina de persianas blancas como un muro en la mitad del cuarto.

—¿Aquí vive él? —preguntó Edward.

Si Karisha les mostró que ella puede manipular a las plantas, significaba que la situación de su padre debería de ser más extraordinaria. Tragó saliva. Sentía la lengua ácida. Miró a su hermano: tenía una arruga prominente, apretándose en su entrecejo.

Karisha sonrió a penas y señaló con su mentón hacia la persiana. Edward hirió el aire con sus dientes al respirar profundo, miró a Ricardo, quien hacía bailar sus dedos en el aire. Edward se acercó dos pasos; pero Karisha lo detuvo al decir:

—Por favor, esperen.

—Hemos esperado bastante —dijo Ricardo.

De inmediato, con una voz como salida de alguna bocina dañada, o de un tubo metálico en el mejor de los casos, escuchó tras las persianas hablar a su padre, o lo que debía ser su padre:

—Estoy aquí, no me presento porque estoy débil.

—¿Y si eres tú, porqué suenas tan distante? —preguntó Ricardo.

—Porque necesito este aparato para hablar, y otros para vivir.

Edward se dio cuenta que temblaban sus mandíbulas. Se sintió torpe; había planeado no mostrarse débil. Y en ese momento en que necesitaba hablar, no podía decir nada.

—Hemos venido porque Doramina necesita tu bendición y porque me lo has pedido desde hace más de medio año, padre. ¿Por qué?

—¿Podemos verlo? —dijo Edward mirando a la pelirroja— Señorita Rem, por favor, corra la cortina.

—Yo no creo que él esté aquí —dijo Ricardo, azotó sus brazos en el aire con fastidio.

—¿Todavía te gusta el jugo de fresas, Edward? —preguntó Tolk.

Edward pensó unos segundos su respuesta. Sonrió.

—¿El científico, supuestamente, más revolucionario de nuestros tiempos pregunta eso? —preguntó Edward.

—No dijiste eso a los cinco cuando te di un batido de fresa en el parque, y como eras medio torpe, por poco lo botas —dijo Tolk.

Edward retrocedió un paso. Aquel era el único recuerdo que tenía de su padre, la única vez que habló con él y...

—Supongo que desde aquel momento aprendiste a crear fuego sin tu anillo de poder, tal como tu hermano crear rayos sin usar uno.

Edward y Ricardo cruzaron sus miradas. Los dos negaron. Edward no había revelado el secreto a nadie, y estaba seguro que su hermano tampoco lo hizo.

—Está bien —dijo Ricardo—, eres tú. ¿Por qué nos mandaste a llamar?

—Porque el gobierno de Xances eliminará la raza humana de ese país, y de los demás países del continente. También esclavizará a todos los atili,

y solo los tengo a ustedes para evitar que eso suceda.

Hubo un silencio roto por el bufido de Ricardo. Edward lo vio rascarse la barbilla.

Edward colocó su mano en el puente de la nariz. Tomó un cigarrillo y lo encendió. Su hermano lo miró enfadado. Edward, en cambio, sonrió haciendo el esfuerzo de mostrar toda su dentadura y levantando el mentón. Encendió el cigarro haciendo fuego con la punta de su dedo.

—Supongamos que lo que nos dices es verdad. —dijo Ricardo—. Si es así, ¿Estás consciente de lo que dices y pides, padre, si es que en realidad eres tú? Ir en contra de todo el Estado de Xances.

—Deja que termine de hablar el viejo—dijo Edward. Ahora se estaba divirtiendo.

Ricardo lo volvió a ver molesto, se llevó la mano a la cabeza. Sus dedos parecían una araña apretando sus cabellos.

—Es que... no puedo creer que nos haya mandado a llamar por esto. ¿Y Doramina? —dijo Ricardo.

—¡El supremo Atili es un autómeta! —gritó Tolk.

A todos ensordeció y enmudeció su voz. Edward estuvo a punto de carcajearse. Se contuvo cuando las persianas se abrieron. Por fin vería a su padre delirar en sus momentos más seniles. Tenía la esperanza de que al menos pudiera bendecir el cuaderno de dibujos de su hermana.

Pero soltó su tabaco, y dejó de sonreír cuando vio lo que debería ser su padre: Un exoesqueleto robótico los miraba con ojos de púrpura devoción, sentado en un trono negro en el centro del que se diseminaban por el piso de plástico azul, millares de cables, chips y pines como en el interior de una computadora. Alambres plateados se conectaban a sus extremidades y engranes. Junto a él había tanques y bombas de presión que le inyectaban a su cabeza, desde diversos ángulos, un líquido púrpura brillante. La pared izquierda estaba cubierta por dos monitores y un panel con teclados y palancas.

Lo único humano era su rostro. Un autómeta, ¿su padre, un autómeta? En Xances se especulaba que el gobierno hacía pruebas con humanos para crear autómetas con apariencia humana; pero aquel milagro era imposible, ni en Xances, ni en Actertal, menos en Hyspabia.

Edward escuchó crujir los engranajes, y las bombas de presión subir y bajar mientras el rostro de aquel robot se levantaba. Una nube de vapor explotó desde tuberías en el suelo, el mismo instante en que el robot, o

Tolk, arrojó una nubecilla de aire de su boca.

—El supremo Atili es un Autómata de Razonamiento Independiente como yo, un A.R.I. Los he llamado justo ahora porque Xances iniciará la guerra contra Hyspabia.

El supremo atili era el líder máximo de Xances, presidía la Corte de Gaia. Edward nunca lo ha visto, ni en televisión. Se dice que es tan viejo que no puede hablar. Encendió otro cigarrillo. Quería analizar las palabras de esa chatarra que hablaba con voz de tubo. ¿Podía ser el supremo Atili un autómata? ¿Esclavizar a los atili? La Tercera Guerra Civil se desató con el objetivo de liberar a los atili de los planes del anterior gobierno humano, que, a través de leyes, les quitó sus libertades.

Si el supremo atili planeaba esclavizar a los atili, la sola mención del hecho podría desencadenar una rebelión. No muchos atili estaban de acuerdo en cómo se manejaba el régimen totalitario de la Corte de Gaia; algunos preferían regresar a una forma de gobierno democrática como antes de la Tercera Guerra Civil. El conflicto provocó tantas muertes y desgracias que muchos toleraban a la Corte de Gaia por el temor de que se repitieran las mismas masacres.

—¿Cómo planea esclavizar el supremo atili a los atili?— Preguntó Edward.

—Con el Éther —dijo el autómata.

—He tratado de mantener credulidad desde que llegué a esta casa. —dijo Ricardo—¿Qué rayos tiene que ver el Éther con todo lo que nos has dicho?

—Yo sé hacer el Éther. Trabajé con la Corte de Gaia durante muchos años investigando la forma de recrear ese compuesto y cuando al final pude lograrlo, me revelaron el plan del supremo Atili. Él, en persona me lo dijo, y dijo que yo sería el segundo al mando por haber obrado el milagro. Pero la ciencia y la moral deben ir de la mano. No podía dejar que él cumpliera su plan. Eso me costó mi vida, mi familia... Me llevé todo lo que pude de la sangre de dios fabricada y la traje conmigo. Una parte se quedó en Xances. Para impedir que accedan a mis investigaciones las escondí en un universo de datos y yo borré mi memoria intencionalmente. Así, si me atrapaban, tampoco podrían obtener esa investigación maldita —dijo Tolk, guardó silencio por unos segundos; volvió a expelerse vapor—. No les pido luchar contra el Estado. Tan solo les pido traer de vuelta mis investigaciones sobre el Éther.

—¿Por qué no dejarlas allí?, parecen encontrarse seguras —dijo Edward.

—No. Ya no. Fui el primero en desarrollar el Éther, pero no el único. Si Xances planea invadir Hypsabria, es porque debe haber otro científico o científicos que están por lograr... lo, lo...

Las bombas de presión expelieron vapor. Karisha se acercó al panel de la izquierda, digitó algunos códigos, movió unas palancas.

—Su padre muere, necesitamos la sangre de dios para mantenerlo vivo.

—¿Por qué habríamos de mantenerlo vivo? —dijo Edward, sereno—. Si Xances está a punto de volver a crear el Éther, ¿qué caso tiene que mi padre tenga de nuevo sus investigaciones?

—Porque es su padre, y su padre sabe la forma de derrocar al Supremo Atili. Para eso necesitamos sus investigaciones sobre la sangre de dios. Para derrocarlo antes de que inicie un genocidio. Tolk siempre creyó que nadie más podría recrear el Éther, y esperaba que sus investigaciones se mantuvieran en el anonimato, siempre.

Edward lanzó un largo suspiro. Puso sus manos en la cintura y negó con la cabeza. Miró a su hermano. No dejaba de ver a su padre. Parecía más asustado que molesto.

—¿Dónde está el universo de datos con la información que pide nuestro padre? —preguntó Edward.

—Ese es el trabajo que esperamos que hagan. Lamentablemente la capacidad cerebral de Tolk está demasiado afectada por la transfusión a este cuerpo metálico —dijo Karisha, y miró triste al autómeta—, y acceder a su conocimiento ha sido un verdadero dolor de cabeza. Él cifró la ubicación y la forma de conseguir el texto y el universo de datos en un código muy complejo. No digo que no tenga solución, pero... les servirán como punto de partida para encontrar las investigaciones de su padre.

El vapor expulsado de una válvula, seguido del crujir de engranajes y el destello de luz de algunos cables los volvió a interrumpir.

—Solo los... tengo a ustedes. Enviaré... a a Karisha. Ella me cuida. Si no lo consiguen pronto, será tarde para todos los humanos y a... atili.

—Tengo una última pregunta —dijo Edward—. ¿Cómo planea esclavizar el Supremo Atili, a los atili?

Karisha se acercó a Tolk, tomó su rostro y besó su frente. Tolk agachó la cabeza y cayó en un letargo. Sin dejar de mirar los sistemas del autómeta, Karisha respondió:

—Convirtiendo a los atili en autómatas. Eso se logra con la sangre de dios. Una vez los convenza de que pueden ser inmortales siendo autómatas, podrá alienar sus cerebros, hacerlos actuar como él desee. Se convertirá en el primer dios universal.

—Tal como Tolk movió la mesa cafetera que hay en la sala de arriba —continuó Edward. Miró a Ricardo. Sí, estaba asustado—. Pero lo que usted nos pide es traicionar al gobierno. Actuar a espaldas de los justicieros, renunciar a nuestras vidas y carreras, y si acaso lo logramos, volver. ¡Nos pide la muerte!

—Les pido salvar a la humanidad. Y se les pagará a cada uno medio millón de chalers. Suficiente para que al volver con las investigaciones de su padre puedan vivir sin preocuparse por su trabajo y sus vidas.

Edward calló, anonadado.

—Tanto dinero...—dijo Ricardo en un susurro y con ojos trémulos—. Pero es un suicidio. Además... los humanos... Ellos nos esclavizaron varias veces. Y solo cuando la Corte de Gaia tomó el poder los atili tuvimos plenos derechos.

Edward levantó sus cejas por un breve instante, e hizo una mueca de desprecio. No le gustaba cuando su hermano hablaba sobre los humanos. Lo hacía con rencor, siempre. Encendió otro cigarro. Tenía la mirada en el piso, y luego miró su brazo, donde su cicatriz le recordaba a Doramina y a su madre. Al final no consiguieron la bendición de Tolk. Escuchó la voz de Ricardo como un eco en la distancia.

—Los humanos merecen morirse...

Edward no soportaba oírlo hablar así. Lo interrumpió. Le daría una lección a ese mojígato.

—Le propongo este trato, Karisha —dijo Edward—, acepto a medias. Es decir, usted nos da una copia de la información sobre el universo de datos y del código para acceder a él, además de cien mil a cada uno para el trabajo. Lo estudiaremos y le informaremos después. ¿De acuerdo? Guardaremos los cien mil chalers como garantía. No quisiera pensar en lo que deberíamos hacer si es que el gobierno se entera que vinimos a Actertal y hablamos con el científico más buscado de Xances.

—¿Qué? ¡No! —dijo Ricardo.

—Está bien. Así será —dijo Karisha.

Edward sonrió satisfecho. Miró a su hermano y sonrió aún más. Más tarde

le diría que no iba a buscar nada, que solo quería que se calle.

Capítulo 7

Capítulo 5: Todos a bordo

Edward y Ricardo abandonaron la casa de su padre después del almuerzo y regresaron al pueblo donde se hospedaban.

Al despedirse, Karisha les entregó el dinero y los códigos que, de descifrarlos, rebelarían el lugar y el cómo conseguir la investigación del Éther. No lograron que Tolk bendijera el cuaderno de Doramina y eso molestó a Edward todo el viaje. El clima fue favorable y esta vez no los acompañó el colibrí autómata.

Llegaron a su destino a las ocho de la noche.

Ni Edward ni Ricardo discutieron el asunto de su padre al regreso. Ricardo se veía molesto. A través de sus gafas Edward adivinaba que tenía su cara fruncida.

El pueblo a dónde llegaron no era más grande que el anterior, pero contaba con internet, calefacción y farolas iluminadas. Caminaban cuesta arriba sobre una calzada de piedra medio empinada hacia la plaza central del pueblo donde se encontraban el hotel y Carla. Edward no tenía apuro por llegar. Ni siquiera deseos de verla, o estar junto a ella. Si debía esconderse en los retretes para no estar cerca de Carla, lo haría.

Miró a su hermano. Era más robusto que él y caminaba con las manos metidas en el abrigo. Edward no necesitaba hacer eso, su aura de fuego le podía cubrir de un calor térmico de cuando en cuando, pero evitaba hacerlo para no cansarse.

—Ya, relájate —dijo Edward—. No buscaremos ninguna investigación en Xances. No soy tan tonto para dejar que el gobierno nos persiga.

—¿Qué hay del dinero que te dio?

—Lo arrojaremos al agua, o lo donaremos.

—Entonces no buscarás lo que pidió nuestro padre.

—Ni loco.

Ricardo rio bajo sus pasamontañas—¿Te imaginas ser de hierro? No es tan malo si piensas en este frío —dijo Ricardo.

Edward lo regresó a ver. La mirada de su hermano brillaba por la luz de

una farola.

—No me hace gracia tu comentario. Vine para bendecir el cuaderno de Doramina y no lo logramos. No creas que estoy aquí por gusto.

—Gracias por acompañarme —dijo Ricardo.

Edward, molesto, lo miró. Sonrió con ironía y no dijo nada.

—Ya lo bendeciremos de otra forma —continuó Ricardo.

—Por cierto. Espero que no le digas nada de lo que vimos a... Carla.

Pronunciar ese nombre le resultaba amargo, y siempre que lo decía frente a Ricardo, involuntariamente, lo decía como si tuviera miedo de soltar esas cinco letras. Se daba cuenta de eso, tal vez también su hermano. Cerró sus ojos y se maldijo; su timbre aún sufría aquella declinación después de dos años de haberla perdido.

—Tengo que hacerlo, si no, me estará torturando todo el día y toda la noche.

—Recuerda que nos pidieron discreción. Si el gobierno se entera que los hijos del científico más famoso y más desaparecido de Xances conocen su ubicación, nos pueden tomar como traidores. Todos los días llegan mensajes a los celulares con fotos de los traidores de Xances, enviados a prisión. Además, pasarán algunas semanas averiguando a dónde fuimos. Por suerte Xances no se lleva bien con este país.

—Lo sé, pero cuando tengas mujer sabrás que ella y tú son uno solo, sintonizan sus almas y no puede haber ningún secreto.

Edward lo miró con severidad, luego vio al suelo, prefirió concentrarse en el crujir de los tramos de nieve que podía pisar.

Al llegar al hotel, quiso ir a la recepción y pedir las llaves de su departamento, decirle a su hermano, —mañana hablaremos—, irse pronto, no ver a Carla. Pero, la mujer se encontraba en un sillón de la sala de espera leyendo un libro. Al levantar la cabeza los miró a ambos y sonrió.

Edward miró a Ricardo acercarse a Carla y estrecharla en un abrazo y un beso fuerte. Quería irse antes que Carla dijera algo. Pidió al recepcionista las llaves de su departamento, mas, el viejo raquítico se movía con la

velocidad de un caracol.

—¿Cómo les fue? —preguntó Carla con voz alta. Se dirigía a ambos; Edward prefirió ignorarla. El recepcionista le devolvió sus llaves.

—Ed, ¿no te quedas a la cena?

Edward, que se dirigía al segundo piso, se detuvo y miró hacia la pared del frente, a una pintura colorida donde un joven soldado apuntaba su bayoneta hacia un oso en la nieve.

—No, gracias. Es que, me ha dado diarrea —dijo Edward, los regresó a ver. Se retiró la bufanda, fingió una sonrisa y volvió a preguntarse ¿por qué mierda, Ricardo la trajo?

Al llegar a la puerta de su habitación, recordó la primera vez que vio a Ricardo y Carla besándose en los escaparates de una tienda de ropa y la mano de Ricardo sobre la pierna de Carla. Apretó con fuerza la chapa y percibió olor a ropa quemada. Miró sus manos: sus guantes echaban humo: sus manos de pronto se calentaron más de la cuenta. —Mierda— masculló. Se retiró los guantes y abrió la puerta.

Salió de su habitación dos horas más tarde. Bajó a la planta baja, se acercó al recepcionista y le entregó las llaves. Caminó hacia un bar en una esquina a tres cuadras de aquel hotel. No todos los pueblos tenían bares, y no en todos se ofrecían las mejores papas rellenas a decir del recepcionista.

El bar era tan alumbrado que más bien parecía restaurante. Dos señores gordos bebían aguardiente en una de las mesas y conversaban en voz alta. Edward cruzó el bar hacia la barra y se pidió la cerveza de malta negra más fría de su vida y un plato de papas rellenas.

—¿Usted es uno de los tres atili que llegó al pueblo ayer, cierto?

—preguntó el señor de la barra. Secaba un jarro de vidrio con una franela verde. Había otros ya secos a su lado.

—Así es.

—Escuché que mis hermanos humanos tienen problemas en su país.

—También escuché lo mismo —dijo Edward, sonrió.

—¿De qué se ríe?, nos están matando.

—Pienso que lo que hace el gobierno de mi país es tan despreciable como lo que el gobierno de su país le hace también a la gente que muere de hambre. Los Estados son asesinos en cualquier parte del mundo.

El señor de la barra rio. Dejó el jarro y la franela verde sobre la madera. Se agachó y guardó los otros. Edward supuso que en gavetas o cajones bajo la barra.

—Tiene razón —dijo el señor. Edward no lo alcanzaba a ver—. La semana anterior, el congreso aprobó la ley de pena de muerte para los terroristas. Ayer se fusiló a setenta miembros del fundamentalismo endromeliano de las ocho estrellas que operaban en la frontera del Oeste.

Edward bebió un trago de cerveza, le agradaba el burbujeo del lúpulo tras las papilas gustativas y el sabor de la cebada.

—¿Me puede comentar más sobre ese grupo fundamentalista?

El señor se levantó con esfuerzo luego de terminar su faena, puso los codos en la barra del bar y lo miró fijo.

—Si se lo digo no me lo cree. Dicen que entre esos terroristas hay varios atili que se convirtieron al endromendialismo. Si me lo pregunta, Éndromel predica paz y no guerra. ¿Le relleno el jarro?

—Sí.

El señor, luego de devolverle el jarro lleno a Edward, tomó el trapo verde, lo sacudió, lo guardó en un cajón; tomó un trapo rojo y sacó brillo a la madera de la barra.

—Y a todo esto. ¿Qué le hizo venir a visitar mi país?

—¿Cómo sabe que hay atilis entre los endromelianos?

—En un pueblo atraparon a uno. Tenía puestos unos anillos de poder y hacía esas cosas que ustedes hacen con las manos, manipular el agua, hacer temblar la tierra.

—Entonces, solo es un rumor.

El señor arrojaba a la barra con un chisguete un líquido cristalino con olor a lavanda y que repasaba con el trapo rojo.

—No. El cuñado de mi mujer lo atrapó y nos lo contó. Puede ser muy haragán, pero no es mentiroso —dijo. Ese momento apareció tras el bar,

en una esquina, una jovencita puberta que se acercó al señor.

—Mamá Lucía te llama, que qué esperas para moler el trigo —dijo la jovencita muy educadamente.

—A las pelotas —dijo el señor. Dejó el trapo sobre la barra. Le estrechó la mano a Edward con urgencia—. Un gustazo, amigo. Paz entre razas— concluyó y salió corriendo de la zona de licores.

, mientras Edward apuraba todo el jarro de cerveza, la joven lo miró incómoda.

Se sentó a la ventana del vagón de tren al siguiente día. Muy molesto. Su pierna subía y bajaba, apoyada en los dedos del pie. Frente a él, el asiento vacío donde debería viajar Carla. La mujer se despedía de Ricardo en la estación. Él no viajaría de vuelta con ellos.

Edward miró su reloj. Eran las nueve y siete. A las nueve y quince partiría el tren. Una señora se sentó a su lado y junto al asiento vacío de Carla, un niño de siete u ocho años.

Ricardo había conversado con Carla la noche anterior; al contrario de lo que Edward o el mismo Ricardo anticiparon, se mostró preocupada por todo lo que su padre les contó. En palabras de Ricardo, se puso pálida y la presión se le bajó.

Edward miró el cielo límpido. Desde ahí no veía ni una nube. Admitió en que esa debió ser la reacción de Carla. La conocía bien. Suspiró y luego se insultó porque de nuevo pensaba en ella como si aún fuera su novia. En todo caso, Carla le obligó a Ricardo a buscar el universo de datos y las investigaciones de su padre. En definitiva, Ricardo estaba obligado a realizar el trabajo.

Según el plan que trazaron entre Carla y Ricardo, su hermano debía ir a Gonzo, un pueblo fronterizo del norte y trazar una ruta de escape hacia Actertal: cuando obtuvieren las investigaciones de su padre más les valdría huir del país de incógnitos. Pero Gonzo le generaba desconfianza a Edward; en las fronteras actuaban las células más fundamentalistas del endromelianismo.

Cuando Carla se subió al tren, Edward percibió sus ojos rojos y evitó cuestionarse la discusión que habrá tenido con Ricardo. La mujer pidió permiso a la señora y al niño luego se esforzó por poner su maleta en el maletero superior. Edward la hubiera ayudado, pero sabía que a Carla no le gustaban los gestos de falsa caballerosidad. Se sorprendió a sí mismo mirando las caderas y el trasero de Carla muy bien delineados mientras

guardaba la maleta. Bufó y prefirió mirar las nubes tras los cristales. Es una estúpida.

—Debes ayudar a Ricardo —dijo Carla tan pronto se sentó frente a él. Encorvó su postura hacia adelante.

—Lo haré solo si es necesario.

—Es tu hermano.

Edward sonrió.

—No pensaste en eso cuando te revolcaste con él—, estuvo por decir; sin embargo, dijo tras un largo resoplido—Tranquila. No lo dejaré solo.

Aquella fue la gran verdad que pudo discernir aquel momento. Si Ricardo se había embarcado en aquel viaje, él no podía abandonarlo. Deberá buscar las investigaciones sobre el Éter. Estaba obligado desde ese mismo momento a hacerlo.

Capítulo 8

Capítulo 6: La niña y el baño

En el periódico, Diana leyó el anuncio urgente de un abogado de apellido Moreno que requería los servicios de un experto redactor e intérprete de textos.

A penas le quedaban treinta minutos para llegar y pedir el trabajo. Caminó bajo la lluvia: subir a un taxi hubiera sido una pérdida de dinero y tiempo por el embotellamiento.

Llegó al edificio gris de la calle Olmedo y Danasari a tiempo, pero empapada. Subió en ascensor hasta un tercer piso. Si bien, el abogado Moreno no se encontraba, la secretaria le entregó la documentación: un trabajo sencillo que le alivianaría la angustia del pago de la cuota del departamento.

Había escampado cuando salió del edificio. Contó sus monedas en la acera de la calle Benalcázar, centro de Jamur. —Veintiún durins— musitó. Sus pies eran un témpano, chapoteaban dentro de sus zapatos de tacón, y el frío le perforaba los huesos. En el edificio de la derecha, miró un viejo café de poca pinta. Se alzó de hombros y fue a la cafetería.

El local era angosto, más bien un callejón de mala muerte con mesas de madera y manteles de plástico grasientos. Se sentó en una silla al fondo, donde se concentraba el calor; y también el olor a grasa.

El dueño del local se acercó con manos enlazadas y una mueca que parecía sonrisa.

—¿En qué le puedo ayudar a la señorita? Tenemos café, café en leche, chocolate, leche pura, nata, jugos naturales...

—Un café, por favor —dijo Diana—disculpe, ¿el baño?

—Al fondo a su izquierda. Si le hace frío, cierre no más la ventana del baño.

—Gracias.

Diana se levantó dejando un pequeño charco en el asiento, y estornudó. Puso el periódico sobre la mesa. Su nariz se llenó de mocos y un calofrío le recorrió desde los pies, ahora entumidos, hasta la cabeza.

La puerta del baño era vieja y de un enfermizo color azul pálido. Al abrirla, un ventarrón le heló hasta la médula. Vio una ventana abierta sobre el inodoro. La cerró, y también cerró la puerta con un gancho que se presentaba como aldaba. Volvió a estornudar. Maldijo y se limpió la nariz con el papel del baño.

Se quitó la chaqueta y luego la blusa y los colgó en un tubo que cruzaba las paredes. Los poros de la piel se le inflaron y volvió a estornudar. Rebuscó en su bolso el anillo de poder. Se lo puso en el dedo anular y concentró su aura en las palmas y las acercó a su ropa mojada. Sus manos despidieron un viento ígneo y luego una especie de fuego, al rato que su ropa exudaba vapor y su cuerpo recobraba la temperatura normal.

Luego, escuchó unos dos golpecitos en la puerta.

—Señorita, su café está servido.

—Gracias —dijo Diana.

Repitió el proceso con su pantalón, pero tuvo que sacarse las medias nylon y dejar los zapatos de tacón mojados pues no deseaba estropear el cuero. Cuando su cuerpo se temperó, comenzó a vestirse y escuchó otros golpes en la puerta del baño.

—Le he dicho que ya voy —dijo Diana, sentada sobre la tapa del inodoro, calzándose el zapato de tacón en el pie izquierdo.

De nuevo escuchó golpes en la puerta, y esta vez la forcejeaban. Debía ser el dueño del local. Apurada se colocó el otro tacón, y tomó de su bolso una saeta, herencia de su padre. La puerta cedió, y Diana con su arma apuntó hacia la persona que entraba.

—¿Qué mierda te pasa? —dijo Diana; sin embargo, no entró el dueño del local; sino una niña de once o doce años que al ver el arma de Diana se quedó quieta como una estaca.

La niña miró hacia el pasillo y luego cerró la puerta, tenía los ojos rojos y sudaba como si la lluvia la hubiera empapado. Diana bajó el arma y la guardó.

—Hija de puta, aprende a esperar tu turno —dijo y pretendió salir; no obstante, la niña rubia le bloqueó el paso—. Retírate—dijo Diana, y escuchó golpes en la puerta. Golpes fuertes y furiosos.

—Salga de ahí, señorita, necesitamos llevarla con nosotros, es por su seguridad —gritaron tras la puerta. Diana miró a la niña que temblaba

como un animalito arrinconado por sus depredadores.

—Miren, bestias estúpidas, no sé a quién buscan; pero les pido que se vayan de aquí antes que llame a la policía de justicieros —dijo Diana. Se arrimó a la puerta para impedir que se abriera inoportunamente.

—¿Quién es usted?

—¿Y qué mierda les importa? lárguense, esto es acoso. —Diana le señaló a la rubia la ventana sobre el inodoro. —Muévete—, le susurró.

Diana sintió los golpes de la puerta en su espalda, escuchó que el dueño del local discutía con los señores que perseguían a la niña rubia. Eran más de dos, uno de ellos respondió un: no se meta que le va a ir mal; y otro dijo que eran la seguridad de la empresa de autómatas Cromes.

Cuando la muchacha escapó, Diana se alejó de la puerta, y cerró la ventana. Tan pronto lo hizo, haló la cadena del inodoro, y la puerta cedió.

Tres hombres altos y anchos de espalda, uno de ellos también de barriga, invadieron el baño. El dueño del local estaba con las manos enlazadas y una mueca de vergüenza.

—¿Dónde está?

—Una ya no puede cagar tranquila en esta ciudad de mierda —les dijo. Se acercó a uno de ellos y le topó la mejilla. El hombre alejó el rostro con asco.

—Pudo escapar por ahí— dijo uno de los hombres señalando la ventana.

Se retiraron corriendo. Diana los miró irse y estornudó de nuevo. La ropa no se le secó del todo.

—Discúlpeme —dijo el dueño del local con un tono de lamento.

—No se preocupe —dijo Diana.

Salió del baño, se sentó a la mesa y tomó su periódico. Sus manos temblaban; pero guardaba la esperanza de que la niña haya escapado. Miró a un reloj en la pared, le quedaba una hora y trece minutos antes de ir a su trabajo en la Biblioteca Central de Jamur.

Salió de la cafetería cuando el sol se desvestía de las nubes. Los rayos le cayeron sobre el rostro y también iluminaron los charcos de agua y las gotas de lluvia que se agarraban a las farolas, edificios y copas de árboles.

Pensó en la rubia y las palabras que dijeron los brutos que la perseguían. Entrecerró sus ojos, abrió el periódico en la portada y leyó el titular: Dueño de la empresa Cromes. S.A., muere asesinado por sus propias máquinas.

Caminó en dirección de la estación del tranvía, a cuatro cuadras de la estación Plaza del Teatro. Entonces percibió que alguien la seguía. Debían ser los brutos que estaban tras la niña Cromes.

En una esquina regresó a ver entre la gente que caminaba en direcciones opuestas en la vereda. Si algo aprendió en los dos años que cursó la escuela de justicieros era a estar atenta a las amenazas. Distinguió a uno de ellos queriendo ocultarse tras los escaparates de una tienda de revistas. ¡Qué incompetentes!, eso explicaba que una niña se les haya escapado.

Siguió su camino. Dobló en la esquina y cruzó una tienda de zapatos, luego una joyería y una de finos trajes hasta que llegó al callejón por donde la niña saltó desde la ventana del baño.

Miró a sus espaldas. Aparentemente ya no la seguían. Se metió por el callejón lleno de moho y basura. Una rata gorda y de pelo hirsuto corrió por el filo de la pared izquierda. A Diana se le erizó la piel y le dio un calofrío. Casi lanza un grito. Desvió la mirada del roedor y avanzó a penas unos cinco metros cuando dio media vuelta y fue a la estación.

Sintió alivio al sentarse en el tranvía con vista hacia el lado izquierdo. La anécdota con la niña rubia le había hecho olvidar la deuda del banco; mas, ahora recordaba que no tenía de dónde obtener tanto dinero hasta el próximo miércoles.

Cuando el tranvía arrancó, una persona se sentó a su lado. Diana sacó de su bolso una novela que afortunadamente no se mojó. La abrió en la página 74, y escuchó un susurro:

—Gracias por ayudarme.

Regresó a ver a la persona que le habló. Era la niña, pero vestida con un traje gris, camisa y sombrero de copa. Diana se preguntó en qué momento la niña se cambió de ropas y dónde las consiguió con tanta facilidad.

—¿Quién eres, niña y qué quieres? —preguntó Diana. Miró a sus espaldas, solo había un anciano dormido con un gorro marrón cuadriculado. Luego vio a la niña, quien bajó su mirada y sus dedos apretaron con fuerza el pantalón holgado. Diana la vio derramar lágrimas.

—Ayúdame —susurró.

—¿Qué?

La niña la miró a los ojos. Lloraba mares y sus cejas arqueadas hacia arriba evidenciaban angustia.

—¿Quién eres?

—Abigaíl Cromes. Mi tío asesinó a mi padre y me quiere matar. Ayúdame.

Capítulo 9

Capítulo 7: Testigo clave

Edward arrojaba el humo de un cigarro por la ventana de su oficina, en el cuartel de policía. Miraba pasar los autos, al cielo sin nubes, las crestas de los edificios y las casas cubiertas por el sol.

—Así que... Endromelianos en Actertal. No hemos tenido reportes sobre eso—dijo Mauricio Vizcaíno, sentado en una butaca de cuero negro.

—No sería extraño. Recuerda que la Corte de Gaia filtra muy bien la información que se publica a la gente.

—¿Por qué la Corte de Gaia iba a encubrir esa información? —preguntó el jefe con una sonrisa.

Mauricio Vizcaíno también fumaba un cigarro importado que Edward compró en Actertal.

—Aún hay más. Según el señor, entre los fundamentalistas hay algunos atili conversos al endromelianismo. Dijo que su cuñado atrapó a uno.

Mauricio se atrancó y tosió. Edward apoyó la nalga al marco de la ventana por donde entraba el sol, invadiendo su espalda. Sonrió, divertido. La cara rosada y las muecas de eran graciosas. Lanzó el humo de su tabaco, al rato que Mauricio dejaba de toser.

—¡Continúa! —dijo Mauricio con la cara roja. Se daba golpecitos en el pecho.

Edward fue a una esquina donde estaba el dispensador de agua. Llenó un vaso hasta la mitad y se lo dio a Mauricio.

—Eso es todo —dijo Edward.

Mauricio bebió el agua, y se aclaró la garganta.

—Bien. Pediré reportes sobre los endromelianos en Actertal, tú encárgate de investigar sobre el asunto ese. Es muy extraño, nunca he conocido a ningún atili convertirse al endromelianismo.

—No tendrían por qué —dijo Edward—, todos los dioses humanos carecen de pruebas que evidencien su existencia. Los atili no. Podemos manipular los elementos de la naturaleza.

—Sí. Sería muy extraño.

—También quisiera pedirte un favor. ¿Puede que conozcas a algún genio que me ayude desentrañando una información que me llegó hace unos pocos días?

—¿Información?, ¿Un genio?, ¿Qué traes entre manos?

—Te lo contaré todo. Lo prometo, sabes que no guardo secretos contigo, pero necesito que me ayudes con esa persona, si es que la conoces.

—Está bien, buscaré lo que me pides, y tendrás que decirme todo.

—Prometido.

Se escucharon dos golpes en la puerta y luego se abrió. Era la secretaria de Edward, una chica pecosa y de pelo negro que mostró la mitad de su cuerpo en el umbral de la puerta.

—Lamento interrumpirlo, capitán. Tiene trabajo —dijo y le dio una hoja de cartulina roja con un código de barras—, es relacionado al grupo fundamentalista.

Mauricio se acercó a la secretaria quien pareció hacerse pequeña. Miraba tímida al jefe. Tomó la hoja de cartulina y la extendió a Edward, quien se apuró a dejar su tabaco en el cenicero blanco.

—Averigua bien eso de los atili en el fundamentalismo, tienes mi total apoyo. Trata de mantener vivo a este hombre al que vas a investigar, puede que tenga información relevante. ¡Ah!, y antes de encerrarlo, procura sacarle información. No suelen vivir más de medio día los endromelianos. Ve con suerte. ¡Que los protectores te bendigan!

Edward tomó la hoja. Puso su celular sobre el código de barras. Presionó un botón al costado y el celular leyó el código. En la pantalla vio la foto de un hombre flaco y de aspecto enfermizo entre azul y amarillo. También se abrió un video y el mapa en el que mostraba la posible ubicación exacta del sujeto.

Edward se distrajo cuando Mauricio abrió la puerta de la oficina por completo. Lo vio poner su mano sobre la cabeza de la secretaria, la despeinó y salió de la oficina.

—Tazner y Paragar lo están esperando en el parqueadero —concluyó la secretaria, alisándose sus cabellos.

El auto de policía viajaba hacia la calle Mideros y Azcábal. Edward iba en el lado del copiloto acariciando su saeta. Había revisado el dossier completo en su celular. Buscarían un tal Elenfar Mursif, relacionado con el endromelianismo, posible asesino de dos enfermeras de la Clínica número 47. El video que vio en el celular mostraba el momento en que este sujeto disparó a una de ellas en la cabeza. Ahí se cortó el video; sin embargo, se supo que también había asesinado a la otra enfermera y escapó en un viejo automóvil sin placas. Aunque los drones del gobierno ya habían dado la exacta localización de Elenfar, su trabajo era buscar evidencias en su casa.

Mauricio le pidió sacarle información a Elenfar Mursif antes de encerrarlo. Era preciso hacerlo: la ley era simple: Cualquier humano procesado por rebeldía debía ser ejecutado en el acto.

—Esos autómatas me dan asco —dijo Tazner que viajaba en los asientos traseros. Se detuvieron en una esquina por un semáforo en rojo—, estoy seguro que algún día nos van a quitar el trabajo.

—Es cierto —dijo Paragar. Tamborileaba con sus dedos sobre el volante de cuero negro. Edward lo miró, miró luego a Tazner y luego al autómata que señalaba. Un hombre mecánico de acero inoxidable colocaba azulejos blancos a la pared de una casa esquinera. Edward recordó a su padre.

—Sobre todo a ti que te la pasas haraganeando en el trabajo —continuó Paragar.

—Cállate —dijo Tazner. Volvió a arrancar—, sin mí ya estuvieras muerto. ¿Qué opina mi capitán?

—Yo creo que algún momento nos convierten en autómatas —dijo Edward.

Paragar regresó a ver a Tazner. Edward advirtió la intriga en sus miradas.

—Pues no estaría mal —dijo Paragar.

—¿No?, ¿y el sexo?, o ¿también te van a convertir el pito en un tubo?, no necesitarán mucho acero contigo.

Aparcaron en la calle, junto a un autómata de registro de parqueo que estaba sobre la vereda. Tal autómata era un poste azul con un busto metálico a metro y medio del suelo que imitaba a un oficial de tránsito, incluso llevaba gorra. Bajaron del automóvil. Paragar depositó un par de

monedas en una ranura de la mano del autómeta y luego haló una palanca junto al hombre metálico. "Tiene dos horas", dijo el autómeta y de su boca se imprimió un boleto de comprobante.

Encontraron la casa 537-H. Su puerta de madera negra daba a la calle. El techo era de tejado roto y sus paredes de ladrillo sin enlucir.

—Es aquí —dijo Edward. Buscó el timbre. Sus dos hombres esperaban tras él.

—Arroja el dron —dijo Edward. Elenfar sacó de su bolsillo un pequeño estuche metálico que le cabía en la mano. Lo abrió y tomó un dron parecido a una mosca. Lo puso en el suelo, luego, con su celular lo manejó. El dron voló sobre la casa.

—Sí. Hay dos personas en esta casa —dijo Elenfar. El dron volvió a su mano. Elenfar lo guardó en el estuche, guardó el dron, también su celular y tomó su saeta.

En ese momento, una muchacha de piel amarilla abrió la puerta. A Edward le dio la apariencia de una desahuciada, su cabello corto y despeinado no brillaba y su cuerpo era tan delgado que las ropas más bien vestían un palo de escoba.

—¿Qué desean los justicieros de la CDG en esta casa de humanos?
—preguntó la muchacha, altanera.

—Queremos hablar con el señor Elenfar Mursif. Sabemos que se mudó aquí en los últimos días.

—¿Quién?, ¿Elenfar?, No está. Él no vive aquí.

Edward sonrió amablemente. Tomó su celular, buscó el video en dónde Elenfar asesinaba a una de las enfermeras y se lo mostró a la chica.

La muchacha palideció. Su piel, ahora, parecía de plomo, y tembló.

—No, no sé qué es eso.

—Mire —dijo Edward—, usted conducía un automóvil aquella noche. Puedo verla en este video llamando al señor Mursif, tocando la bocina. No quisiera ser descortés pero no puede negar lo que ha hecho, y tal vez usted y el señor Mursif puedan tener algún trato especial si colaboran con

nosotros.

Edward vio el sudor de la muchacha regándose por sus labios y sus ojos medio desorbitados.

—Solo queremos hablar. No tiene por qué temer.

—No. Váyanse —dijo la mujer. Trató de cerrar la puerta.

Edward la retuvo con su antebrazo. Estaba claro que no podría persuadirlos con buenas palabras. Empujó la puerta y entró junto a Tazner y Paragar. Paragar arrinconó a la muchacha hacia la pared con su saeta apuntándole a la cabeza, en tanto, Tazner cerraba la puerta.

Los justicieros tenían, bajo ley, la facultad de entrar a cualquier casa de humanos sin previa orden de allanamiento si el caso lo ameritaba. Edward aprovechaba ese poder siempre y cuando agotara la vía de la persuasión, cuando los investigados eran reticentes a cooperar.

La casa era pequeña, más bien un corral de gallinas de campo. La pintura de sus paredes se descascaraba, había polvo y platos de comida sucios por todo lado. Escuchó a través de la radió el ritmo lento de un bolero. "Pasado, pasado sin final" murmuró Edward al reconocer la canción.

—Elenfar Mursif. Venimos a charlar un poco, de atili a humano —dijo Edward con voz alta y con su mano en el cinto, acariciando su saeta. Tazner caminaba tras él con el arma en la una mano y en la otra el escudo sin activar.

Adelantó tres pasos más. En el suelo había colillas de tabaco y comida seca o podrida que hedía como alcantarilla; luego miró las dos puertas en la sala y percibió un aroma desagradable y lesivo diferente al hedor de la comida podrida de los platos.

—¿Actualina? —preguntó Edward. Miró a la muchacha. Paragar la tenía arrinconada. Edward le hizo una señal a Paragar con el mentón y Paragar puso de espaldas a la muchacha y la esposó.

—¡No es actualina!, es licor de ají.

—Claro —dijo Edward—. También he fabricado licor de ají, hay que ser estúpido para hacerlo dentro de casa.

Edward medía sus pasos, caminaba lento. Miró a Tazner, le señaló la puerta de la derecha, y él se dirigió a la otra.

Antes de abrir la puerta, Edward miró en una repisa un anillo de poder, las runas de la señora del agua, sinuosas como las olas del mar eran

inconfundibles. Edward, extrañado, volteó a ver a Tazner. Su compañero estaba a punto de abrir la puerta cuando un disparo tras la madera le atravesó el cráneo.

Tazner cayó. El estruendo del arma le hizo brincar a Edward. El asesino abrió la puerta de un zapatazo. Avanzó un par de pasos apuntando a Paragar. Paragar levantó su saeta a destiempo y recibió un disparo en la pierna y otro en el cuello. Cayó de rodillas sujetándose el cogote del que borboteaba sangre.

Cuando Edward activó su escudo, vio las balas del arma del asesino rebotando en la barrera etérea. Alzó su saeta, deshizo la mitad de su escudo a la derecha y disparó a la rodilla del atacante y luego en el brazo. Elenfar gritó y soltó el revólver. Edward corrió hacia él y le pateó en la cara con la zuela de su zapato y Elenfar cayó desmayado.

—¡Paragar!, resiste...

—Está muerto —dijo la muchacha sonriendo; sin embargo, un disparo le atravesó la cabeza.

—Maldita sea —dijo Edward mirando la sonrisa escarlata que Paragar soltó al matar a la mujer.

Edward jadeaba, miró a sus compañeros en el suelo. Sus ojos se le hicieron agua; tragó saliva y respiró profundo.

Esposó a Elenfar y lo puso boca bajo. Llamó al cuerpo de justicieros, a criminalística, y pidió una ambulancia para trasladar los cuerpos de Paragar y Tazner. Se sentó en un sofá de mimbre con la mirada en el apresado. Elenfar despertaba.

—Humano hijo de perra. Mataste a dos enfermeras atili, y ahora a dos justicieros. Espero que te guste el sexo anal porque te la van a meter muy duro en prisión.

—¿Seguro? Me ejecutarán como a todo endromeliano, solo que no quería morir en el anonimato.

—¿Qué hacías con un anillo de poder? ¿A qué atili se lo robaste?

—preguntó Edward. Había tomado el anillo de poder que encontró en la repisa, lo guardó en una funda de plástico como evidencia.

—¿Robar? —carcajeó— Demonios, me duele la pierna y el brazo. No lo robé a nadie. Soy atili, como tú. Me contrataron para hacerme pasar por humano endromeliano con la promesa de que mi hija recibiría tratamiento

médico.

—Cliché, ya leí eso en las aventuras de San vete a la mierda. Si así fuera, no hubieras matado a nadie.

—¡Mi hija murió hace quince días, maté a esas putas enfermeras porque se negaron atenderla cuando fui a la clínica! Me prometieron que la tratarían.

—El Estado tiene cobertura sanitaria gratuita para todo ciudadano atili.

—No para una mestiza — dijo Elenfar. Miró hacia la puerta donde estaba la chica que mató Paragar—. Prometieron que la atenderían, que no importaba que sea mestiza. La dejaron morir. Mira, justiciero, ningún fundamentalista que haya matado atilis es humano. Todos los endromelianos somos atili. Mercenarios, vagabundos, prostitutas, personas como yo que necesitaban mucho dinero. ¿Por qué?, no lo sé. Solo nos contratan y ya, tengo la impresión de que el gobierno está metido en esto, pero me importa un pito. Sé también que torturan a otros humanos y los obligan a declararse fundamentalistas. Dices que viste el video. ¿A caso no se ve cuando mato a esa puta enfermera con mi saeta?

Edward lo miró extrañado. En el video solo se veía el asesinato de la primera, no de la segunda. —Por supuesto que el gobierno está metido en esto—, pensó Edward, recordó a su padre.

Se acercó a Elenfar y le quitó las esposas.

—¿Qué haces?

—Necesito más información.

Elenfar respiraba forzosamente, y de pronto lloró. Miró su mano ensangrentada. Se acercó gimiendo a un sillón, apenas y podía arrastrarse por el suelo. Miró de nuevo al cadáver de la chica enfermiza.

—Quieto— dijo Edward.

Elenfar metió sus manos bajo los cojines del sillón y sacó un pequeño cuchillo. Edward lo apuntó con la saeta; sin embargo, Elenfar se clavó el cuchillo en el cuello. Cuando Edward se lanzó hacia él para impedir que se vuelva a atacar, Elenfar se asestó otra cuchillada en la garganta y murió sollozando.

Edward se llevó la mano al puente de su nariz.

Tomó un cigarrillo y fumó mientras esperaba que llegara la ambulancia y criminalística. Miró a sus compañeros, a la chica y a Elenfar, muertos.

Miró el anillo de poder. Lo sacó de la funda. Lo puso en el dedo de Elenfar. Cabía a la medida y despidió un último destello azul.

Lo que sucedió en aquella casa corroboraba la hipótesis de que hay atilis entre los fundamentalistas. Y al parecer es un asunto del Estado.

Capítulo 10

Capítulo 8: Un asesino en la familia

Diana veía la biblioteca a varias cuadras. No era un edificio hermoso como los diseños que en otros países se tiene de las bibliotecas, ni tampoco era una biblioteca con tantos libros como para jactarse de ser la mayor biblioteca del país. Era un edificio circular y punto, podía ser lo mismo un coliseo que una simple abadía de rezo a los protectores. La veía de lejos, situada sobre lo alto de lo que antaño debió ser una colina, que ahora rebosaba de casas y calles.

Los humanos le dieron más prioridad al conocimiento y la ciencia que el gobierno de la Corte de Gaia, al menos ese punto a favor podía atribuir a los humanos, y eso, a su decir, los hacía mejores individuos que los atili. En Actertal, en Hyspabia, en Elgandes, por ejemplo, se sabía de la existencia de redes sociales y bibliotecas virtuales. En Xances no, eso fue prohibido hace varios años. El internet sólo era una herramienta de control sobre las masas.

Tenía los pies entumidos y estornudaba. Si bien, la ropa se había secado; el frío se coló hasta los huesos y los pulmones y sentía la piel helada, pese al sol desnudo de nubes. Miró atrás y vio la figura de uno de los brutos que interrumpieron en el baño del café. Diana se detuvo, y se maldijo: no podía portar su anillo de poder en público.

—Cuando me den la aprobación al cuerpo de justicieros... —dijo.

Dio media vuelta, y caminó hacia el sujeto que la seguía; era rapado y lucía una barba pronunciada; ni siquiera aparentaba su deseo de perseguirla. Diana miró a las otras veredas donde había poca gente.

—Mire, tarado, o me deja de seguir o lo denunciaré ya mismo con la policía —dijo Diana a la distancia. Un fuerte viento le llegó por la espalda haciéndole estornudar de nuevo. No debió verse tan amenazante como esperaba serlo después de aquel estornudo.

—Señorita, lo siento, pero tengo órdenes de seguirla.

—¿Ah?, sí, ¿y por qué?, luego que se meten al baño, ¿ahora me seguirán?, ¿por qué?

—Usted lo sabe bien, señorita.

Diana miró caminar despacio a un auto de policía que hacía rutina de vigilancia. Estiró la mano hacia el automóvil como si fuera un taxi. El auto se acercó y se detuvo junto a ella. El sujeto que la seguía dio media vuelta

y caminó rápido.

—¿Todo bien, señorita? —preguntó el policía que manejaba.

—Ve a ese tipo de allá. Me está acosando, no ha dejado de seguirme desde el centro. Creo que quiere violarme o raptarme.

El policía bajó del automóvil junto a su compañero cuando el bruto ya había caminado media cuadra. Un policía lo llamó y le pidió detenerse. El bruto echó a correr, y los policías lo persiguieron.

Tanto el hombre de barba como los policías se perdieron al doblar en una cuadra. Diana sonrió, y fue a la biblioteca.

La Biblioteca Central de Jamur es un edificio circular de cinco pisos de alto y otros tres de subsuelo que abarcaba una cuadra completa. Rodeada por un patio circular y adornada con palmeras y esculturas clásicas, fue reconstruida hace apenas dos años. Durante la Tercera Guerra Civil había quedado destruida por los bombardeos y desapareció una tercera parte de los tres millones de libros.

Diana trabajaba en esta biblioteca desde que fue inaugurada y su trabajo consistía en atender clientes, limpiar anaqueles, clasificar libros y mantenerlos libres de polvo. En realidad, apenas trabajaba y leía seis de las ocho horas de su trabajo. No era la única, todos los trabajadores de la biblioteca se dedicaban a lo mismo y se turnaban si había algún lector que atender.

Gozaba de más tiempo por aquellos días. Hace poco terminó su curso de preparación de ingreso al cuerpo de justicieros civiles y, sólo esperaba la carta de aceptación que le indicara el día y hora que debía asistir a su primer día como justiciero civil del área de criminalística.

Entró por la puerta principal de tres metros en cuya madera estaban tallados los protectores y el gran árbol de la vida. Caminó hacia la recepción ubicada en el vestíbulo.

—Llega un poco tarde, señorita Asterman —dijo un autómatas con voz de tubo, sentado tras un escritorio largo, computadoras, archivos y carpetas. Simulaba ser un ratón de biblioteca: Delgado, camisa y corbata, cabello peinado hacia un lado, y gafas. ¿Qué autómatas necesita gafas? Siempre se preguntaba lo mismo. Le molestaba ese cliché del estudiante aplicado.

Diana pasó de largo. Tras el escritorio de la recepción había una pared donde colgaba un lector de huellas digitales, un aparato cuadrangular con teclado numérico y un vidrio de pocos centímetros de color azul que se

hizo verde al contacto con el dedo índice de Diana.

Diana miró al autómata con desprecio. En el mismo vestíbulo, y a cinco metros de la entrada estaba el ascensor. Diana subió y se arrimó a la pared del fondo, luego recibió un mensaje a su celular.

—Hay un cliente el subsuelo— decía el mensaje en su celular. Diana miró hacia el techo del ascensor con fastidio. La vigilaba el gobierno y un estúpido sistema operativo en la biblioteca.

Se abrieron las puertas.

Había otra recepción idéntica a la anterior en aquel subsuelo, solo que todo era más frío. Caminó hacia la derecha donde se repartían la sala de lectura en el centro y a los costados, los libreros de más de dos metros de alto, separados uno de otro por pasillos angostos.

Alguien se había sentado con un libro en la mesa 26, en la esquina izquierda del fondo. Parecía un costal viejo sobre un libro. Diana metió las manos a su chaqueta y caminó hacia esa persona. Miró hacia el techo, los focos fosforescentes funcionaban bien, salvo uno de la derecha que hacía inservible a las mesas 10 y 15. Los tacones de Diana hacían eco. La persona de la mesa 26 se puso de pie y estuvo a punto de correr; pero, se detuvo cuando vio a Diana. Cerró el libro y esperó.

Diana se acercó hacia aquella figura: era la rubia que interrumpió en el baño y que también se subió con ella al tranvía.

—Te ayudaré solo este día, Abigaíl Cromes —dijo Diana—, mañana no quiero verte más.

Abigaíl Cromes era la hija de Marcel Cromes que murió hace tres días mientras realizaba pruebas a los autómatas que en su fábrica se construían; eso según las fuentes oficiales. Según palabras de Abigaíl, su tío, Alder Cromes, asesinó a su padre con la intención de arrebatarle la empresa a Marcel y así realizar alianzas entre la compañía de autómatas Cromes y el Estado. En realidad, todo eso le era indiferente a Diana.

Cuando Diana fue sorprendida por esa niña en el tranvía, y ella le pidió ayuda, estuvo a punto de sacarla a patadas del medio de transporte. No deseaba tener más problemas, suficiente era la necesidad de acumular setecientos chalers hasta la próxima semana. Ayudar a Abigaíl le significaría problemas, y muchos, teniendo en cuenta que la guardia de seguridad de la fábrica, ahora sospechaba de ella sólo por haberle indicado la ventana de escape del baño; sin embargo, aceptó ayudarla cuando la vio llorar como Magdalena. La niña estaba sola. Quizá Diana se reflejó en la soledad de Abigaíl y por eso le escribió en un papel el lugar donde debía esperarla. La Biblioteca Central de Jamur. Ahora Diana no

sabía si cometió un error o hizo lo correcto.

El caso es que, Diana se bajó del tranvía en la estación Alameda, e hizo tiempo, leyendo su libro por treinta minutos. Pero no solo leyó el libro aguantando el frío en su ropa húmeda, sino que leyó muy bien el periódico. En ninguna de las noticias se mencionaba la desaparición de Abigaíl Cromes. Abigaíl no escapó ese día de su casa, debió haberlo hecho el día en que asesinaron a Marcel hace tres días. Lo que sí se resaltaba era el multimillonario contrato que la Corporación Cromes esperaba firmar con el Estado como principal proveedor de tecnología de armas. Eso le daba cierta verosimilitud al discurso que Abigaíl dijo con lágrimas y angustia.

El Diario ocultaba la desaparición de la rubia, y Diana entendía que toda noticia publicada en los medios de comunicación, tergiversa u oculta información con el fin de beneficiar intereses personales de algún miembro del Estado. Tenía claro que los intereses que querían ocultar eran los de Alder Cromes, asesino de Marcel, en relación con los contratos multimillonarios que hizo con la Corte de Gaia.

Diana se sentó frente a Abigaíl. Miró el libro que la niña había escogido para leer. El papel reciclable y sus beneficios ambientales. Diana enlazó sus dedos sobre el libro de portada color amarillo. Inquirió la tímida figura de Abigaíl: enjuta y con sus manos bajo la mesa, apenas levantaba la vista. Diana percibió venas rojas bordeando las pupilas de la rubia, quien aspiró la nariz por el sollozo y lo propio hizo Diana; aunque ella lo hizo por el frío.

—¿Qué piensas hacer?, ¿cómo vas a escapar?

Abigaíl la miró un rato y luego se agachó, tomó un bolso y de ahí sacó una bola metálica que dejó sobre la mesa de madera.

—¿Un transportador?

—Tengo que repararlo y calibrarlo.

—¿A dónde te lleva?

Diana se estiró para tomarlo; sin embargo, Abigaíl puso su mano sobre el transportador, luego vaciló un momento, y retiró la mano. Diana lo tomó; era pesado. Nunca vio uno, aunque tenía el conocimiento de que esos transportadores podían llevar a determinado número de personas de un lugar a otro, en un instante.

—Iré a Palas. Allí vivía antes —dijo Abigaíl.

Diana examinaba el transportador.

—¿Y crees que podrás repararlo?

—Sí, sí puedo. No está dañado; aprendí lo suficiente, y sé cómo funciona.

—¿Aprendiste? —Diana sonrió.

Dejó la bola sobre la mesa, la empujó con sus dedos y la hizo rodar hasta Abigaíl. La rubia lo tomó y lo guardó de inmediato, como si tuviera miedo que alguien lo vea.

—Sí.

—¿Cuántos años tienes? ¿doce?

—Tengo diecisiete.

Diana arqueó sus cejas y abrió un poco su boca.

—Eres de las típicas traga años.

—¿Me ayudarás?

—Solo por esta noche. Te daré la dirección y llaves de mi departamento. Creo que Aníbal tiene unas pelucas guardadas en su despacho. Es el conserje, suele desfilar el Día de Reyes. Te bajaré una, te pondrás la peluca bajo ese bonito sombrero que usabas en el tranvía, te irás ya mismo y me esperarás en casa. Procuraré llegar antes que mi hermana Darsy, ¿entendido?

Capítulo 11

Capítulo 9: Estado de conspiraciones

Edward vivía en el edificio Williams, en el departamento 903. Sentado en la silla giratoria espaldas de su escritorio de cristal; miraba la pizarra blanca que tenía al frente. En una mano sostenía un cigarro, y en la otra un marcador.

Aspiró el amargo y cálido humo, con ello creyó que incendiaba la incertidumbre que lo invadía. Se acercó a la pizarra blanca con el cigarrillo en la boca, destapó el marcador y escribió sobre la pizarra: "Endromeliano atili".

Fumó y luego repensó en que los endromelianos atili, o falsos endromelianos como anotó en su pizarra, podrían relacionarse con lo que su padre dijo: El Autómata de Razonamiento Independiente pretendía aniquilar a todos los humanos y esclavizar a los atili. El humo que soltó nubló las siglas A.R.I. en el pizarrón.

Edward tenía miedo del gobierno. Si esto era un asunto de Estado, poco o nada podía hacer en el caso de los fundamentalistas. Si descubría algo indebido lo matarían y también a quienes trabajaban en el caso, si era así, su amigo y jefe, Mauricio, también podría morir, como murieron Tazner y Paragar.

Se acercó al escritorio y apagó el cigarrillo en el cenicero sin dejar de mirar su pizarra. El plan del A.R.I. comenzaba con el exterminio del ser humano. Quizá fabricaban rencores contra los humanos, manipulando la opinión pública para justificar el genocidio. No todos los atili odiaban a los humanos. Si los mataba a todos, así porque sí, algunos sectores atili podrían reaccionar en favor de ellos.

—¿Puedo confiar en que mi padre detendrá este genocidio?

Se sentó frente al computador. Le resultaba imposible confiar en quien lo abandonó de niño; sin embargo, ¿De qué otra forma podría detener todo aquello sino era confiando en su padre? Edward no era un ejército de millones de soldados, no podría derrocar al Supremo Atili, y si así fuera, estaría trabajando contra el tiempo puesto que cada minuto que perdía, era cada minuto que los planes del ARI avanzaban. Puso su dedo índice en la boca. Su mano olía a tabaco.

Tomó su celular. Revisó su mail. No recibió correos de Ricardo. Habían pasado ya tres días y su hermano no reportaba avances desde que se fue a Gonzo. Miró en una esquina de su escritorio los documentos que su padre le entregó en Actertal, esos que desvelaban el sitio donde se

encontraban las investigaciones sobre el Éther y que guardaban un problema enorme: Estaban en códigos que él no ha podido descifrar en lo más mínimo.

Intentó llamar a Ricardo tres veces y lo enviaron al buzón de mensajes. Se angustió. Se sentó frente a la computadora. Abrió la sección de las noticias, buscó el tema: Grupo fundamentalista endromeliano de las ocho estrellas, Gonzo. Se desplegó la misma información del anterior día. El último ataque de este grupo al pueblo sucedió hace tres noches, momento en el que Ricardo acordó viajar a Gonzo a buscar un salvoconducto.

Golpeó el cristal del escritorio. Lo escuchó crujir. Maldijo al gobierno y su fobia contra la libre información. Pensó que, de aún poseer las redes sociales podría comunicarse de una u otra manera con su hermano. Solo le quedaba esperar.

Se levantó y fue a vestirse. Escogió ropa formal. A las cuatro de la tarde asistiría al funeral de sus compañeros Paragar y Tazner.

Estacionó su automóvil en el parqueadero al aire libre a cien metros de la abadía. Bajó del auto. Salió de la zona de estacionamiento y se dirigió por un sendero de adoquines azul y rojo hacia la abadía, un edificio de piedra blanca redondo como un coliseo con una cúpula en el techo. Sus ventanas coloridas dentro de arcos de medio punto de tres metros de alto, cada una, brillaban con el sol. En la entrada, dos torres. En la una el campanario, y en la otra la torre de rezo de los monjes-eldaie.

Cruzó el arco triunfal, bisagra entre las torres y la bóveda de agradio. La bóveda de agradio era circular y en su graderío de madera, como en el de un teatro clásico, estaban sentados, en silencio, al menos cincuenta personas. El graderío desembocaba al final en el presbiterio donde el monje-eldaie superior daba sus homilias. En esta ocasión, junto al altar había dos mesas fúnebres con las ánforas llenas de las cenizas de los cuerpos cremados de Tazner y Paragar que luego serían esparcidas a los cuatro vientos en la torre de rezo.

La cúpula de la bóveda de agradio era sostenido por pilares que tenían la forma de cada uno de los doce protectores de Gaia. Se hincó en el pasillo, como es la tradición y luego se sentó. Miró tras el presbiterio al gran árbol de la vida cuyas raíces abrazaban a Gaia, la tierra madre y las estatuas de Atili-Eldaie e Ibi-Aia, los reyes de los protectores hincados junto al gran árbol. El murmullo de los rezos era insoportable: Edward detestaba los funerales.

Luego del sermón, Mauricio se sentó a su lado.

—Dicen que encontraron materiales de atilis en la casa del asesino endromeliano. ¿Qué opinas?

Edward no apartó la vista de las hojas doradas del gran árbol de la vida
—Concuerta con lo que me dijeron en Actertal, pero no tenemos pruebas de que así sea. Elenfar pudo haber robado ese anillo de poder. No lo usó.

—Algo extraño sucede, Salazar. Ya no nos permiten investigar a los endromelianos. A penas se llevaron el cuerpo del endromeliano este... Mursif, lo cremaron.

Edward lo regresó a ver. Arrugó su entrecejo, y mostró las palmas de sus manos buscando alguna explicación.

—Vamos a fuera.

Salieron de la abadía y recorrieron los jardines circundantes. Mauricio caminaba con el rostro meditabundo y con sus manos en los bolsillos de su pantalón negro. Se detuvieron junto a un árbol en el sendero de adoquines. El viento les azotó el rostro. Las nubes se hicieron espesas y cubrieron el cielo.

Edward tomó un cigarro de su cajetilla y lo encendió tan pronto se detuvieron junto al árbol. Escuchaban el silbido del viento y el canto de las aves.

—¿Me regalas uno?

Edward mostró su cajetilla abierta. Le ofreció fuego, en tanto Mauricio sacó de su bolsillo una muestra de sangre en un frasco de cristal.

—Quiero que la analices en algún centro privado y determines si pertenece o no a un atili. Es de Mursif.

Edward tomó el frasco, lo miró unos segundos y se lo guardó en el bolsillo de su chaqueta.

—¿Qué has pensado al respecto?

—Al parecer alguien del gobierno está implicado. Si es cierto que hay atilis entre el grupo fundamentalista, alguien muy poderoso, un ministro o colaborador de ellos quiere ocultar esta información. Como te lo mencioné, no nos dejan investigar lo más mínimo. Tan pronto como di el informe de que en casa de este tipo... Mursif, había instrumentos de nuestra raza... —Mauricio aspiró su cigarrillo y soltó el humo mirando al cielo, tardó un poco en continuar—. Leí el informe. Decía que Mursif se lo

había robado todo a algún otro atili.

—Hay más. Mursif me dijo: Ningún endromeliano que haya matado atilis es humano. Todos son contratados por el gobierno.

—¿Y por qué lo mataste?

—Se suicidó, no lo maté. ¿No leyó el parte?

—Decía que lo mataste en defensa propia. Están tergiversándolo todo. Salazar, de ahora en adelante no le cuentes a nadie lo que estamos averiguando, oíste, a nadie —dijo Mauricio, volvió a fumar, volvió esperar un tiempo antes de hablar—. Hay un justiciero desaparecido. Escuché que descubrió lo mismo que nosotros. Como ahora no se puede publicar nada en el internet, nada se sabe a ciencia cierta. Los mails son revisados por el Estado. Las llamadas que hacemos, son escuchadas.

Mauricio aspiró su cigarro por última vez y arrojó la colilla al suelo. Luego se agachó, la tomó, y se la guardó en el bolsillo. Edward esperaba que dijera una frase en relación al ambiente o los animalitos; pero esta vez el jefe le estrechó la mano y antes de irse dijo.

—No lo olvides. No confíes en nadie.

—¿Y por qué confías en mí?

—Confío en dos personas. Tú, y mi señora esposa, y ni siquiera a ella le digo todo. Soy muy...

—Desconfiado, lo sé. Me gustaría pedirte algo. Detén estas investigaciones.

—¿Me das órdenes?

—Te pido un favor. Mauricio. ¿Qué tal si el gobierno lo está provocando?

Mauricio carcajeó.

—¿Todo el gobierno?, no. Es algún funcionario corrupto. ¿Por qué el gobierno habría de sostener el fundamentalismo?, no me digas que crees en conspiraciones.

—Dicen que está provocando malestar en la población para justificar un genocidio.

—También dicen que el Supremo Atili es un demonio subido de los infiernos. Todas esas teorías las dicen los humanos. Les gusta inventar

cosas.

—Te lo pido como amigo. Solo espera un poco más —dijo Edward. Pensó que si encontraba las investigaciones del Éther antes que Mauricio continúe con lo suyo podría disuadirlo, contarle todo.

Mauricio miró hacia el cielo. Luego escucharon el doblar de las campanas que anunciaban el fin de la ceremonia de velación. Las esposas de Paragar y Tazner estarán subiendo hacia lo alto de la torre de rezos con la finalidad de lanzar las cenizas de sus esposos a los cuatro vientos. Mauricio puso su mano pesada sobre el hombro de Edward.

—Haremos esto. Me iré de vacaciones por quince días. Veremos cómo evoluciona el caso y después, si creo conveniente, seguiré investigándolo todo. Dudo mucho que el gobierno entero esté tras esto. Algún ministro que les vende armas a los fundamentalistas, eso es lo más probable. Por cierto, cambiando de tema. Creo que encontré a esa persona que puede ayudarte con esos enigmas que tienes. Recuerda que prometiste decírmelo todo. Te enviaré su currículum para que lo contactes.

—Me ayudas bastante. Gracias.

Edward y Mauricio caminaron hacia la abadía en silencio. Edward, por primera vez, desde que trabajaba como justiciero tenía mucho miedo. Sacó otro cigarrillo y lo fumó. Al menos estaría tranquilo los siguientes quince días. Tenía la esperanza de que el contacto de Mauricio pudiera ayudarlo a descifrar los códigos de su padre. Luego de eso podría revelarle a Mauricio que el Supremo Atili en realidad podría ser un autómatas, y que sus planes incluyen exterminar a la raza humana y esclavizar a los atili.

Capítulo 12

Capítulo 10: Aprietos financieros

Diana vivía en el departamento 76 del edificio Sorex. Subía en el ascensor, pensando en Abigaíl, en la deuda del banco, y en los brutos del cuerpo de seguridad de la Corporación Cromes que de nuevo la siguieron a casa. Ahora cargaba otro problema: sabían dónde trabajaba y dónde vivía. Entendía que no podría mantener a Abigaíl oculta por mucho tiempo; además, debía convencer a Darsy que todo estaría bien, que Abigaíl era el menor de los males, porque en realidad lo era. Debía convencerla que conseguirían el dinero de la deuda con el banco hasta el próximo miércoles y que no tardaría en llegarle la carta de admisión del cuerpo de justicieros.

El ascensor se detuvo, escuchó un timbre y se abrieron las puertas en direcciones contrarias. Diana salió hacia un angosto pasillo de piso de vinillo cuadriculado entre marrón claro y marrón oscuro. Fue a la derecha en cuyo final podía ver su departamento.

Al lado derecho había unas escaleras, y, sentada en la tercera grada, Abigaíl. Tenía su cabeza arrimada a la pared y dormía o parecía estar dormida.

Diana se aclaró la garganta con fuerza. Abigaíl abrió los ojos, la miró y lanzó un suspiro.

—¿No te sirvieron las llaves?

—No quise entrar sin tu permiso. Pensé que si me atrapaban no deseaba causarte problemas.

—Qué amable —dijo Diana.

Le hizo una señal con la cabeza para que la siguiera. Metió sus manos al bolso de donde tomó unas llaves y abrió la puerta. En realidad, Diana nunca le dio las llaves verdaderas de su departamento; no se arriesgaría a que le asalten la casa, y era también una forma indirecta de deshacerse de ella en caso de que la rubia decida irse.

El departamento no era muy grande y sus muebles eran viejos. Junto a la mesa del comedor había una pared con algunos retratos antiguos de sus padres, de ella y de su hermana.

Diana dejó su bolso sobre la mesa del comedor, que también era la sala

de estar.

—Toma asiento. Iré a darme un baño —dijo Diana—, ahí está la radio. No tenemos televisión, o si deseas puedes ocupar la computadora.

Diana abrió la puerta de su cuarto, y arrojó adentro sus zapatos de tacón. Luego fue al baño en el fondo izquierdo. Antes de entrar, miró a Abigaíl que se había sentado en la mesa del comedor, y le dijo:

—Vendrá otra mujer. Es mi hermana, se llama Darsy, trata de llevarte bien con ella.

Diana se metió al diminuto baño de paredes rosadas. Se desvistió. La ropa se le había pegado al cuerpo como cinta adhesiva. Abrió la ducha y se metió al agua tibia.

Al terminar, vistió con ropa de casa: un pantalón viejo azul y un saco gris. Sentía, aliviada, el cabello húmedo sobre su cuello. Salió del cuarto de baño, y puso su ropa sucia en la lavadora.

Miró a Abigaíl sentada en la mesa del comedor, en el mismo lugar donde la había dejado hace no más de veinte minutos.

—Eres una niña muy rara.

—Quisiera ayudarte en algo.

—¿Sabes cocinar?

—No.

Diana puso sus ojos en blanco. Le hubiera gustado escuchar un poco de música; aunque, su radio estaba medio descompuesta desde hace días. Tenía un defecto, quizá alguna interrupción en las frecuencias radiales que hacían que la música sonase, cada cierto tiempo, a papel corrugándose.

—¿Quieres aprender a cocinar?

—No.

—Pues aprenderás—, dijo Diana tras echar un suspiro—. Así me ayudarás de ahora en adelante.

—Es que... no me gusta cocinar.

Diana escrutó a Abigaíl con severidad.

—¿Entonces, en qué te gustaría ayudarme?

—Sé reparar cosas.

—Cierto, la niña genio. ¿Puedes reparar la radio?

—Sí, eso sí.

—Genial. Entonces repararás la radio mientras yo preparo la merienda. Darsy no tardará en llegar.

Diana lagrimeaba y tenía su mentón alzado con la intención de absorber la menor cantidad de mocos: picaba unas cebollas secas cuando Abigaíl entró a la cocina. Escuchó los pasos de la niña tras ella y volteó a verla.

—Ya lo reparé. Encontré estos papeles bajo la radio. ¿Tienes problemas económicos?

—Diana se limpió las lágrimas con el dorso de su mano y sus manos con el mantel de cocina. Identificó las letras de cambio que Abigaíl encontró bajo la radio. Dejó el cuchillo junto a las cebollas picadas en juliana. Tomó los pagarés, y los puso sobre el refrigerador.

—Tengo un poco de problemas. Nada de qué preocuparse.

—Puedo darte dinero. De todas formas, no encuentro de qué otra manera pueda ayudarte, a menos que tengas más radios.

Abigaíl metió su mano al bolsillo y le mostró una memoria flash a Diana. Debía ser dinero electrónico comprimido.

Diana sonrió y le dio la espalda a Abigaíl. Continuó picando las cebollas; no deseaba escucharla, ella, por sí sola, encontraría la forma de pagar al señor Sati sin recibir la limosna de nadie.

—Enciende la estufa que está con esas arvejas, por favor.

—Te daré 30.000 chalers por ayudarme, Diana. Si no fuera por ti, hoy estuviera muerta.

Diana dejó caer el filo del cuchillo sobre la tabla de picar con un fuerte y seco sonido. Por poco se corta el dedo medio. —¿Qué tan desesperada estaré para aceptar ese dinero? —Se preguntó.

—No, gracias —dijo Diana sin voltear a ver. Tomó de nuevo el cuchillo y picó las cebollas despacio, se volvieron imperceptibles los golpes del filo

del cuchillo sobre la madera.

—Pero...

—He dicho. No, gracias. No tomaré ningún dinero que no lo haya trabajado yo misma. Además, es probable que mañana me lleguen los resultados de mis pruebas en el cuerpo de justicieros de Xances. Cuando haya conseguido ese empleo, no necesitaré dinero. Gracias, muñeca, pero no. No.

Se acercó a la estufa y la prendió.

—No quise ofenderte.

—No lo hiciste. ¿Me pasas las papas, por favor?

—Sí.

Diana y Darsy heredaron el departamento hace dos años tras la muerte de sus padres, Paúl y Yuri. El primer día de trabajo en la biblioteca Central de Jamur, Diana salió tarde por acomodar libros que alguna escuela había donado. Sus padres salieron a buscarla porque no contestaba el celular. Murieron aquel día, asesinados por el grupo fundamentalista endromeliano. A los pocos días, Diana y Darsy descubrieron que la herencia en dinero que sus padres les legaron, les ayudó a cancelar apenas un cuarto de la deuda del departamento. Ambas estuvieron obligadas a buscar empleos, no solo con el fin de terminar de pagar la deuda, sino también para terminar sus estudios.

Lo que era peor: No podían escapar de esa deuda. En caso de que el Banco les quitase el departamento, la deuda se mantendría vigente; y tampoco podían vender el departamento o arrendarlo por un contrato que les obligó a firmar el banco.

Diana y Abigaíl comieron la merienda en silencio, escuchando jazz. Una vez Diana dejó los platos en el fregadero, se metió a su habitación que también era su cuarto de estudio, e invitó a Abigaíl a que entre. La habitación parecía una minibiblioteca: Las paredes rebosaban de repisas con libros. La única pared sin libros era aquella donde su cama estaba arrimada y donde también había una ventana cubierta por una cortina conchevino. Tenía un escritorio y en ese escritorio una lámpara, una computadora portátil y varios cuadernos con bolígrafos.

—Si quieres duerme un poco —dijo Diana señalándole la cama distendida.

Se sentó a la computadora y la prendió. Debía trabajar en los documentos que le dio la secretaria del abogado Moreno, interpretarlos y realizar los cálculos.

—¿Tienes internet libre? —preguntó Abigaíl, quien no abrió la boca desde que le preguntó lo del dinero a Diana. Se acercó tímidamente a la cama y se sentó en el filo.

—¿Libre? —preguntó Diana. Dio media vuelta y vio a Abigaíl mientras esperaba que la computadora encendiera—. Desde que la Corte de Gaia asumió el poder de Xances el internet no sirve para absolutamente nada. ¿Ustedes los ricos tienen acceso a bibliotecas, videos y redes sociales?

—No.

—Entonces no hay internet libre. Redes sociales e información pública no existe. Eso es triste. Pienso que las bibliotecas deberían estar repletas de gente, por cierto, ¿no trajiste contigo tu celular?, ¿cierto?

—No, ¿por qué?

—No quisiera que nos rastreen los brutos que te perseguían. ¡Anda, acuéstate!, seguro no has dormido bien estas últimas noches.

Abigaíl asintió y se recostó al filo de la cama. Tan al filo que a Diana le dio la impresión de que al mínimo movimiento se caería. Cuando estuvo a punto de pedirle que se acueste bien, o se vaya a dormir en la terraza, escucharon la puerta de la casa abrirse.

—Ya llegué —dijo Diana, al mismo tiempo que la voz de su hermana lo hizo desde el vestíbulo, solo que Diana le puso un tono de burla. Abigaíl la miró y sonrió. Diana pensó que la sonrisa de la niña era bonita.

Darsy se asomó por el umbral de la puerta de la habitación de Diana. Tenía 22 y trabajaba como mesera en un restaurante de alta alcurnia en el norte de Jamur. Siempre llegaba más o menos tarde, dependía de las reservaciones de los empleados del restaurante donde trabajaba y siempre lo hacía vistiendo su uniforme negro entallado al cuerpo.

—Llegué, hermanita —dijo con tono alegre entrando al cuarto. Vio a Abigaíl, se llevó las manos a la cara y sonrió mostrando todos sus dientes—. ¡Que niña tan mona!, ¿de dónde la sacaste? —dijo Darsy, y se acuclilló al lado de Abigaíl.

Abigaíl, se sentó y se apegó hacia la cabecera de la cama, como si

quisiera huir.

—Déjala en paz, Darsy, se quedará solo esta noche.

—¿Quién eres?

Diana se dio media vuelta en su asiento.

—Es Abigaíl Cromes. La hija de Marcel Cromes.

Darsy palideció. Se levantó lento, y retrocedió tres pasos. Luego se sentó en el filo del catre al otro extremo de Abigaíl. Miró a Diana y luego a Abigaíl. Se mordió el labio. Diana pudo atisbar la preocupación en sus ojos.

—¿Qué? —preguntó Diana.

—Es que... ¿Por qué?

—Por la misma razón por la que no se dice nada en los medios de su desaparición. La quieren muerta.

—Y no se te ha ocurrido que también nos matarán a nosotras por ayudarla.

—No seré una molestia —dijo Abigaíl.

—Ven, quiero hablar contigo —dijo Diana. Se levantó, tomó la mano de su hermana y se la llevó fuera del cuarto.

Diana fue a la cocina, puso agua en un vaso y bebió. Darsy la esperó, con su espalda arrimada al arco que une la cocina con la sala-comedor. Tenía sus brazos cruzados y los ojos muy abiertos.

—No hay buenas noticias, ¿cierto?

—No —dijo Diana. Suspiró y arrimó su espalda baja al filo del mesón de cocina junto al fregadero— lo de Abigaíl es un chiste, ella se irá. Tiene un transportador, no importa, la podemos incluso entregar a la policía. El problema es el señor Sati.

Darsy arqueó las cejas—¿Y bien?

—No nos dará más plazo. Quiere el dinero en siete días.

—¿Siete días?, ¡está loco! ¿Le diste los chocolates?

Diana puso sus ojos en blanco.

—Olvida los chocolates. ¿No te pueden ayudar en tu trabajo?

Los ojos de Darsy se llenaron de lágrimas y sin dejar sostener sus brazos en el pecho se llevó una mano a la boca.

—No —dijo Darsy— ¿Qué haremos? —ese momento sus ojos se abrieron más aún y sonrió. Una idea le había iluminado— La niña Cromes, debe tener mucho dinero...

Diana se llevó una mano al puente de la nariz, cerró sus ojos y negó con la cabeza.

—¿Qué?, es buena idea.

—Si aceptamos el dinero de Abigaíl, estaremos atadas a sus problemas, y nos harán cómplices de su desaparición.

—¿Y no lo somos ya? ¿No pensaste eso antes de traerla aquí? —dijo Darsy señalando con sus dos manos en dirección hacia la habitación de Diana.

Diana la miró fija y gravemente —Además —dijo, alzó la voz antes que Darsy pudiera decir algo —. Si de la noche a la mañana le damos dinero al señor Sati y no podemos justificarlo, ¿qué crees que pasará?, ¿Ir a la cárcel por vender drogas o traficar con algo? Sabes que el gobierno controla todo el flujo de dinero.

—Entonces, ¿De dónde sacamos la plata?

—Mañana me darán el ingreso a la tropa de justicieros...

—¿Ese es tu plan? ¿Y si no te aceptan?

—Me aceptarán.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo harán —dijo Diana. Suspiró. Se acercó a Darsy. Tomó la cabeza de su hermana con ambas manos y mirándola a los ojos le dijo —. Confía en tu hermana.

Darsy abrió la boca para decir algo; sin embargo, sus palabras se ahogaron en un suspiro. Cerró sus ojos, sonrió y miró el suelo. Diana le retiró las manos y caminó hacia su cuarto. Cuando entró en la habitación, Abigaíl ya dormía. Diana torció su boca cerrada hacia un lado y luego se

sentó frente a su portátil y trabajó en los documentos que le encargó el abogado Moreno.

Capítulo 13

Capítulo 11: Falso fundamentalismo

Edward fue en la tarde a un centro clínico privado. Los resultados dieron positivo: Elenfar Mursif era un atili. Un atili a quien en los medios de comunicación lo presentaron como un humano de larga data entre los fundamentalistas. De quien se dijo en televisión, prensa, radio e internet que sus padres eran humanos migrantes de Hyspabia y que asesinó sin ningún motivo a las dos enfermeras.

Terminó su día en un bar, solo, reviviendo la muerte de sus compañeros. El velorio, el llanto de los familiares de ambos, y el momento exacto en que el monje-eldaie arrojó las cenizas de Tazner y Paragar hacia los cuatro vientos, le disuadieron de que quizá Tolk en realidad sea la única esperanza que tenía si es que deseaba cambiar ese sistema corrupto.

Él no guardaba dudas: El gobierno contrata a los falsos fundamentalistas con el fin inculpar a los humanos. Los análisis de sangre de Mursif ratificaban su hipótesis; pero, maldita sea el cabeza dura de Mauricio: insistía en que el gobierno era inocente.

Llegó a su departamento en la noche. Abrió el buzón, una caja de metal colgada tras una pequeña rendija de la puerta. Encontró el recibo de la luz, del agua y una carta. Mientras caminaba a su escritorio fue abriendo el sobre que solo podía ser de Ricardo y por el aspecto no traía buenas noticias.

Se sentó frente a su escritorio. Encendió su lámpara y extrajo el papel amarillo.

María Antonia Eufrasia,

He visitado la casa de nuestra abuela Rosalía en su pueblito. Todo se encuentra en perfecto estado y no tienes por qué preocuparte. Nada es como lo planeamos. La abuela se encuentra bien, tanto que me ha pedido quedarme por un tiempo. He accedido a ello. Siento que no quiero irme de aquí nunca.

Inspiró con fuerza, se fregó los ojos y se pasó ambas manos por la cabeza. Ricardo fue secuestrado en Gonzo. Miró su brazo, en el lugar

donde se encontraba la cicatriz de guerra. Recordó a Doramina y su madre muerta, recordó a Paragar y Tazner muertos. El pecho le hirvió.

Guardó la carta en su chaqueta y salió de su departamento. Bajó al parqueadero y condujo hacia el barrio Linares al Norte de Jamur.

Llegó a una casa modesta de dos pisos fabricada en ladrillo y con fachada blanca. La casa parecía el pastel de cumpleaños de un niño desde lejos y desde cerca desentonaba con los conservadores colores azul, blanco y marrón.

Había un portón y una puerta peatonal. Estacionó el automóvil junto a la calle. Sacó su celular del bolsillo y lo guardó bajo el asiento del piloto. Bajó del automóvil y se acercó a la puerta que daba a la acera. Presionó el timbre.

—Pasa —dijo la voz de Carla a través del transmisor; junto al timbre. Luego escuchó el clic de un resorte.

Edward empujó la puerta y entró. Un aroma a estofado, sopa, o sabrán los protectores a qué, le lamió el rostro. El zaguán era un amplio corredor de piso de baldosa con imágenes de piedras redondas. Al fondo miró los dos arcos que se abrían en direcciones opuestas. El derecho guiaba hacia el estudio y parqueadero; y el izquierdo a la cocina, sala de estar y al segundo piso, o al menos así era desde la última vez que Edward se vio obligado a visitar esa casa.

Carla se asomó en el umbral del arco izquierdo. Vestía como se viste en casa. En sus manos tenía los restos de hierbas picadas.

—Hola, Ed.

Edward se acercó y Carla lo envolvió con sus brazos, él no le devolvió el gesto. Se forzó a mantenerse rígido, cerró sus puños, cortó su respiración. El cabello de Carla olía a frutos rojos, como siempre. A penas levantó una mano y le dio dos palmadas en la espalda superior.

—Ven —dijo Carla. Tenía la mirada vidriosa.

Edward sintió culpa por no corresponder el abrazo, o ser empático y paliar la angustia que debería de sentir Carla.

Entraron a la sala de estar. Una televisión ocupaba el centro del juego de muebles amarillos. Las paredes tenían decenas de retratos familiares.

Edward se sentó junto a una ventana y Carla se puso a su lado.

—Dime que tienes alguna noticia de Ricardo.

Carla miró hacia sus dedos que jugueteaban, sus ojos se volvieron acuosos. Edward quiso decirle que no se preocupe, quizá darle ahora sí un abrazo.

—Ricardo fue secuestrado —dijo Edward. Metió su mano al bolsillo donde guardó la carta y se la entregó.

Carla aguardó largos segundos con su boca abierta y sus ojos en la carta. Estiró la mano temblorosa con lentitud hasta tomarla. Carla lo leyó, sus ojos se seguían llenando de lágrimas.

—Podemos ir a buscar a Ricardo, o encontrar el Éther —dijo Edward y miró lágrimas mojar la carta. Recordó a Doramina y a su madre. Ricardo, pese a haberle arrebatado el amor de Carla, era su única familia—. Creo que debemos buscarlo.

—No —dijo Carla. Levantó la mirada, seria—. No, Ricardo no lo quisiera así.

Edward frunció el ceño, extrañado. Carla estiró su mano y la puso sobre la de él.

—Busca las investigaciones de tu padre lo más pronto y después iremos a buscar a Ricardo. Piénsalo. De nada nos sirve buscarlo si no luchamos por aquello por lo que estamos dando nuestra vida.

—¿De qué demonios hablas?, es tu marido.

—Sí, y sé cómo es. Y sé que él no quisiera que claudicáramos.

Edward apartó la mano de Carla de la suya. Se levantó turbado y caminó a la salida.

—¿Por qué te vas?

—Tengo cosas que hacer.

Edward condujo hacia el barrio Las Monjas. Si alguna verdad había en lo que Carla dijo, era que debían encontrar las investigaciones de su padre.

Aparcó a varias cuadras del barrio mencionado. Guardó el celular bajo el asiento del piloto. Abrió la guantera y tomó un aparato cuadrado que le

dio su amigo a quien iba a visitar ese momento. Se suponía que distorsionaba la imagen de quien lo tiene cerca. Todo bajo la condición de no ser detectado por las águilas de vigilancia o los drones que usualmente sobrevuelan la ciudad. Lo encendió antes de bajar del auto. El aparato emitió un silbido agudo. En verdad le había dado buen uso durante su viaje a Actertal.

Entró al barrio a través de un pasaje estrecho entre dos manzanas en cuyas paredes grabaron consignas de pandillas y amores. Hizo mohines, cubrió su boca y nariz para no respirar el hedor de orinas y mierda de perro que laceraban sus fosas nasales. Luego fumó un cigarro con la esperanza de paliar el olor. El cigarrillo debió de parecer un diminuto faro rojo. Pisó un charco y tras lanzarle mierdas apercibió a dos personas que le cerraban el paso a pocos metros. Uno era una cabeza más bajo que el otro y llevaba en su mano un machete con el cual señaló a Edward.

—¿Qué haces por aquí, muñeco? Cuesta pasar.

—Vengo a ver al Chato —dijo fumando con lentitud. La otra persona bajó el machete.

—¿Quién lo busca?

—Un amigo de tragos.

Entró en el barrio cuyas casas de paredes de bloque desnudo y techos de latas viejas y oxidadas se dispersaban disonantes. Las calles asfaltadas parecían de tierra, llenos de baches, charcos y mala hierba. Perros perezosos de distintos tamaños y colores vagabundeaban en las aceras. Apestaba a alcantarilla.

Edward simulaba un andar despreocupado. Todo estaba oscuro y él se guiaba por el brillo que traslucían las ventanas de las casas. No había alumbrado público porque era un barrio cuyos residentes en su mayoría eran humanos o mestizos.

Llegó a una casa de dos pisos, construida en ladrillo y hierro y de mejor aspecto que las otras. Tocó el timbre cinco veces, emulando una armonía infantil.

Miró un pequeño destello rojo desde el marco superior de la puerta.

—¿Sin voz, ni ojos?

—Sin voz, ni ojos —respondió Edward. Su amigo se aseguraba siempre que nadie que lo vaya a visitar, cargara un celular, y use su aparato de distorsión de imagen. El gobierno espiaba a través del micrófono y cámara

de celulares y computadoras.

Escuchó abrirse el seguro y entró a la casa. En el zaguán había mesas, sillas y muebles de madera vieja que se usaban con el fin de ocultar al hacker más importante que Edward conocía.

—Mugriento, Salazar. Te acordaste de tu viejo amigo —dijo desde las escaleras superiores un hombre rapado, y bajó dando brincos.

Sus ropas parecían sábanas cubriendo un alambre y los pómulos ensombrecían sus ojos, pequeñas canicas marrones hundidas en un rostro pecoso. Su nariz era hundida y torcida hacia la derecha. Sus dientes amarillos reflejaron una sonrisa que se hizo más grande aun cuando vio a Edward, se lanzó hacia él y lo abrazó.

—Perro asqueroso —dijo Edward sonriendo.

El Chato fue su amigo en el colegio, había estudiado en la Universidad Estatal de Xances, fue el mejor promediado; pero desertó cuando el gobierno puso un impuesto especial de educación a mestizos y humanos.

—Ven—dijo el Chato. Subieron las escaleras, a un ancho corredor con tres puertas. Entraron al cuarto del fondo.

—Toma asiento —dijo el Chato.

Había cinco escritorios con tres portátiles y dos grandes televisores. Al menos unos treinta Reuters en la pared izquierda. Unas siete cajas negras en el suelo que parecían contener cosas importantes de informática que soplaban desde sus ventiladores, y un millar de cables en las paredes y el piso del cuarto.

Edward tomó asiento junto a una de las computadoras. El Chato retiró los platos vacíos y fundas de comida rápida de la mesa.

—Lamento no invitarte nada decente. La situación se ha vuelto dura —dijo El Chato, se sentó frente a Edward—. El gobierno y sus impuestos me tienen loco. Tengo zizk. ¿Quieres poco?

—Vengo por algo más que zizk, amigo.

—¿Información? Lo que todos buscan.

Edward le lanzó a su amigo un sobre de manila doblado.

—Son trescientos —dijo Edward.

Las manos huesudas del Chato abrieron el sobre y sacó una memoria flash, la besó, carcajeó y pataleó gritando hurras. Edward sonrió y sintió pena, su sonrisa medio torcida hacia abajo parecía más bien una mueca de tristeza. En aquella memoria, Edward había guardado trescientos chalers.

El Hacker era una especie en extinción. El gobierno invirtió tanto en mejorar los sistemas de protección de datos e información que resultaba imposible acceder a algún dato extraoficial; mas, confiaba en él. De todos los hackers que ha visitado, él es el mejor.

—¿Qué quieres saber, amigo?, te lo contaré todo.

—Primero. Falsos endromelianos. Hay atilis haciéndose pasar por endromelianos humanos.

—Esos hijos de puta —El Chato sacó de un cajón del escritorio una botella de vidrio con un líquido medio celeste al cual le dio un largo bocado—. ¿Seguro no quieres?

—No, gracias.

El Chato volvió a beber. Se lamió los labios tras dejar la botella de lado.

—Antes, quiero advertirte que no eres el primero que viene buscando esa información.

—Ya me advirtieron que hay un justiciero desaparecido.

El Chato negó.

—Cuarenta y cinco.

Sus vellos se erizaron y miró absorto a los ojos de su amigo.

—Pero no se sabe nada de...

El Chato lanzó un —Ja—, sarcástico con la mirada hacia arriba.

—Vamos, amigo. Sabes bien que lo que no se publica en prensa no existe. Primero te publican, luego existes. Sin embargo, te lo advierto: ninguno de mis clientes a quienes he dado esta información han vuelto con vida. Bien. Tú hombre es Salomón Knocks —dijo El Chato—, ese es el tipo que contrata a los atili, también a mestizos de este y otros barrios y supongo que de varias partes del país para fungir como fundamentalistas. ¿Cómo te enteraste?

—Me asignaron el caso. Visité la casa de un tipo llamado Elenfar Mursif.

El Chato se puso un dedo en el mentón y luego asintió —Sí, sí, Elenfar mató a dos justicieros y a dos enfermeras. Él era uno hasta que... bueno. Dijo algo del gobierno que no debía.

—¿Y qué dijo del gobierno?

—Lo que tú y yo sabemos. Que contrata a atilis para hacerse pasar por fundamentalistas humanos.

—Volviendo al tema. ¿Seguro que es Salomón Knocks quien los contrata?, el tipo es rector de la Universidad de Xances.

—Y también ministro de cultura y tecnología. Muy seguro, amigo. No es que él pise estos lugares, pero, ya sabes, conozco gente que conoce a otra gente.

—Pero, ¿por qué?

—Los purgarán, amigo. Van a purgar a los humanos. Están montando un escenario.

—¿Qué más puedes decirme al respecto? ¿Sabes algo más de Salomón o los falsos endromelianos? —Preguntó tras esperar un momento. Estaba asimilando la información: su hipótesis era correcta.

—Nada más. Contratan, les pagan unos doscientos chalers por unirse a los falsos endromelianos. Oye, me gusta ese nombre, falsos endromelianos.

—Ya. ¿Tal vez conozcas a un genio que sepa descifrar códigos complejos?

—Si bien Mauricio le iba a ayudar con un contacto que le ayudará a descifrar los códigos de su padre, era preferible asegurarse de tener al adecuado.

—Te recomendaría al Sánchez, pero se unió a los falsos endromelianos y lo mataron. ¿Qué quieres saber amigo?

—Me dejaron un encargo y necesitaba la ayuda de alguien muy inteligente. A todo esto. ¿Qué sabes del Éther, en relación al gobierno?

—¿Éther?, ¿te refieres a la sangre de dios? —preguntó el Chato extrañado. Edward asintió.

—Lo mismo que tú debes saber. Tu padre, Tolk Salazar la estuvo investigando, no hay evidencias de que haya logrado tener éxito, el

gobierno sigue investigando ese mito.

—¿Y de los A.R.I.?, ¿autómatas de razonamiento independiente?

El Chato carcajeó. Bebió más Zizk, y soltó un fuerte silbido. Edward percibió el aroma a alcohol.

—¿Ese Zizk es importado?

—¿Quieres?

Edward tomó la botella y se la llevó a la boca.

—Si me decías que era posible pagarte en cosas importadas.

—Solo si tienes transportadores. Estoy que me voy de aquí la siguiente semana, no quiero estar presente cuando inicie la purga. Por cierto. Hay unos pocos documentos de unos pseudo analistas de Actertal que dicen que en realidad el gobierno planea construir los A.R.I. para invadir otros países. No creo que eso sea posible. Está bien, los autómatas de la Corporación Cromes son uff... Geniales, pero a que puedan tener vida independiente. ¿A qué vienen esas preguntas?

—Simple curiosidad, amigo. Salud —dijo y bebió zizk.

—¿Eso es todo?, mi diste mucho dinero.

—No. Tengo otra pregunta. ¿Dónde se refugia el fundamentalismo endromeliano más cercano al pueblo de Gonzo?

—Te lo busco en el acto —dijo el Chato. Se dio vuelta hacia su computadora, encendió los Reuters e investigó.

—En el Chivo —dijo el Chato al cabo de unos minutos—. Una tal Martha Quiroga es su líder. Captura a los atili, y extorsiona a familias por su liberación o atacan los pueblos circundantes donde hay atilis.

—¿El Chivo?, ¿dónde mierda queda eso?

—Te lo leo —dijo el Chato tecleando en su computadora—. El Chivo es un pueblo minero ubicado en las faldas de la cordillera Dorada, frontera del norte. Históricamente, este pueblo fue refugio sagrado de la religión endromeliana. Con el avance del poder atili sobre el gobierno de Xances, se convirtió en proveedor de materias primas como acero, litio, mercurio, cobre y otros minerales ricos en la zona; pese a esto, es un pueblo pobre y de suelo árido debido a la minería a gran escala. En la actualidad, en El Chivo habitan cerca de diez mil familias humanas, la mayor concentración de seres humanos de Xances, y donde se cree que se originó el

fundamentalismo endromeliano.

—¿Crees que mantengan vivos a los secuestrados?

—No lo sé. Es probable que no. Pero, aquí hay algo extraño —dijo el Chato—. Si los falsos endromelianos son atilis, ¿por qué llevarían a los secuestrados al Chivo, pueblo de humanos?

Edward se hizo la misma pregunta. Había dos posibilidades y las dos lo aterraban. Si era verdad, guardaba una pequeña esperanza de que Ricardo estuviera vivo, secuestrado, pero vivo, de ser así, no tardaría en llegarle alguna carta exigiendo dinero por su liberación. La segunda, si era mentira, Ricardo fue atrapado por los falsos endromelianos y en ese caso no podía hacer nada por él. Tomó la botella y bebió dos tragos. El licor le quemó la lengua y la garganta. Le devolvió la botella a su amigo y concluyó en algo certero.

Debía darse prisa buscando las investigaciones de su padre sobre el Éther y partir en busca de Ricardo. Su misión en los siguientes quince días, catorce, en realidad, era encontrar esas malditas investigaciones, disuadir a Mauricio de seguir investigando a los endromelianos: estaba claro de que el gobierno contrata a los falsos fundamentalistas; luego podría ir en busca de su hermano, a menos que Carla cambie de opinión y deban partir a Gonzo al siguiente día.

Capítulo 14

Capítulo 12: El cerdo y la negación

Diana se reclinó en el espaldar de su silla, intentó dormir unos minutos antes del amanecer; no obstante, la alarma de su celular la despertó. Era el resumen de los lugares que visitó el anterior día. Lo revisó, fastidiada. En el mapa se mostraban el banco, el edificio del abogado Moreno, la cafetería, la biblioteca, la estación Alameda y su casa.

Cuando la Corte de Gaia asumió el control del gobierno, implantó una serie de reformas de acceso a la información. Según el pensamiento de todos los ministros de cultura y educación que se han sentado en la silla del ministerio: la libre información en línea conducirá a la anarquía; puesto que, grupos desestabilizadores podrían maquillar, manipular, o tergiversar la verdad; por ello, y cita Diana, "Es menester que el Estado controle todos los canales de acceso a la educación y la información, con el objetivo de que la verdad, tal como es, apegada a los hechos, pueda llegar limpia e inmaculada al usuario. Quien gozará de libre albedrío es el Ser, pero no la información por no ser un ente vivo".

Diana aún tenía cierta noción sobre las Redes Sociales. Según la Corte de Gaia este tipo de sitios en Internet eran un atentado a la privacidad y buena honra de las personas, dado que, las grandes corporaciones humanas de antaño se beneficiaron de la vida de los usuarios. Solo el Estado tenía la prerrogativa de conocer la condición social y económica de cada ciudadano. Hoy, si alguien subía algo a la red, la información pasaba por una cantidad indefinida de filtros que la aceptaban o anulaba en cuestión de segundos, según le convenga al Estado.

Diana bostezó y escuchó a los ruiseñores trinando. Había terminado el trabajo del estudio jurídico del abogado Moreno. Su cuerpo tiritaba, tomó un pañuelo y se secó los mocos que le chorreaban medio líquidos de la nariz. Sentía sus fosas nasales tapadas. La habitación se iluminaba. Diana miró a la ventana: pequeños haces de luz escuálida se traslucían desde dos resquicios de la cortina.

Imprimió sus documentos y antes de cerrar la laptop, abrió los noticieros en línea, lo único que servía en el internet. Revisó las noticias relacionadas con Abigaíl Cromes, o su padre. Resultaba curioso que ningún medio diera parte de su desaparición. Diana sospechaba que el tío que mató al padre de Abigaíl daría el parte a la policía cuando Abigaíl estece en verdad desaparecida, es decir, desmembrada y muerta.

Tomó las hojas de la impresora, las ordenó y las guardó en una carpeta que dejó sobre el escritorio. Cerró la laptop, suspiró, y se fregó los ojos que le ardían. Luego sonrió contenta con el trabajo que hizo: esas hojas le

representaban 80 chalers.

Miró el calendario junto a su lámpara. Era el 14 de abril. La carta de aceptación al cuerpo de justicieros no debería pasar de aquella tarde. Bostezó y aspiró los mocos de su nariz. Se puso de pie, fue al armario, y rebuscó la ropa que usaría.

—¿Te puedo acompañar? —preguntó Abigaíl.

Diana tenía unas cuantas blusas en su mano, y pensaba cuál sería adecuada para ese día.

—¿Estás loca? —preguntó Diana. Alzó una blusa al aire. Asintió, y la arrojó a los pies de la cama sin ver a Abigaíl.

—¿Qué haré todo el día?

—Te quedarás en casa.

—No quiero estar sola.

—Ese es tu problema, niña —dijo Diana. Volteó a verla, al rato que tomaba las prendas que vestiría y las colgaba en su brazo izquierdo. Abigaíl se sentó en la cama con sus pies aún metidos bajo las cobijas.

—Mira —dijo Diana—, es muy peligroso que estés afuera. Darsy te hará compañía, hoy es jueves, tiene el día libre. Pídele que te ayude reparando ese transportador.

Diana salió de casa a las ocho de la mañana. Había neblina. Caminó siete cuadras al sur por las calles adoquinadas de su barrio hacia la estación del tranvía de El Recreo. La estación El Recreo era grande, un gran domo de vidrio y columnas de hierro que abarcaba dos manzanas y dónde debía esperar más de veinte minutos, solo en la fila.

Llegó al edificio Los Cardenales a las nueve y media. Subió al tercer piso, a la oficina 53. Diana se acercó a la recepción donde vio a la secretaria limándose las uñas.

—Buenos días, ¿El abogado Moreno?

—¿De parte?

—Diana Nicol Asterman. Usted me dio ayer unos papeles que el abogado Moreno necesitaba interpretar de urgencia. También necesitaba un

informe de ellos.

—No la recuerdo. Pero puede dejar su documento aquí. Yo lo entregaré.

—Señorita, —continuó Diana— no sé si me entiende. Necesito entregarle personalmente el informe y además tiene que pagarme por el servicio.

—El abogado se encuentra ocupado, yo le entregaré el documento y le llamaré a usted para que venga a retirar su dinero.

Antes de que Diana replicara, la puerta tras la recepción se abrió. Vio al abogado Moreno, un hombre calvo, alto y gordo que más o menos le recordó al señor Sati. Diana sonrió satisfecha ya que podría hablar con él.

—Eugenia, ¿encontraste mis cartas del póker? —preguntó el abogado.

—Abogado Moreno —se anticipó Diana— le traigo el informe que mandó a realizar ayer.

Diana sintió la mirada del abogado desnudándola, el gordo señor se quedó en silencio y con su boca abierta. Diana se sintió incómoda. Recordó que debía mejorar su paciencia con los estúpidos.

—¿Quién es la muchacha, Eugenia?

—Dice que tiene el informe que usted pedía de urgencia. El del anuncio publicitario —dijo la secretaria. Había vuelto a limarse las uñas.

A Diana le hubiera gustado escupirle en la cara.

—¡Ah!, el informe. Sí, sí. Pase señorita. ¿Me repite su nombre?

—Diana Asterman.

—Sígame, por favor.

Entró a la oficina del abogado. Por alguna razón Diana esperaba ver cuadros enormes y una alfombra persa que debía cubrir un suelo impecable; pero, ese más bien era un cuarto de escobas. Las maderas del piso rechinaban con cada paso. En las paredes colgaban recortes de periódicos enmarcados con fotos del abogado y otras personas. A unos siete metros de la puerta estaba el escritorio y tras el escritorio una pequeña ventana ojival.

—Siéntese, por favor.

Diana se sentó frente al escritorio y el abogado se sentó del otro lado. Diana puso la carpeta marrón en el escritorio. El abogado Moreno la tomó,

la abrió y la leyó, alzando de vez en cuando sus cejas y sonriendo, al parecer, con satisfacción.

—¿Lo hizo usted?

—Sí. ¿Qué le parece? —dijo Diana.

—Me parece que está bien, muy bien hecho —dijo. Dejó los papeles de lado y luego la miró fijo—. ¿Aceptaría salir a cenar conmigo esta noche? —preguntó sonriendo—, es por cuestiones de oficio, no se confunda. Si usted trabaja tan bien como me muestran estos documentos, quizá pueda presentarle a otros amigos que les gustará su servicio.

Diana estuvo por carcajearse. Cuántas veces escuchó ese: Es por cuestiones de trabajo, que ocultaban una cobarde y estúpida manera de seducir y que poco o nada tenían que ver con el "trabajo".

—No, gracias —dijo. Tomó un pañuelo de papel y se lo pasó someramente por la nariz.

Diana lo miró sonreír con ironía, levantarse, y acercarse a uno de los recortes de periódico enmarcados a su derecha. Bajo estos recortes de periódicos, había una mesa llana con algunos licores. El abogado se sirvió un trago de color ámbar.

—¿Gusta un poco de wiski?, le vendrá bien con ese resfriado.

—Me gustaría discutir con usted los honorarios del trabajo que hice.

—A eso mismo quería llegar. Mire, señorita... Asterman, una mujer como usted no merece estar haciendo este tipo de recados. Es muy hábil, lo reconozco; sin embargo, creo que sus manos serían más hábiles; no sé, trabajando en una oficina.

—No le aceptaré ese tipo de insinuaciones —dijo Diana con su vista fija en la ventana de frente. Una corriente de fuego le invadía las manos y la cabeza.

El abogado se sentó de nuevo a la mesa. Tomó el informe, hizo el que leyó.

—Como le dije, es hábil; pero, esto no me sirve. Si tal vez aceptara salir conmigo esta noche...

Las manos de Diana temblaron y se le anudó la garganta. Se levantó, se estiró sobre el escritorio y le arranchó el informe de las manos al abogado.

—¿Qué hace?

—Usted es un hijo de puta.

Diana dio media vuelta, y salió de la oficina cerrando de un golpe la puerta.

Cuando llegó a la biblioteca y bajó al subsuelo se sentó tras su escritorio de la recepción. Sus manos aún temblaban. Puso sus brazos en círculo sobre la mesa, y hundió su cabeza en ellos. Aspiró los mocos, y sobrecargó sus pulmones de aire por cinco veces.

Escuchó vibrar su celular. No deseaba abrirlo. Volvió a vibrar. Lo tomó, leyó un mensaje del sistema operativo de la biblioteca. —Tienes un paquete del cuerpo de justicieros de Xances—. Diana sonrió. Se arregló el cabello entusiasmada. Subió hacia la recepción de la planta baja.

En la puerta de la biblioteca miró al autómata que lo había llevado. Era puro fierro. Su rostro apenas se asemejaba a algo que fuera una persona. Le extendió un sobre manila. Diana puso su celular sobre el código de barras del sobre. Su pantalla se hizo verde y también se hicieron verdes los ojos del autómata. Diana tomó el sobre Manila y vio los fierros del autómata reuniéndose hasta formar un pequeño dron que tenía la forma de un avión de papel. Se elevó y salió de la biblioteca.

Diana bajó hacia su recepción emocionada, casi dando brincos. Sonrió y miró el sobre manila amarillo y sonrió más. Leyó al remitente: Cuerpo de justicieros civiles y policía de la Corte de Gaia.

Sus dedos se deslizaron torpemente al primer intento de abrir el sobre. Le temblaban las manos. —Esto lo cambiará todo—, pensó. Abrió esta vez el sobre con éxito y sacó el documento doblado en tres partes y con el sello de los justicieros. Pero no leyó todo el documento y las explicaciones del mismo, sino que miró las enormes letras en negrita de la mitad de la hoja.

RECHAZADO

Sus ojos se llenaron de lágrimas y el aire se negaba a entrar en sus pulmones produciendo un débil silbido intermitente. Luego, lágrimas comenzaron a llover sobre aquel papel. Diana apretó sus dedos con fuerza. La hoja, vencida por la presión, fue a su mano izquierda, y se convirtió en una bola al rato que Diana se reclinaba en su asiento, sin

soltar aquel documento, ni dejar de llorar.

—¿Por qué?

Capítulo 15

Capítulo 13: El viaje del maestro

Al siguiente día, Edward tocó la puerta de la oficina de Mauricio. Eran las seis cuarenta y cinco de la mañana y deseaba entregarle el informe en el que se confirmaba que el ministro de cultura, Salomón Knocks, y todo el gobierno estaban tras el fundamentalismo endromeliano, insistirle en que claudique de investigar esos asuntos: su vida está en riesgo y si deseaba desenmascarar al Estado, debería encontrar otra forma porque todos los medios de comunicación eran sumisos a la Corte de Gaia. No se le ocurría otra forma para derrocar al gobierno que confiando en su padre.

Miró impaciente su reloj. Mauricio no acostumbraba a llegar tarde.

Carla se asomó, caminaba altiva y elegante y sus ojos chorreaban destellos de ira. Quizá Edward debió consolarla o decirle otras palabras la noche anterior. Siempre fue bueno interpretando lo que las personas necesitaban en momentos críticos, pero no con Carla. En su presencia, le era imposible controlar sus emociones.

Al menos sabía dónde podría estar Ricardo.

—Buenos días, capitán —dijo Carla. Se sentó tras el escritorio de la oficina. Abrió un cajón y eligió algunas carpetas.

—¿Sabes a qué hora vendrá el jefe?

—No vendrá hoy. Tiene planes, vacaciones —dijo Carla. No lo regresó a ver, abrió una carpeta roja, leyó un documento y encendió su portátil. Edward se tambaleó, extrañado. Mauricio tomaría sus vacaciones, sí, pero no se hubiera ido sin despedirse, ni sin una borrachera de resacas inaguantables.

Edward puso su mano en el escritorio.

—Escúchame, Carla.

—No, tú escúchame. Yo misma veré como salvar a mi marido, Edward. Tú encárgate de lo que te encomendaron hacer —dijo Carla con sus mandíbulas apretadas y su rostro fruncido.

—Ricardo puede estar secuestrado en el Chivo, no es momento de ser orgullosos.

—Lo tendré en cuenta —dijo Carla.

Más tarde, en su oficina, Edward encendió su décimo cigarro, y le daba vueltas a su distorsionador de señales. Su amigo El Chato le había amplificado el poder al aparato. Ahora no solo que las cámaras de vigilancia no podrían verlo, sino que podía bloquear su posición GPS, aun cuando estece con el celular.

Soltó el humo. Quería contarle a Mauricio lo que descubrió y también conocer el nombre de aquella persona que podría descifrar los códigos de su padre. Edward lanzó el humo del cigarro. Miró a través de la ventana. Había buen clima. Luego, su secretaria abrió la puerta.

—Capitán. Reunión en el cuórum.

El cuórum era un auditorio cuadrangular dentro del cuartel al que asistían los justicieros por dos motivos: El uno, por celebraciones, cumpleaños de los directivos o días festivos; y el otro, por información sustancial y sensible.

Edward, ya en un asiento del cuórum esperaba ver a Mauricio en la mesa del escenario. No obstante, entraron personas diferentes a presidir la mesa de directivos. Uno de ellos, el coronel Urrutia de los Justicieros de Xances; así como el ministro de defensa Thomas Rizk.

—De pie —dijo el presentador, tras un atril junto a la mesa —entonaremos el glorioso himno del Imperio de los hijos de Xances.

Edward y los demás justicieros cantaron el fervoroso himno, soltando todo el pulmón, llenando las cuatro paredes del auditorio con las notas y letra del himno.

Carla se sentó junto a Edward. Ella lo miró con el rostro compungido y los ojos vidriosos. Se acercó a ella y le dijo en un susurro.

—Buscaremos a Ricardo, no te preocupes.

Los ojos de Carla brillaron y sonrió. Suspiró con una especie de alivio, no obstante, el gesto duró un segundo y su rostro volvió a ensombrecerse.

El sonido del micrófono llamó su atención.

—Señores justicieros civiles de la Corte de Gaia, gobierno del Imperio de los hijos de Xances, tenemos dos noticias penosas que ofrecerles —dijo el

coronel. Un hombre gordo y de bigote que se puso de pie— Primero, quiero poner en contexto esta situación que tiene al gobierno de cabeza. Los malditos humanos endromelianos vienen atentando la vida de nuestros ciudadanos; por ello, la credibilidad del cuerpo de justicieros ha disminuido. Por ese motivo, el gobierno levantó la restricción contra las armas del genocidio y se nos autorizó a usar fuerza letal contra cualquier humano que parezca, o se muestre fiel a su dios Éndromel; es decir, se les ha prohibido a los humanos adorar a Éndromel, y si ustedes los ven realizando este culto, tienen la libertad de poner una bala de aura en sus cabezas. En la tarde, la Corte de Gaia dará una rueda de prensa informando la prohibición al culto de Éndromel. En tanto nuestro trabajo es capturarlos a todos y matarlos. Segundo, y por esta razón estoy de acuerdo con la nueva ley: Nuestro querido amigo, el general Juan Mauricio Vizcaíno Segarra, fue asesinado por estos fundamentalistas en la puerta de su casa con más de veinte disparos cuando salió a trotar a las cuatro de la madrugada.

Los músculos de Edward se entumieron, y una gélida corriente le invadió todas las articulaciones. Su cuerpo se invalidó, se le anudó la garganta y apenas lograba escuchar lo que el coronel decía. Entre ecos, oyó al nuevo jefe. Un tal Juan Russo que ya estaba en el estrado. Era alto y su uniforme negro le apretaba en el torso.

El coronel le dio el micrófono al nuevo jefe. Edward no pudo escuchar nada. Aún esperaba a que su amigo llegase.

Edward fumaba su sexto cigarrillo en la acera de una calle, arrimado al tronco de un árbol, miraba pasar los autos. Era su hora de almuerzo. Sopesaba lo rápido que todo acaeció sobre sí desde que volvió de Actertal: Paragar, Tazner, Ricardo y ahora su jefe.

Carla se paró junto a él. Edward estuvo a punto de levantarse e irse; sin embargo, ella le puso su mano en el hombro y se sentó.

—¿Trajiste tu celular? —preguntó Edward.

—Sí —dijo Carla. Lo mostró. Edward lo tomó y lo apagó.

—¿Qué haces?

—Sentirme seguro.

—Son tiempos terribles los que estamos viviendo. Debemos ser fuertes, rezar a los protectores—dijo Carla. Suspiró, y al finalizar su frase la voz se le quebró—. ¿Puedes repetirme lo que me dijiste en la mañana sobre

Ricardo?

—Está en el pueblo el Chivo. A dos horas de Gonzo en automóvil. — dijo Edward, serio. Apenas volteó a verla.

—Entonces iré a verlo.

—No —dijo Edward—, nuestros superiores sospecharían.

—¿Y qué hago?, no puedo denunciar su desaparición porque también sospecharían. Estoy harta.

—Si al jefe lo mataron por andar metiendo sus narices en lo que no le competía. ¿Cómo crees que te irá a ti? ¿A tus padres, a tus hermanos?
—Edward arrojó la colilla del tabaco hacia la carretera. Una motocicleta negra pasó cerca haciéndola brincar un par de metros.

—¿Sabes cuál fue la verdadera razón de la muerte del jefe? —preguntó Carla.

—Los endromelianos. No son humanos, son atili. Mercenarios baratos. Y es probable que Ricardo haya sido secuestrado por ellos.

Edward miró a los ojos a Carla. Las pupilas de ella bailaban, sus manos parecían no temblar, pero Edward sabía que temblaba.

—¿Quién contrata a los mercenarios?, El jefe lo...

—El jefe lo descubrió y por eso lo mataron. Tengo un nombre, es muy poco probable. Me lo dio un informante anónimo... —Edward sacó su tabaquera y encendió un cigarro—. Es Salomón Knocks.

Carla puso su vista en la carretera. Un semáforo en rojo detuvo a siete automóviles.

—¿Quién es Salomón Knocks?

—Rector de la Universidad de Xances. Oye, a todo esto. ¿El jefe no te dejó ninguna información? ¿Nada?, dijo que me ayudaría a contactar con alguien para descifrar los códigos de mi padre. Los necesito. Si es la única forma de detener a este gobierno asesino...

—Ninguna. Hay algo que no entiendo, ¿con qué finalidad este tal Salomón Knocks estaría contratando a estos supuestos mercenarios?

—¿No está claro? —Edward pensó decirle las dos causas sustanciales. La primera, justificar la purga, y la segunda, silenciar posibles denunciantes u

opositores, sin embargo, aspiró el humo de su cigarro y se puso en pie.

—Olvídalo.

—No te vayas, Ed.

Edward la miró sobre el hombro. No se veía tan hermosa, y su mirada llena de lágrimas ya no le remordía, o al menos, no en ese momento.

—¿Estará perdiendo su encanto? —se preguntó.

Aspiró su cigarrillo. Sonrió. Ya no había esa culpa que le hervía el corazón por sentirse mínimamente alegre de que Ricardo y ella ya no pudieran estar juntos. Deseaba encontrar a su hermano por amor a su hermano, de la misma manera que desearía vengar a su mentor, por el amor que le tuvo.

—Hablaemos luego —dijo Edward, y caminó hacia el cuartel de policía.

Prefirió no asistir al funeral de Mauricio. Prefirió quedarse en su escritorio, revisar informes, realizar partes policiales, esperar alguna misión de campo.

Al terminar la tarde, fue a una imprenta de fotos en el centro de la ciudad. Compró un marco de collage donde colocó fotografías inéditas de Mauricio. Al salir, percibió que alguien lo seguía.

Dejó su automóvil en un garaje público del centro de Jamur y tomó un taxi a la casa de Mauricio, a dónde de seguro la señora Vizcaíno, ahora viuda, debería estar. La ceremonia de cremación sería mañana y pasado mañana esparcirían las cenizas de Mauricio a los cuatro vientos.

Era de noche, bajó del taxi y caminó largo rato sobre la vereda de adoquines abigarrados de un barrio de clase alta. Tenía el collage de fotos guardado en una funda de papel. Bufó al mirar una cámara de seguridad sobre un poste: era tan poco probable que un grupo de fundamentalistas se haya colado en aquel barrio residencial, hayan pasado desapercibidos de las cámaras, hayan asesinado al jefe de policía y hayan huido sin dejar rastro.

Llegó a la casa construida en ladrillo rojo con madera y techo de tejas de color verde. Ninguna casa en aquel barrio tenía tapial. Cruzó el patio frontal de la casa por un sendero adornado con pequeñas flores rojas y amarillas. Timbró. Escuchó varias voces en el interior hasta que se abrió la puerta. Era Mónica Vizcaíno, mujer tan alta como el mismo jefe y quizá un poco más; y que aún guardaba su belleza en el perfil de sus pómulos y

sus labios gruesos; así como su altivez.

—Hola, Edward —dijo Mónica. Lo abrazó breves segundos—. ¿Pasas?

—No me quedaré mucho —dijo Edward. Le extendió el collage.

—¿Qué es?

—No asistí hoy al funeral de Mauricio. Quiero disculparme.

Mónica apoyó el regalo junto a la jamba de la puerta, con mucho cuidado. Miró en la distancia y luego a Edward. Quiso soltar una sonrisa que más bien se hizo puchero. Sus cejas se doblaron y se formaron arrugas en la frente. Se llevó una mano a la boca, tragó saliva y luego respiró profundo.

—Sé que tuviste otro velorio esta semana. No te preocupes. Él era bueno, Edward, él era bueno... no se merecía esto. Malditos endromelianos, el gobierno hace bien en censurarlos —dijo. Su tono cambió del lamento a rencor.

—Mauricio fue el padre que nunca tuve, Mónica —Edward respiró hondo, se le hizo un nudo en la garganta—. Su alma ahora descansa en la morada de los protectores.

—Gracias por el regalo. ¿Si hay algo en que pueda ayudarte, dímelo?, disculpa si soy descortés, tengo a mi familia adentro.

—Quiero saber si Mauricio dejó algún recado, o paquete.

Mónica respiró entrecortadamente. Después se le iluminó el rostro.

—Sí, espérame. —Tomó el collage y se metió a la casa.

Edward tomó un cigarrillo de su cajetilla. Lo encendió; su garganta parecía un incendio y los pulmones se negaban a más humo. No le dio importancia. Al rato escuchó los tacones de Mónica.

—Te dejó esto —dijo Mónica asomándose de nuevo al umbral. Traía una caja de madera grande. Edward la tomó y luego la puso en el suelo.

—También me dijo que vendrías y que te diga que ya no te expongas, y que si lo quieres hacer porque ese es tu deber como justiciero, que abras esta caja. Yo no la he abierto. Vinieron los justicieros a llevarse pruebas de la muerte de mi esposo. Quisieron entrar a mi casa. Lo asesinaron ahí afuera. ¿Por qué deberían tomar pistas en mi casa?

—Conocer algún enemigo...

—Era el jefe de la policía, era enemigo de todos los carteles de Jamur. No jodan. Hay algo que no me han dicho. Amaba tanto a Mauricio que sé que él confió en ti, y por tanto también te voy a dar mi ciega confianza. Es solo que, si descubres algo, no me lo ocultes, por favor.

—Lo prometo —dijo Edward. Se acercó a Mónica y la estrechó en sus brazos y ella se apretó a él. En ese abrazo pretendían abrazar por última vez a Mauricio.

Tomó un taxi que dirigió a una licorería que exhibía los licores en escaparates con espejos y luces de neón rojo y violeta. Edward estaba ansioso por llegar a su departamento y revisar lo que Mauricio le dejó. Se acercó a la caja registradora que atendía un joven de cabello corto y negro con el rostro marcado por cráteres. Dejó la caja de madera sobre la mesa, junto a la caja registradora.

—Son cinco chalers —dijo el joven—. Ah, y dígales a sus amigos que entren, que me van a espantar a la clientela.

Una corriente cruzó su cuerpo. Recordó a las tres personas que murieron aquella semana, que Mauricio investigaba lo mismo que él. Tomó el billete de más alta denominación y miró, en un espejo del escaparate tras la caja registradora, a dos personas con largos abrigos de cuero fumando cigarros, junto a un poste, al lado del taxi que tomó.

—¿No tiene otro billete?

—No —dijo Edward. Se estiró sobre la mesa y se acercó al chico—. Soy justiciero. Esos dos tipos de afuera, no son mis amigos, son asaltantes. Yo lo ayudaré, no haga nada estúpido, y siga contando el vuelto.

Edward se llevó su mano al cinto, tomó su saeta.

—¿No, no necesitará un anillo? Tengo uno si quiere —preguntó el joven con la voz alta y trémula. Su aspecto o su voz pusieron en alerta a los dos hombres de la calle.

Edward dio media vuelta. Tomó su escudo etéreo. Lo encendió y se cubrió tras la esfera, a tiempo. Escuchó los disparos. El primer asesino usaba una saeta y anillo; y el otro una escopeta.

—En el nombre de Éndromel —gritó uno de ellos. Disparó sobre la burbuja etérea de Edward; pero, las balas rebotaron. Tras ver frustrado su ataque,

salieron de la licorería y huyeron.

Edward corrió tras ellos. Los apuntó y estuvo por asesinar, más que sea a uno, pero fueron absorbidos por un agujero negro. El taxi en el que había llegado se marchó a toda velocidad. Edward jadeaba, bajó su arma, miró la calle y los contenedores repletos de basura que se regaba en las veredas. Se maldijo: les permitió escapar. Guardó su arma en el cinto y volvió a la licorería.

El tendero estaba agachado tras la mesa de la caja registradora, temblando, llorando a moco y baba.

—Quédate con el cambio —dijo Edward. Tomó la caja de madera, la funda con los cigarros, la botella de vino y salió.

En la vereda tuvo la sensación de que podía andarse tranquilo. Un taxi se asomaba doblando la esquina.

Capítulo 16

Capítulo 14: No confíes en nadie

Edward encendió la luz de su escritorio. Sobre la mesa puso la caja de madera y un vaso de cristal con el vino que descorchó. Descargó varias carpetas y un transportador, incluido su GPS. Entre las carpetas encontró una nota: No confíes en nadie.

Se sentó. Bajó la caja de madera vacía y la puso junto a la pata del escritorio. Se llenó la boca de vino y revisó los documentos, uno a uno.

La primera carpeta, una carpeta celeste, contenía el currículum vitae de una mujer llamada Diana Nicol Asterman Salinger. En la contraparte de la carpeta, unas palabras escritas—Me pediste una persona de confianza y hábil con el cerebro. Tenía todos los deseos de aceptar a esta niña en el cuerpo de justicieros como mi asistente en lugar de Carla Suarez. Sé que no te llevas bien con tu cuñada, y yo tampoco confío mucho en ella. Ya buscaré otra persona, o yo mismo veré como contratar a esta niña porque aplicó a criminalística.

Edward entendía por qué Carla no le agradaba a Mauricio. Le fue impuesta hace ocho meses en remplazo de su antigua secretaria cuando se jubiló; además, Mauricio demoraba años en confiar en alguien; también, estaba enterado del triángulo amoroso entre ella, él y su hermano; por último, Carla, en verdad, podía ser odiosa cuando se lo proponía.

Leyó en voz baja el currículum de Diana Asterman: —Mujer de veintisiete años. Cursó con éxito la escuela preparatoria de justicieros durante los últimos veinticuatro meses con un promedio sobresaliente de 983/100. Su fuerza elemental pertenece a la señora del fuego, Ibi-Ninai. Memoria fotográfica. Escasa habilidad social en contraste con su habilidad analítica y de discernimiento elevado. Uso sistemático de análisis de raciocinio y objetividad elevada en situaciones de peligro —Edward arqueó sus cejas. Bebió otro bocado de vino. Luego tomó un cigarrillo y lo encendió. Adelantó las hojas soslayando detalles de lugares de laburo y cursos recibidos.

Leyó el informe final: — No se recomienda que forme parte de tropa. Se recomienda en análisis investigativo de la unidad de crímenes especiales. Rechazado. No existen cupos disponibles en la unidad de crímenes especiales.

Edward carcajeó. Sintió las mejillas acaloradas por el vino. Fumó su cigarro. Tomó otra carpeta aún riendo, Diana Asterman no fue aceptada por incompetente sino porque sus habilidades son superiores a la media.

Qué país de mierda.

Abrió una carpeta marrón donde encontró algunas observaciones de Mauricio: —Lo adivinaste, Salazar, los fundamentalistas endromelianos son atili. Quieren justificar el genocidio y la esclavitud. No matarán a todos los humanos. A otros se les hará sujeto de experimentos. Quieren crear el Éther, han estado experimentando hace muchos años con él. No sé cómo lo tomes. Tu padre, Tolk Salam Salazar, fue el pionero y más grande responsable de estas investigaciones. Qué bueno que los abandonó. Era un mal nacido, con todo tu permiso y perdón. Asesinó a trescientas setenta y siete mil personas, la gran mayoría niños con quienes probó la efectividad del supuesto Éther.

Edward apartó su mirada de las hojas al rato que se levantaba violentamente. Encendió otro cigarro, bebió todo el vino del vaso y lo rellenó. Se pasó una mano a la cabeza, y tomó de nuevo el informe del jefe: —Dicen que creó el Éther y que tu padre huyó con esa información. Yo no creo que exista tal Éther, pero la próxima purga, será usada para desarrollar ese compuesto fantasioso. Claro, a otros los usarán como mano de obra. Atento con Salomón Knocks. No es lo que parece. Allané su domicilio. Pude entrar. Ya me conoces. Perro viejo. Conozco escondites secretos. El hijo de perra. Todo esto que te lo escribo es un resumen de lo que encontrarás en los siguientes documentos. Espero no meternos en problemas. Salomón Knocks es el contratista de los falsos endromelianos. Un cordero disfrazado de oveja. Ten cuidado. No confíes en nadie.

Edward se sentó y dejó la carpeta de lado. Aspiró su cigarrillo y se quedó mirando la pared blanca tras el escritorio, pensando en que su padre era un hijo de puta. Un tremendo hijo de puta. Se sintió tonto: creyó que su padre derrocaría al Supremo Atili. ¿En verdad puede confiar en él?, ¿sirve de algo todo lo que hará por él?; todas esas preguntas fueron inútiles porque Ricardo fue secuestrado y debía buscarlo. Se tragó todo el vino del vaso. Miró la carpeta celeste que contenía el currículum de Diana. Lo tomó, y dijo titubeando: —Solo me queda continuar hasta donde me lleve el barco—.

Con sus codos sobre el vidrio de la mesa, haló su cabello con ambas manos y sonrió frustrado. El ataque de hace unas horas, era el primero de muchos. Quizá, con el Éther en sus manos, haría frente a todo lo que ha descubierto. Y más aún, teniendo en cuenta que la relación entre los falsos fundamentalistas, Salomón Knocks y el supuesto A.R.I era directa. No solo que tenía sobre sí a los endromelianos, sino a todo el Estado mismo y lo que es peor: No había ningún medio alternativo por el que pudiera alertar a la población. No había redes sociales, imprenta pública, ni medios de comunicación independientes.

Estaba solo.

Ahora debía usar el dinero que le dio su padre. Pero, al hacerlo, se condenaba a huir rápido de ese país. Ese dinero electrónico se registraría de inmediato en las bases de datos del gobierno; según Karisha Rem, desde que gastase el primer centavo (durin), su vida dependería de qué tan pronto encontrara las investigaciones de su padre y se marchara.

Abrió una caja fuerte en su dormitorio y tomó una mini USB verde que guardaba el dinero electrónico con el que pagaría a Diana Asterman, si es que podía solucionar esos códigos. Luego buscaría las investigaciones sobre el Éther e iría por Ricardo.

Capítulo 17

Capítulo 15: Esto era lo correcto

Diana llegó a casa a las siete de la noche. Vio a Darsy y Abigaíl con un juego de mesa en el comedor, un par de tazas de leche y platos vacíos con migajas. Olía a pastel de alguna fruta que no sabía reconocer. Darsy cocinó algún postre, era mejor cocinera que Diana, aunque odiaba la cocina.

Diana cerró la puerta con un ligero azotón. Las venas de la cabeza se le encendían de coraje. El asunto era simple: No podían recibir dinero ni favores de Abigaíl, ya que no deseaba ser implicada en su desaparición. Y tenía la certeza de que Darsy convenció a la niña de ir de compras con el dinero de Abigaíl para cocinar aquel pastel. Hoy, al volver a casa, también la siguieron los brutos de la seguridad de la corporación Cromes.

Diana miró a Abigaíl, bufó y se sintió tonta: el solo hecho de tenerla en esa mesa, jugando Monopolio, ya era implicación de crimen.

Abigaíl y Diana se vieron, y al unísono bajaron la mirada. Diana se negó a aceptar el dinero de la rubia y se preguntó cuánto tiempo tardaría en reparar el transportador con el que se supone que debía irse; es más, debió haberse largado aquel día; aunque, en ese momento le importó un bledo. No le incomodó tenerla allí.

—Buenas noches —dijo Diana. Dejó su bolso sobre un sillón.

—¿Deseas pastel? —preguntó Darsy. Se puso de pie y recogió los platos sucios de la mesa.

Diana la regresó a ver con una mirada que gritaba insultos. Darsy quedó paralizada y Diana fue a su cuarto. No deseaba pelear, no deseaba escuchar a nadie. Cerró la puerta de su habitación. Puso el seguro en la chapa. Esta noche Abigaíl dormiría en cama de Darsy. Se acercó a la cama distendida. Se dejó caer como un bulto y cerró sus ojos, pero estranguló con sus manos las sábanas pensando en el tiempo y el dinero que desperdició siguiendo el curso para ingresar al cuerpo de justicieros, preguntándose si en verdad era tan lista y hábil como pensaba.

Al amanecer del siguiente día, escuchó golpes en la puerta de su cuarto. Se fregó los ojos, las lagañas secas le rasparon los lagrimales. Volvió a escuchar un par de golpes. Se levantó y abrió la puerta.

—Debo irme. La niña queda dormida en mi cuarto —dijo Darsy. Se hacía una cola de caballo con una liga negra.

Diana percibió el aroma a huevo y algún embutido frito. Miró a su hermana salir apurada del departamento. Estuvo por reclamarle.

Salió de su cuarto y caminó hacia la cocina. Había una sartén tapada sobre los fogones apagados. La destapó. Vio huevos revueltos con chorizo, cebolla y pimentón verde y rojo. Tapó bruscamente la sartén. Abrió la nevera y vio frutas, verduras, lácteos y cárnicos.

Diana se pasó la mano por la cabeza desde la frente hasta la nuca y se haló los pelos. Cerró la nevera. No podía negarlo, la nevera repleta se veía bien. Le gruñó el estómago solo ver el jamón serrano, el queso y el pan juntos.

Se pasó el dedo índice sobre la punta de la nariz y se limpió un poco los mocos que le produjeron el frío de la nevera. Se acercó al grifo del lavaplatos, bebió tres vasos de agua y apoyó sus manos en la baldosa. —Maldita sea, Darsy —dijo.

Regresó a ver la nevera. Se imaginó metiendo todos los alimentos en una bolsa de basura, yendo a la calle y arrojándola al contenedor, o yendo a los barrios marginales y regalando la comida a esos humanos que eran más miserable de lo que ella era; pero, no tenía sentido. El daño fue hecho, o quizá, incluso, haya sido peor. ¿Y si Darsy fue con Abigaíl al mercado?, no, su hermana no era tan tonta.

Fue apresurada hacia la habitación de Darsy. Su hermana dormía con la puerta abierta y le daba igual si la luz estaba encendida o apagada. La habitación de Darsy era del mismo tamaño que el de Diana, aunque se veía más grande, pues sus paredes tenían adornos en lugar de libros, salvo el pequeño escritorio donde había algunos volúmenes que Darsy tomó prestados de Diana. La cama de una plaza ocupaba el centro y sobre su cabecera; la ventana cubierta con una cortina rosa.

Encontró a Abigaíl despierta, con sus ojos inundados en lágrimas. Diana frenó sus impulsos al verla con el rostro desfigurado por el llanto. Al ver a Diana, la rubia dejó de llorar; pero continuó lanzando hipidos y sollozos descontrolados.

—Hola —dijo Diana. Se acercó a la cama y se sentó al filo.

—Hola.

—Sé que estás sufriendo mucho por la muerte de tu padre. Yo también pasé por eso hace dos años. Solo quiero que me respondas algo: ¿Tú

compraste la comida que está en la nevera?

Abigaíl respiraba entrecortadamente. Sus ojos se volvieron a llenar de lágrimas y trató de contener la mueca en su rostro antes de volver a llorar. Negó con la cabeza.

—Le transferiste el dinero a Darsy.

Abigaíl asintió.

—¿Ella te lo pidió?

Abigaíl negó. Diana cerró sus ojos conteniendo un poco su ira, su frustración.

—El dinero no se registró en el sistema bancario, usamos un usuario externo—dijo Abigaíl, apresurada—, no puedo recibir su ayuda si no les doy algo a cambio. Pensé que era lo correcto.

—Lo correcto era no involucrarnos en tus asuntos —dijo Diana. Salió de la habitación y cerró la puerta.

Diana viajaba en el tranvía con su cabeza apoyada al cristal. A penas miraba el paisaje urbano y daba cabeceadas. Imaginaba alguna solución a su problema, no quería ir a la cárcel por impago de deuda. Mientras pensaba eso, alguien se sentó a su lado. Volteó a ver. Era uno de los guardias de seguridad de la empresa Cromes. Diana hizo un mohín. Miró al techo metálico del tranvía, a unos pernos oxidados y sopló el aire como si estuviera agotada o tratara de fundir con su aliento aquellos fierros.

—Le agradecería mucho que nos dijera, si de verdad no ha visto a la hija del difunto dueño de la fábrica de autómatas. Marcel Cromes.

Diana metió su mano al bolso, tomó su anillo de poder y se lo ajustó con descaro y frente al hombre.

—Y yo le agradecería que deje de seguirme.

Las cejas del hombre eran espesas y su barba aparentaba no haber sido rasurada en días. El hombre miró el anillo de Diana, y sonrió con sarcasmo.

Diana lo reconoció, era el primero que entró en el baño del café, el otro día. Metió de nuevo su mano al bolso, tomó su saeta de vieja fabricación. Deseaba saber si el zoquete volvería a reírse con una bala en su cabeza

de pelota.

—No tiene que ponerse a la defensiva, ni tampoco amenazarme con esa arma, señorita. No podría ganarme en un duelo.

—Haga sus apuestas. No me vendría mal algo de dinero justo ahora.

—Quiero advertirle esto: Usted está a tiempo de retractarse de lo que sea que pretenda hacer con Abigaíl Cromes y entregarla. Ayer, su hermana estuvo en el supermercado, compró muchas cosas, cosas costosas. Usted y su hermana tienen una mora de más de setecientos chalers con el banco. ¿Cómo es que teniendo esa deuda su hermana compra tanto y tan caro?

—Y a usted, ¿qué carajo le importa el qué hacemos con nuestra plata?, ¿acaso tengo algún vínculo con la familia Cromes?, ¿me ve andar en autómata a mi trabajo?, ¿me ve con cara de engranaje? No me joda. No tengo humor para soportarlo. Váyase a la mierda. Y con permiso.

Diana se levantó. El hombre hizo lo mismo para darle salida. Diana se sentó junto a una señora cuyas arrugas y manchas de sol le daban la apariencia de septuagenaria. Quiso llorar. Apretó tan fuerte las mandíbulas que las muelas le dolieron, pero no lloró. Ahora, no solo que podía irse a la cárcel por la deuda con el banco, sino por ayudar a Abigaíl. La niña debía irse de su casa pronto.

Capítulo 18

Capítulo 16: El justiciero y la secretaria

A las diez de la mañana, en la biblioteca, Diana ordenaba los libros en los estantes y les limpiaba el polvo. Luego escuchó el timbre del ascensor y las puertas del mismo abriéndose. Resopló, recorrió el callejón de libros hasta ver al cliente, que justo, justo había llegado a su piso.

Se detuvo antes de virar en uno de los estantes hacia la sala de lectura. Asomó su cabeza y reconoció a un justiciero por el uniforme negro y las botas de cuero enlucidas; lo acompañaba una mujer de cabello castaño largo, vestida con uniforme de oficina de negro y tacón alto. Ambos se acercaron a la recepción. Para su mala suerte, el justiciero alcanzó a verla. Lo primero que se le cruzó por la mente fue Abigaíl. Los policías no leían sobre nada, o casi ninguno de ellos leía y es por ello que la presencia de aquel justiciero en la biblioteca la asustó. Su corazón se agitó y al mirar sus manos, se dio cuenta de que apretaba muy fuerte el trapo con el que estuvo limpiando los estantes.

—Buenas días, señorita —dijo el justiciero.

—Buenos días —dijo Diana. Tragó saliva. Cruzó la sala de lectura, y con pasos firmes se acercó a la mesa de la recepción.

—Busco a la señorita Diana Nicol Asterman.

Diana tragó saliva y un cosquilleo le retorció la boca del estómago. Imaginó de nuevo a Abigaíl en su casa, reparando un transportador. La niña debió irse ayer. Respiró profundo y plantó la mirada, tanto al hombre como a la mujer.

—¿Para qué la busca? —preguntó.

—Mi nombre es Edward Salazar y esta señorita es Carla Suárez. Necesitamos encargarle un trabajo, señorita Asterman, uno muy importante. Me han dicho que usted tiene habilidades cognitivas que nos podrían ser particularmente útiles en este momento.

Diana levantó las cejas, relajó sus hombros, sonrió, y su rostro adquirió un haz de felicidad como si a un perro hambriento se le diera un gran bife de chorizo.

El justiciero puso una caja de cartón sobre la mesa. La secretaria la abrió.

—Necesito que me ayude a decodificar estos documentos. Mi ingenio no es tan grande como al parecer sí es el suyo. Me enteré que realizó unas

pruebas en el cuerpo de justicieros y que fue rechazada. Nuestro jefe estaba interesado en usted, lamentablemente murió.

—Como lo siento —dijo Diana, aunque en realidad no escuchaba las palabras que el justiciero decía. Apenas creía que después de estar arrinconada, le viniera este trabajo. —¿Puedo ver los documentos?

—Solo si acepta.

Diana se alzó de hombros. Realizaría el trabajo, sea cuanto fuere que le iban a pagar, con tal de reunir a tiempo los setecientos chalers de la deuda.

Tomó la primera carpeta de la caja de cartón. Encontró documentos con números, signos y letras repartidas al azar sin orden aparente, incluso sin ninguna lógica.

—¿Puedo?

—Espera... —dijo la secretaria. Levantó su mano con la palma frente a Diana. Pero, el justiciero puso la suya sobre la de ella y negó.

—Adelante —dijo el justiciero.

Diana tomó una libreta y un bolígrafo, además de la carpeta. Salió de la recepción y caminó a una de las mesas marrones de estudio de la sala de lectura donde colocó el primer papel de la carpeta. Lo examinó con seriedad durante algunos segundos con su dedo índice en la boca emulando el gesto de silencio. Había números y letras dispersos, pero tenían un patrón oculto. Solo debía encontrarlo.

Diana sonrió. Luego tomó el siguiente documento de la carpeta y luego el siguiente. Los puso, uno junto a otro, sobre la mesa.

—¿Pueden traer la otra mesa?

El justiciero y la oficinista trajeron varias mesas, conforme Diana las pedía.

Diana, aún sin haber hecho ninguna anotación observaba los documentos repartidos en ya seis mesas, una junto a la otra en forma de una L. —Aquí estás—. Murmuró. Se detuvo en un documento en mitad de las mesas, lo cambió de orden con otro de su derecha. Ambas hojas tenían dos ecuaciones que al resolverlas arrojaban un mismo número. Observó los papeles y luego los movió en otro orden. Dio una vuelta completa a las mesas, como un guepardo sobre su objetivo. De vez en cuando reordenaba las hojas. Finalmente, suspiró. Sonriendo, tomó su libreta e

hizo apuntes.

—Quien hizo esto es muy listo. ¡Por los protectores! —dijo, hizo unas cuantas anotaciones.

Fue hacia la recepción, tomó una lupa y volvió con ella hacia las mesas. Miró los números y letras de las líneas del medio de cada documento, al rato que anotaba en su libreta. Parecía que aquellos acertijos le hicieron olvidar por un momento de la avalancha de problemas que se le vinieron hace no más de dos días; pero los revivió y dejó de hacer apuntes.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el justiciero.

—Esto es un gran reto. Estos códigos son extremadamente complicados. Lo que estoy anotando en mi libreta son unos logaritmos que plantean estos códigos, luego, una vez los haya resuelto, podré ordenar los documentos y estoy segura de que deberé pasar por otros filtros, cada uno más difícil que el otro hasta lograr obtener el mensaje oculto.

—Es genial. Yo no lo hubiera hecho nunca.

—Escuche, no pienso trabajar hasta recibir algo del dinero —dijo, recordando la mala experiencia que tuvo con el abogado Moreno.

El justiciero rio. Miró a la secretaria y le asintió.

La secretaria fue hacia la recepción donde dejó un bolso; lo trajo y se lo dio al justiciero. El justiciero tomó un celular rústico, cuadrado como un bloque y con una pantalla verde.

—Le entregaré cinco mil chalers ahora, y otros seis mil cuando termine el trabajo —dijo. Miró el rústico celular— ¿Su dispositivo es K.N.A.1967?

—Sí —musitó Diana, casi sin aliento.

—Listo. Le he transferido el dinero.

Diana corrió hacia la recepción. Tomó el celular, revisó su cuenta de banco; y, con sus ojos abiertos como grandes discos, vio los cinco mil chalers en la cuenta. Su boca daba la apariencia de que la mandíbula inferior se le había desprendido.

El justiciero y la secretaria regresaron a la recepción.

—Pero... todo este dinero.

—¿Cree que pueda ayudarme a resolver esos códigos en tres días?

—preguntó el justiciero.

Diana sonrió, sus ojos comenzaron a lagrimear. Tragó saliva y asintió.

—Los terminaré incluso antes —dijo Diana secándose las lágrimas con el dorso de sus manos.

—¿Antes?, bien. Solo que te doy una condición —dijo la secretaria—. Yo supervisaré tu trabajo y te ayudaré en lo que pueda. Supongo que trabajarás este jueves y viernes.

El justiciero aspiró muy profundo, y puso sus ojos en blanco.

—Entonces vendré a retirar estos documentos el sábado por la mañana —dijo el justiciero—. Por cierto, es de vital importancia que no le diga a nadie sobre lo que usted descubra en esos códigos. ¿Entiende el por qué el monto del dinero, cierto? Y no se preocupe. Es dinero lícito. No tendrá problemas en el servicio de Rentas.

—Sí. No se preocupe. Lo tendré todo listo. Gracias, gracias.

—A ti —dijo el justiciero, luego miró a la secretaria—Ven, tenemos que hablar —dijo. Dio media vuelta y se retiraron.

Carla volvió a la sala de lectura y Diana trabajó toda la tarde con aquella mujer que permaneció sentada en una esquina. A veces, la secretaria se paseaba junto a ella, a veces quería conversar; pero, Diana prefirió no decir nada. Trabajar en silencio era la única forma de trabajar de verdad.

Al dar las seis de la tarde salió de la biblioteca. Solo en aquel momento racionalizó de nuevo que todo, todo se solucionó, incluso la estadía de Abigaíl en su casa era un problema menor.

—Abigaíl, ya llegué —dijo Diana al cruzar el umbral de la puerta de casa, quiso disculparse con ella por lo que le dijo en la mañana.

Fue a la cocina. Sirvió dos vasos de leche fresca y se tomó uno, convencida de que ahora ya podía devolverle el dinero a Abigaíl y ya no generar sospechas con los guardias de seguridad que la perseguían. Sonrió y se imaginó restregándole al banquero Sati sus tontos chalers en la cara y luego, si quisiera, podría escupirle en esa verruga asquerosa que tiene en la mejilla.

—Abigaíl.

Dejó el vaso vacío junto al otro. Se relamió el labio superior saboreando la grasa blanca que le quedó impregnada. Por la noche se tomaría un par de botellas de vino con Darsy, y continuaría realizando su trabajo.

—Abigaíl —volvió a gritar.

Frunció el entrecejo al rato que repitió el nombre de la rubia. —¿Dónde se metió esta niña? —, se preguntó y fue su cuarto.

Abrió la puerta de su dormitorio; no la encontró ahí, ni tampoco en la habitación de Darsy.

—¿Abigaíl? —preguntó en voz baja, ni siquiera pudo escuchar su voz.

Se fue a la sala de estar, se sentó en un sillón. Se pasó la mano por el cabello lacio, y golpeó un cojín, recordó las últimas palabras que le dijo en la mañana.

—Niña tonta.

Horas más tarde, Diana freía pedazos de carne y embutidos sobre una sartén grande. La manteca hirviendo chasqueaba bajo la comida, y despedía un aroma a albahaca y grasa animal; pese a ello, Diana pensaba en Abigaíl. Tenía el rostro serio y suspiraba. Recordó el transportador que la niña reparaba y se preguntó si ya lo habría terminado y se fue al sur del país. Tampoco cabía la posibilidad de que los guardias de seguridad que la perseguían hayan entrado a su casa, pues la puerta no fue forcejeada.

Cuando terminó de cocinar, se acostó sobre el sofá de la sala con olor a mueble viejo. Escuchaba un poco de piano a través de la radio. Darsy llegó, Diana se levantó despacio y se quedó sentada sobre el mueble.

—¿Qué huele tan delicioso? —preguntó Darsy—. Sabía que te iban a gustar las compras que hice.

Diana se levantó y recordó la rabia que sintió al descubrir todos los alimentos en la nevera.

—Eres una tarada, Darsy, por tu culpa me estuvieron siguiendo los guardias de seguridad de la corporación Cromes. Me amenazaron con meterme presa si no entregaba a Abigaíl.

—¿Y la entregaste? —preguntó Darsy. Entrecerró sus ojos y miró con

severidad a Diana.

—¿Qué?, no, no. Me pasé de la raya con ella en la mañana, y creo que se resintió, y se fue. Pobre, de verdad quería ayudarla.

Darsy iba a decir algo, luego se extrañó y miró inquisitivamente a los ojos de Diana.

—¿Qué? —preguntó Diana.

—Habla, ¿qué hay de nuevo?

—Debía ser una sorpresa. Ya tengo todo el dinero de la deuda y más.

—¿Cómo?, ¿qué? —Darsy saltó de alegría y dio un par de volteretas sobre sí. Luego abrazó a su hermana sonriendo—. ¿Lo dices en serio?, ¿Entonces sí te aceptaron en el cuerpo de justicieros?

—De hecho, me rechazaron. Pero hoy fue a la biblioteca un justiciero y una mujer, bastante pesada, la verdad, y me contrataron para descifrar unos códigos, incluso me pagaron por adelantado. Cinco mil, cinco mil chalers y aún faltan seis mil.

—Cinco... mil—Darsy se llevó las palmas de las manos hacia sus mejillas. Sonrió y abrazó de nuevo a su hermana.

—¿No te metiste en drogas, cierto?

—Sí, por supuesto. ¿Quieres un poco de actualina?, ¡Tarada!

Darsy rio.

—Bueno, yo te tengo otra buena noticia —dijo Darsy. Se acercó a la puerta del departamento que estaba entreabierta. La abrió, e hizo una señal, como de obra de teatro presentando a alguien.

Abigaíl entró con timidez. Se puso tras Darsy, y miró a Diana.

—La encontré junto a la garita del guardia de seguridad, reparando su transportador.

—¿Qué carajo hacías ahí?

—Me quedé fuera del departamento cuando fui a comprar unos tornillos. Además, ya que me quedé afuera, no quise ser un estorbo más.

—Pero sí uno para el guardia.

—Él aceptó cien chalers por cuidarme hoy.

Diana sonrió por no querer gritar, y puso sus manos en la cintura.

—Tienes razón. Te debo una disculpa.

—No sé cómo más ayudarlas.

—Si escuchaste lo que dijimos, sabrás que ya tengo el dinero de la deuda, y si quieres ayudarme, no me hagas sentir triste porque te vas, quería celebrarlo contigo y mi Darsy.

—Me refiero a que destruí la memoria flash con el dinero.

Diana sintió una punzada en la boca del estómago y remordimiento. Darsy abrazó a Abigaíl.

—No debiste hacer eso. Sé que mi hermana no te abrazaría; yo lo haré por ella —le dijo, y le apretujó con fuerza.

—Si de algo sirve —dijo Diana—. Nosotras somos las que debemos ayudarte. Tienes más problemas. Salvo tus guardias de seguridad y tu inoportuna indigencia, a nosotras no nos persigue nadie, nadie mató a la persona que más amamos. Ven, vamos a cenar. Preparé algo delicioso.

Capítulo 19

Capítulo 17: Suprimalos

En su oficina, Edward miró sobre el escritorio una hoja de cartulina marrón que su secretaria le dejó. Pensó en la salud de Ricardo y miró el calendario. El sábado, con los documentos descifrados por la señorita Asterman, buscaría a su hermano e iría a Actertal a saldar cuentas con su padre, un homicida. Confiaba en todo lo que Mauricio le dijo, y se replanteaba sus objetivos, ¿darle a su padre el Éther? ¿Podría él detener el genocidio y la esclavitud?

Tomó un cigarro y lo puso en la boca. Con su celular leyó el código de barras y se mostró un video del nuevo jefe del cuartel. El coronel Juan Russo. En resumidas cuentas, se cancelaban las investigaciones sobre los fundamentalistas endromelianos, y de eso se encargaría una división especial creada por el coronel y sus hombres de confianza.

¡Patrañas! Mauricio llegó muy lejos en su investigación, descubrió mucho y tocó a uno de los altos mandos del gobierno: Salomón Knocks, ministro de cultura, ciencia y tecnología.

Se abrió la puerta antes de que encendiera su cigarro.

Vibró su celular. Había un mensaje —Operativo fichado. Bajar al comando— Edward sonrió con ironía. Se quitó el tabaco de la boca y con un tingo lo arrojó a su escritorio.

Se dirigió al centro de operaciones, una oficina con decenas de secretarios archivando informes y enviando operativos. Trabajaban en pequeños compartimentos separados por paredes de madera de cartón prensado de un metro de alto que sostenían sobre sí un vidrio pequeño. Ahí se le asignaba a la policía de tropa el grupo de trabajo, y el operativo que se deba realizar.

Fue a la oficina 77, donde un joven que rozaba los veinte y tantos años digitaba algo en su computadora.

—Operativo 14 —dijo Edward con seriedad.

—¡Capitán! —dijo el joven. Se levantó e hizo un saludo militar—. ¿Usted?, sí, sí, cierto.

El joven se sentó y le entregó una hoja de cartulina roja.

—Es un placer verlo por aquí.

Edward tomó la hoja. Leyó con su celular el código de barras. Le devolvió la hoja al joven, y se retiró.

Hacía más de cinco años que no lo llamaban a ese lugar. Todo lo que él realizaba, lo hacía por orden directa de su antiguo jefe. Sabía que, si mataron a Mauricio, él correría la misma fortuna. Tal vez en este operativo lo matarían por accidente. Tal vez ese era el último día que pisaba aquel cuartel de policía.

Debía actuar con serenidad, no reclamar, obedecer órdenes. Se encontraba en el ojo del huracán, y ahora lo trataban como a personal de tropa. Abrió la carpeta, y miró el informe: Sus compañeros: Alicia Plabarte y Mauricio Eltafer. El automóvil que conducirían sería el 730. Ni siquiera el mismo auto de patrulla que siempre condujo con Tazner y Paragar.

Bajó al estacionamiento, los supuestos compañeros ya deberían estar en el automóvil. El caso a resolver era simple: grupo de religiosos humanos violando la ley en la vía pública del código 540. Según la nueva ley, ningún humano podía adorar a su dios, Éndromel.

Edward se ubicó en el asiento del copiloto, como dictaba el reglamento de intervenciones policiales. Todo justiciero de rango superior ocuparía aquel lugar. Sus compañeros de operativo parecían novatos, y no se conocían el uno al otro. En el transcurso del viaje conversaron poco y lo poco que conversaron era respuestas a preguntas básicas: el cuál es tu historia, por qué te hiciste justiciero, el cuál es tu equipo de fútbol favorito.

Edward prefirió cerrar los ojos y esperar hasta que el conductor le dijera. —Capitán, hemos llegado—. Ese momento llegó tras unos diez minutos de viaje.

—Qué raro —dijo Alicia, quien conducía.

El día era claro y hacía calor. En el lugar del incidente vio coches de patrulla y varios justicieros que habían allanado una casa. El automóvil se estacionó tras un coche de patrulla.

—¿Qué hacemos, capitán? —preguntó la mujer.

—Quédense en el auto hasta nueva orden —dijo Edward.

Bajó del auto. Los policías de las veredas conversaban entre sí, fumando y riendo. Edward fue hacia ellos y luego un oficial se acercó. Llevaba una boina verde y un bigote anticuado que brillaba desviando la atención del rostro cadavérico de su dueño.

—Tenemos órdenes de que usted debe concluir con el caso —dijo el oficial.

Edward sintió un calofrío. Miró hacia los otros policías que sonreían y murmuraban al verlo. Miró a su espalda. Los compañeros que viajaron con él bajaron del auto; el varón puso su mano en la frente a modo de visera, y la mujer se quedó tras la puerta abierta del coche.

—Venga —dijo el oficial.

Edward alzó su mentón y caminó tras el oficial, ignorando a los otros policías que lo miraban con desdén. Si supieran que él podría matarlos en ese momento con un estallido de fuego de sus manos.

El edificio era rentero. Cruzó la puerta de hierro que fue forcejeada. Siguió por un pasillo hasta una escalera de baldosa gris que ascendía cinco pisos, y subieron. En el corredor de cada piso había un policía con su saeta en la mano; saludaban con el oficial cuando lo veían, pero no a Edward. Edward miró al policía del segundo piso a los ojos; no obstante, aquel policía tan solo se limitó a juzgarlo con la mirada. Edward sabía que eso era una trampa. Mantuvo su mentón en alto. Si ese era su último día, moriría con orgullo.

Quizá alguien le dispararía en la cabeza al cruzar la puerta del departamento indicado. ¿No hubiera sido mejor inventarle algún delito?, ¿enviarlo a prisión y matarlo? ¿Por qué complicar tanto las cosas? ¿Por qué no matarlo como mataron a su amigo, Mauricio?

En el departamento 34 del tercer piso, dos justicieros custodiaban la puerta abierta. Entró y cruzó tras el oficial a un pequeño pasillo de piso de madera; al fondo un vestíbulo con otros policías.

¿Por qué?, ¿por qué complicar tanto las cosas? Se preguntó. El caso había sido resuelto; los religiosos fueron atrapados. Bastaba con ponerle a él una bala en la cabeza mientras caminaba por la calle y culpar de ello a los endromelianos en los medios de comunicación.

Al llegar al vestíbulo encontró en el rincón a una familia. Un hombre, una mujer y un niño de unos cinco años, arrinconados en una esquina bajo una ventana, abrazados, temblorosos. A su alrededor: uno, dos, tres... ocho justicieros apuntándolos con sus saetas. Con Edward y el oficial

ahora eran diez formando un arco frente a ellos.

Edward miró los rostros de la familia, retrato de súplica y perdón. Estaban apretujados en la esquina como animales de presa. Edward sintió la mano del oficial tocar su brazo.

—Asésínelos. Pregonaban la religión de Éndromel.

La familia gimió al momento que escucharon esas palabras.

—Eso solo lo puede dictaminar un juez —dijo Edward, mascullando, frunciendo el ceño cada vez más. Sabía que no era cierto, no con las nuevas leyes; pero, no encontró otra excusa con que librarse de aquella orden.

—Suprímalos —dijo el oficial. Tomó su saeta y se la mostró a Edward—. Son las órdenes. Ese es su trabajo. Así son las nuevas leyes. Si no lo hace, usted es un enemigo del gobierno y un enemigo de la raza atili.

Un enemigo del gobierno debía ser eliminado. Se dijo Edward, tragó saliva espesa como aceite, su pecho era un tambor que golpeaba tan fuerte que vio la imagen de Doramina y de su madre el último día que las vio con vida, vistiendo vestidos largos y elegantes.

—Suprímalos.

Edward vio el rostro del niño que lloraba con sus manos agarrando el brazo de su madre, arañándolo. La garganta de Edward se obturó, y sus entrañas se hicieron nudos. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Recordó a su padre. —Buscan eliminarlos—, recordó, y también recordó que eso descubrió Mauricio y ahora a él le obligaban a matarlos, suprimirlos.

Miró al hombre y a la mujer que se aferraban con fuerza a su hijo, y temblaban como si un terremoto se les hubiera emergido del suelo y solo a ellos. Edward los apuntó con la saeta. Del otro lado vio a Ricardo y Carla; sus vidas también dependían de un gatillo. Si disparaba, su hermano y su cuñada se salvarían. Ricardo podría llevar las investigaciones del Éther a su padre quien prometió eliminar a ese gobierno que le obligaba a matar a una familia quizá inocente.

Pero su padre sí los hubiera matado, su padre no tuvo contemplaciones con matar a otros para descubrir el Éther. Si Edward los mataba, su padre estaría orgulloso.

—No parecen endromelianos —dijo Edward.

—Usted obedezca.

Él no era su padre. Bajó el arma. Su corazón que bombeaba como un tambor de barra brava descansó. Su respiración se hizo calma y suspiró entrecortadamente.

—Eso creímos —dijo el oficial.

Miró a los otros policías apuntar a la familia. Edward podía matar a más de la mitad de ellos, pero no detener sus disparos. Podía inmolarse y crear una bomba de fuego con su cuerpo, no obstante, eso resultaría en la muerte de aquella familia y también de todos y de él y, por tanto, todo sería inútil y tonto.

Cerró sus ojos. Escuchó los gatillos halarse. Gemidos y gritos de auxilio que se desvanecieron pronto.

Alguien sujetó sus brazos a sus espaldas y lo esposó. Entre un nubarrón, o un eco escuchó al oficial:

—Por traición al imperio de los hijos de Xances y a los Protectores de Gaia y la vida, estás bajo arresto. Edward Nicolás Salazar, excapitán de los justicieros del décimo tercer cuartel de Jamur.

Capítulo 20

Capítulo 18: Salomón Knocks

Edward entró a una pequeña habitación cuadrada. El suelo y sus paredes eran de baldosa blanca y en el medio había una mesa metálica sujeta al suelo por pernos que se horadaban en sus patas de acero. Había dos sillas, también de metal y al lado derecho un espejo.

Edward se sentó, fregó sus párpados con la mano derecha y miró hacia el espejo. Se preguntó, quién miraba desde el otro lado. Meció su pierna de arriba hacia abajo, apoyando la puntilla en el suelo. Se pasó las manos por la cabeza unas cinco veces. Le dieron ganas de fumar, y le habían quitado el tabaco de su chaqueta en el automóvil en que lo llevaron.

Esperó dos horas.

Dio vueltas a la habitación incontables veces, pensando de qué manera lo ejecutarían. Eso se hacía a los traidores del imperio. Lo llevaron ahí, porque necesitaban averiguar quién más tenía información de que Salomón Knocks contrataba a atilis para hacerse pasar por fundamentalistas. Tal vez irían por Carla.

La puerta metálica se abrió cuando Edward estaba sentado. Escuchó unas voces y luego vio entrar a un hombre de cabello negro: Era alto y delgado y su cara de pómulos angulares se ocultaban tras unos lentes redondos y transparentes que brillaron con la luz pálida de la habitación. El hombre vestía una chaqueta de pana marrón y unos pantalones negros. ¡Todo un nerd!

—Buenas tardes. Edward Salazar —dijo el hombre con una sonrisa amable. Y estiró su mano para saludar.

Edward miró los ojos de aquel hombre, profundos como el cielo de verano, profundos como el infinito, más allá del azul. Estrechó la mano del ministro de cultura, y rector de la Universidad Estatal de Xances, Salomón Knocks. Su apretón era firme, pero también correcto.

Edward lanzó un medio suspiro y miró a Salomón sentarse frente a él, poner sus manos sobre la mesa y enlazarlas.

—Edward, lamento mucho que tengas que enfrentarte a esta situación.

Pero...

—¿Por qué me interroga el ministro de ciencia y cultura y también rector de la Universidad Estatal de Xances, y no un policía o alguien de inteligencia? No soy tonto y tampoco voy a caer en las palabrerías baratas que quizá suela usar. Le seré franco, aunque eso no impedirá que me torturen. No hay nadie más que sepa que usted contrata atilis con el fin de hacerlos pasar por fundamentalistas. Usted, yo, y quizá otros ministros de alto rango del Estado lo saben. Nadie más.

—Mis peritos dicen que usted fue ayer a pedir los servicios de una mujer en la biblioteca central.

—Son asuntos privados. No estamos hablando de eso.

—Pretende conseguir el Éther, Edward —dijo Salomón. Su voz era calmada, una brisa en medio de un campo de primavera. Su rostro, sus gestos y su mirada profunda también eran calmos y conciliatorios. Había una profunda paz que emanaba de aquel hombre como si estuvieran relatando el fin de alguna odisea o contemplando las bondades de una vida que llega a su fin; pero el tema que Salomón Knocks planteó con su profunda calma no era un tema que pudiera darle tranquilidad a Edward. Así, su voz fue una brisa en los campos de una guerra oscura que tan solo anunciaba el siguiente asalto.

Edward sintió una leve comezón en los pies que de inmediato volvieron a moverse de arriba hacia abajo. Salivó excesivamente. Necesitaba un tabaco cuanto antes. ¿Por qué Salomón Knocks sabía eso? Tragó saliva.

—Disculpe, ¿tendrá un tabaco?

—Sí, claro —dijo Salomón. Miró hacia el espejo de la derecha. Hizo un gesto con sus dedos sobre la boca, como si fumara.

La puerta metálica se abrió. Salomón se acercó a ella y estiró su mano hacia afuera. Regresó con una cajetilla y una caja de fósforos roja. Las puso sobre la mesa. Edward abrió la cajetilla y vio adentro cuatro tabacos.

—Cuéntame, Edward, ¿cómo va ese proyecto tuyo de devolverle el Éther a tu padre?

Edward soltó una risita de desprecio. ¿Por qué, y cómo Salomón Knocks conocía eso? Tomó un tabaco, y lo encendió con la cajetilla. Arrojó el humo hacia las luces blancas del techo.

—No sé de qué habla. Pensé que me trajo a este lugar a hablar de otros

temas que más deberían urgirle a usted.

—Si te refieres al tema de los fundamentalistas endromelianos. Está bien. Te lo aclararé; porque, deseo que también cooperes con nosotros.

Edward lo miró fijo. Aspiró otra vez el humo sin darle tiempo a sus pulmones de respirar oxígeno.

—Necesitamos purgar de los humanos al país. Por ello necesitamos mover consciencias. Apelar a los instintos de los atili para tener su beneplácito con este propósito. Lo único que nos interesa es tener un país de atili, para atilis. Sí, estás en lo correcto: el Estado financia a los falsos fundamentalistas. No hay gran secreto.

—¿Me dice que matan atilis, y echan la culpa de eso a los humanos?

—Así es. Así se lo ha hecho siempre. Todos los Estados del mundo hacen lo mismo de una u otra manera. Algunos bloquean la economía de otros pueblos con el objeto de matar a una población de hambre. Otros crean falsos atentados para invadir otros países. Es una práctica común.

—Dígame algo, Salomón, ¿Qué se siente decir esas monstruosidades desde una postura académica?

Salomón abrió sus ojos más de lo que podían estar abiertos, y luego rio. Se estiró en su silla y puso sus manos en la cintura. Pensó unos segundos su respuesta con la mirada baja.

—Esa es una pregunta que la resolví antes de trabajar con el gobierno en este proyecto —dijo. Luego miró Edward—. Si nos mantenemos en la postura de que el ser humano es un ser superior a las otras especies del planeta, entonces hay muchos conflictos teológicos en medio, incluso, diría filosóficos. Sin embargo, es solo otro animal. ¿No comió usted carne de res en la mañana?, ¿no bebió leche pasteurizada con su desayuno?, ¿el cinto que lleva puesto no es de cuero? El ser humano es un mamífero más racional que otros, pero sigue siendo un animal; y como tal puede y debe ser tratado. Nos sirve a nosotros los atili para ciertos fines dado que, los únicos seres superiores somos los atili que podemos dominar los elementos de la naturaleza.

""—Eso está comprobado científica y empíricamente. Usted mismo puede ponerse un anillo en el dedo y crear fuego. Si usted desea, puedo manipular el aire y hacer un pequeño remolino —dijo Salomón.

Puso sus manos en el centro de la mesa. Tenía sus anillos de oro en los dedos, y brillaron. En el espacio entre sus dos palmas de la mano se formó una honda de viento. Luego, un pequeño remolino arrastró la cajetilla de tabacos y los fósforos; también despeinó a Edward y a

Salomón; y meció sus ropas con furia. Salomón apartó sus manos bruscamente, sus anillos dejaron de brillar. El pequeño remolino desapareció. Los tabacos, que fueron arrastrados a su centro, cayeron, y dieron brincos sobre la mesa.

—Le he dado una respuesta racional, Edward —dijo Salomón. No lucía cansado. Cualquier otro atili del aire que haya hecho eso en un ambiente cerrado y sin ninguna brisa externa, se hubiera mostrado exhausto.

Edward miró los tabacos. Uno de ellos, a milímetros del borde de la mesa. Lo regresó al centro. También tomó la cajetilla de fósforos y volvió a encender su cigarro que se apagó por el viento.

—Lo único que hace es justificar un genocidio.

—Usted es un necio. Pero no estoy aquí con el afán de justificar lo que en mi creencia sé que es justo y verdadero; tampoco es mi intención sostener un debate filosófico, o teológico sobre el valor de la vida. Estoy aquí porque deseo saber si usted cooperará o no con nosotros y nos entregará, a voluntad, el Éther, o las investigaciones de su padre sobre aquel prodigio. Es la segunda oportunidad que usted tiene de demostrarle al Estado que no es un traidor. Ya ha perdido hace pocas horas una oportunidad. He venido a dar la cara. No me escondo como se esconden los criminales, porque no soy uno. ¿Cooperará con nosotros? No cometa el mismo error que su padre; si no entiende a lo que me refiero, entonces creo que no se pueda hacer más.

Edward aspiró el humo del cigarro. Trató de sonreír, no pudo. ¿Cómo conocía esa información Salomón? Alguien lo traicionó, o el sistema de inteligencia del país era más fuerte de lo que pensaba. Los únicos que sabían que él fue a ver a su padre fueron Ricardo y Carla. Ninguno de ellos lo traicionaría. Los conoce bien a ambos. Diana Asterman, apenas tiene noción de esos documentos. ¿Cómo no pudo darse cuenta que lo vigilaban?

Salomón suspiró.

—Entiende que, si usted muere, ¿también lo harán su cuñada y esa joven llamada Diana Asterman?

Edward buscó inconscientemente un cenicero. Miró a Salomón, tan sereno, tan amable como cuando llegó. Edward tragó saliva. Apuró el cigarro a la boca; aunque se le había terminado. Apagó la colilla sobre la mesa.

—No sé de qué me está hablando —dijo.

Al final, su padre estaba en lo cierto. Asesinarán a todos los humanos. Luego vendría la esclavitud atili. Su estómago dio un vuelco y su mirada se cristalizó. Miró a los ojos a Salomón.

En ese profundo y vasto azul se perdía su mirada.

Capítulo 21

Capítulo 19: Un demonio vino a verme

Diana subía brincando con prisa los peldaños de la escalinata hacia la biblioteca. Su plan era terminar el encargo del justiciero Salazar, y por la tarde ir al Banco, escupirle en la cara al señor Sati y retirar los documentos de posesión del inmueble que tanta desazón le ocasionaron desde que sus padres murieron.

Entró a la biblioteca, atravesó el enorme portón hacia la recepción de la planta baja. Se acercó al timbrador donde puso su huella digital marcando la hora: 8:47 a.m. Le dio un beso en la coronilla al autómata de la recepción.

—Demos gracias a los protectores por llegar temprano—dijo el autómata.

—¡Gracias, protectores! —dijo Diana.

Las puertas del ascensor se abrieron. Diana entró y bajó al subsuelo. Su celular vibró, leyó el mensaje: —Tienes un cliente—. Diana resopló, como cansada. Debía de ser Carla. No le hizo gracia la idea de trabajar con alguien. Menos con esa secretaria.

La vio sentada tras la mesa de la recepción en el subsuelo. Por su uniforme de oficina, cualquiera la hubiera tomado como la recepcionista oficial. Diana se acercó.

—No puedes estar sentada ahí —dijo Diana. Dejó su maleta bajo la mesa de la recepción, a centímetros de los pies de Carla y luego fijó sus ojos en ella.

—Buenos días —dijo Carla.

Se puso de pie y caminó hacia la sala de lectura con sus manos metidas a los bolsillos de su chaqueta.

—Leí en tu reporte que tenías dificultad en obedecer órdenes de tus superiores —dijo Carla. Paseándose entre las mesas de la sala de lectura.

Diana puso sus ojos en blanco. Metió una llave en una ranura de su escritorio a la derecha. La giró y abrió el cajón cerca del suelo. Sacó la caja de cartón que Edward le entregó. Los cargó y los llevó a la sala de lectura y luego los dejó caer sobre una mesa.

—¿Así guardas unos documentos tan importantes?

—¿A caso importa si alguien los descubre?, no creo que nadie pueda descifrarlos.

—¿Nadie?

Diana tomó las hojas del cajón de cartón y las puso una junto a otra sobre el escritorio. Miró a Carla.

—No, nadie —dijo Diana—, ayúdame, por favor. Necesito mover estas mesas como lo hicimos ayer.

El tiempo se tragaba las horas a bocanadas. Diana, en tres diferentes cuadernos anotaba las soluciones que encontraba en los documentos. El primer cuaderno le sirvió para transcribir problemas algebraicos o geométricos, como un libro de bachillerato. En el segundo cuaderno apuntaba las respuestas; eso le permitía organizar de otra manera los folios. Y en el tercer cuaderno anotaba el código descifrado. Diana prefirió anotar el código en otro idioma; no quería ver a esa mujer inspeccionando su trabajo, hoja por hoja.

—¿Por qué no lo pones en español? —preguntó Carla cuando leyó una hoja.

Diana se imaginó sonriendo, aunque no hizo ninguna expresión con el rostro.

—Así está este código. Cuando termine todo lo traduciré al español.

En ese momento sonó el timbre del celular de Carla y ella lo contestó.

Diana continuó resolviendo las ecuaciones hasta que escuchó a Carla quejándose en voz alta con quien sea que estece hablando, de seguro el justiciero Salazar: —¡No puedo leerlo! Está en otro idioma. ¿Qué? Bien, iré hacia allá—.

Carla colgó el teléfono. Se acercó a Diana y le dijo.

—Mira, debo irme. Tú continúa con tu trabajo, y por favor. Trata de traducir al español lo que sea que hayas descubierto.

Diana tan solo asintió y continuó su trabajo sin verla marcharse. Tomó el tercer cuaderno y leyó la primera frase.

Estas son las instrucciones que develan los procedimientos de la elaboración del Éther, la quintaescencia, la sangre de dios. Tomar tomo IV del libro Manualidades de barro de Arturo Jara, séptima edición, editorial Alfabetá, año 1956, página 185. Palabras: 20, 4, 56, 87, 1, 3, 22, 68...

El código era eso: nombres de libros, autores, páginas y número de palabras de la página. Así en una serie de veces que parecía infinita.

A eso de las tres de la tarde se sentó en un asiento y dejó caer el cuaderno de resolución de ecuaciones en una mesa. Ese código que "supuestamente" revelaba la elaboración del Éther era otro filtro que escondía la información repartida en millares de libros. Eso significaba que, si deseaba obtener la información verdadera debería acudir a cada libro, y página por página, de palabra en palabra, reconstruir el verdadero contenido.

Pensó en lo ridículo que era ocultar algo que no existía o que ella creía que no existía; aunque, de existir, comprendió a cabalidad la delicadeza del tema y el por qué le pagaron tanto dinero. Incluso se preguntó si no estuviera transgrediendo alguna ley, o si su vida no correría peligro por conocer información tan delicada.

Hizo bien en escribir la información en otro idioma. Cuando termine el trabajo les diría al justiciero y a su secretaria que ella no conoce el idioma en que estaban traducidos los códigos. Y si le preguntaban que por qué puso en su currículum que sí lo conocía, diría que fue con el fin de ganar más puntos para entrar al cuerpo de justicieros. A la final, ella nunca obtuvo ningún diplomado por aprender el Sefírico, sino que lo aprendió estudiando ella sola.

Cuando se puso de pie para continuar su trabajo, escuchó el timbre del ascensor. Era un cliente. Suspiró cansada, y caminó a la recepción. Del ascensor salió un niño de unos trece años y se acercó a la mesa.

—No sabía a dónde ir. Entraron a tu casa por la fuerza —dijo el niño.

Su voz era muy delicada, no podía ser un niño de aquella edad. El niño era Abigaíl. Se cortó el pelo al ras y se lo tiñó de negro. Sus ojos ya no eran celestes. Eran marrones; Diana intuyó que llevaba lentes de contacto.

Se reclinó en su asiento, y puso sus dedos sobre el puente de su nariz. Negó con la cabeza, y luego miró a Abigaíl. Lo admitía, no hubiera descubierto su identidad de haberla visto en la calle. Pese a sus diecisiete años, su delgadez le ayudaba mucho a ocultar los pocos senos y trasero, y en realidad tenía la apariencia de un niño adolescente.

—Llamé a la policía. Les dije que forcejeaban la puerta de tu departamento. Fue llamada anónima —dijo Abigaíl apurando sus palabras.

Diana levantó sus cejas, y medio sonrió. Suspiró. Se puso de pie, rodeó la mesa de la recepción, y se acercó a la niña. No encontraba argumento con que acribillarla con insultos sobre irresponsabilidad. Si forcejearon su casa, era porque los guardias de seguridad de la corporación Cromes ya agotaron sus recursos.

—¿Era la guardia de seguridad verdad?, ¿no te vieron?

—No. Pude escabullirme y salí sin que me vean. Me hubieran atrapado en las escaleras. Fui a comprar esta ropa, me corté el pelo, y lo teñí para evitar sospechas.

—Anda, siéntate por allá. Debo trabajar —dijo Diana. Miró la hora. Eran las tres y media.

—Ya casi termino de reparar mi transportador. Te juro que ya no seré una molestia.

—No lo eres —dijo Diana, aunque omitió la frase —del todo—.

—¿Crees que pueda trabajar en la mesa tras los libreros?, así nadie me verá.

—Sí, anda, y mira. Debo ir al banco a pagar la deuda de mi departamento. ¿Si ves esas hojas sobre las mesas?, bien. Si viene alguien, no dejes que las toquen.

Diana tomó un taxi hacia el banco Justicia y Esperanza. En el trayecto, realizó en línea el depósito de los cuatro mil trescientos chalers que le faltaban por cubrir la deuda. Ya en el banco pidió una cita con el banquero en las recepciones para obtener los documentos firmados de posesión del departamento, cita que le programaron para el lunes a las diez de la mañana.

Al volver a la biblioteca, los documentos que estuvo trabajando seguían en el orden que dejó ella. Abigaíl salió tras los libreros. Diana aún se sorprendía de la similitud de la ex-rubia con cualquier niño de trece años.

—Vino una mujer —dijo Abigaíl cuando estuvo junto a Diana—. Dijo que trabajaba contigo.

—Sí. Conmigo trabajan una mujer y un justiciero —dijo Diana. Volvió a tomar su cuaderno de ecuaciones.

—Mi padre decía que con el Éther se puede dar vida a los autómatas que él fabricaba.

—¿De veras? —preguntó Diana sin darle importancia.

Según las leyendas, con el Éther se podía incluso revivir a los muertos. Si lo creía o no, en realidad no le importaba. Su trabajo solo era descifrar esos códigos.

—Ayúdame a traer esa mesa de allá, por favor.

Abigaíl arrastró una mesa y la puso al lado de la que Diana le pidió, junto a varios documentos.

—¿Qué es esto? —preguntó Abigaíl—. ¿En verdad te muestra cómo hacer el Éther?

Diana le ayudó a Abigaíl a colocar la mesa, alineada junto a las otras. Las mesas comenzaban a tomar la forma de una U.

—¿Cómo sabes que para eso sirve?

—La mujer que vino, hablaba con alguien por teléfono algo sobre el Éther, y que era necesario conocer pronto cómo se lo realizaba.

—¿Esa mujer no te vio?

—No. Pero se la veía muy preocupada.

—Tendrá sus cosas. Lo único que debo saber es que tengo que entregar estos documentos antes del lunes —dijo Diana. Tomó su libreta de nuevo, y anotó unos números.

Al poco tiempo, Abigaíl se había dormido tras los libreros, y Diana estaba sumida en la concentración más absoluta. Le agradaban esa soledad y ese silencio; escuchaba el murmullo de sus labios cuando hablaba entre dientes y sonido del lápiz surcando el papel.

A pocos minutos de las seis de la tarde escuchó el timbre del elevador. Volteó a ver hacia la luz roja parpadeante y luego se abrieron las puertas del ascensor en direcciones opuestas.

Quizá sea Carla, pensó Diana, o quizá un cliente inoportuno. Dejó sobre una mesa sus apuntes y fue a la recepción.

—Buenas tardes, bienvenido —dijo Diana arreglándose un poco el cabello enmarañado. No era Carla, sí un cliente inoportuno.

Miró al hombre que salió del elevador; sus lentes redondos cubrían unos ojos azules. Diana tuvo la sensación de conocerlo, o haberlo visto alguna vez en el recorte de algún periódico.

—Buenas tardes, busco a una señorita de apellido Asterman.

Diana pensó que aquel hombre venía de parte de los brutos de la corporación Cromes; fastidiada, torció el labio y la mejilla derecha como si a un niño se le mandara a lavar platos.

—No se encuentra. Fue a la biblioteca central a buscar no sé qué.

Diana sostuvo la mirada de aquel hombre durante unos segundos, luego se incomodó debido a la serenidad inmutable del sujeto. Fue buena idea el no haberle dicho quién era ella. Desvió la mirada hacia la izquierda, y buscó un lápiz y un papel.

—Desea que le deje su recado.

—No se preocupe, volveré mañana a buscarla personalmente.

—¿Quién es usted?

—Salomón Knocks. ¿Sabe usted si la señorita recibió el encargo de un justiciero llamado Edward Salazar?

—No me ha dicho nada —dijo Diana, apretó sus labios.

—Es que —dijo Salomón llevándose los dos dedos de la mano izquierda a la barbilla—. ¿Sabe una cosa?, ese tal Edward Salazar ha puesto en riesgo la vida de esa pobre mujer. Le entregó información por la cual la matarán a ella y a su hermana, y me gustaría ayudarla a evitar esa tragedia.

Diana sonrió con un gesto forzado, sus labios apenas dibujaron una línea que ligeramente se alzaba en los extremos. Respiró hondo. Esta vez no le quitó la mirada a Salomón. Caviló unos segundos, estuvo a punto de decirle quién era ella; sin embargo, el timbre que anunciaba el cierre de la biblioteca le interrumpió cuando abrió su boca.

—Lamento haber llegado tan tarde —dijo Salomón tras esperar que el

reloj guardara silencio.

Salomón se acercó y puso sus codos sobre la madera de la mesa de la recepción, y miró tan fijamente a los ojos de Diana que parecía conocer todo su pasado.

—Dígale a su amiga esto que le dije a usted, y dígame que no se preocupe, que yo le ayudaré a evitar su muerte, siempre y cuando colabore con el gobierno de Xances —Salomón dio un par de golpecitos con sus nudillos sobre la madera y volvió a erguirse—. Un gusto y que los protectores la bendigan.

Las manos, piernas y mandíbula de Diana temblaron y temblaron aún más mientras más se alejaba Salomón Knocks. Ahora recordaba bien quien era: No solo era rector de la Universidad Estatal de Xances, sino también ministro de Cultura, ciencia y tecnología. Cuando este hombre se metió al ascensor, Diana percibió una lágrima cayendo de su ojo derecho. Respiró profundamente; sin moverse de su sitio, sin dejar de temblar y largando lágrimas de vez en cuando.

Abandonó la biblioteca a las seis de la tarde y quince minutos. Caminaba con prisa y con la caja de cartón de los códigos apegados al pecho. Abigaíl le seguía a dos metros.

Diana miraba de un lado a otro a todas las caras de los transeúntes; a todas las esquinas y recovecos que antes no percibió: el ladrillo roto de la esquina de una casa, el tejado enmohecido y verduoso de un viejo edificio, fachadas desgastadas, baches que antes no había visto en la carretera. A menudo, el sonido de cláxones o las simples campanadas de las iglesias le hacían brincar.

Se detuvo en una esquina cuando el semáforo se puso en verde.

—Señorita Asterman —dijo una voz varonil desde un automóvil que se estacionó junto a ella.

Los dientes de Diana castañearon y regresó a ver a la persona que le llamó por su nombre. Identificó tras la puerta del automóvil al señor Sati. Diana respiró con más sosiego, y apretó sus dientes. Volteó a ver a Abigaíl, la niña también se detuvo en la ventana de un almacén de zapatos.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Diana.

—La he visto de casualidad caminar por aquí y...

—No es casualidad, este es mi camino a casa. ¿Me está siguiendo?, ¿quiere su estúpido dinero?, ya se lo he pagado todo. El lunes quiero los papeles de mi casa.

—¿De veras? —dijo el señor Sati. Entrecerró sus ojos—. Entonces supongo que mañana podrá aceptarme un brindis por llegar a buen término en nuestra relación mercantil.

Las mejillas de Diana se ruborizaron, y sintió asfixiarse. Pateó la puerta del automóvil, hundiendo el metal negro, haciéndole un pequeño cráter. Resbaló y cayó al suelo con la caja de los códigos. Algunas hojas se desparramaron. Abigaíl, desde el otro lado de la acera, la miró alarmada, y las personas que transitaban la acera se detuvieron a verla.

Diana se apresuró a recoger las hojas que salieron de la caja, al tiempo que se iba el automóvil en que viajaba el señor Sati. Sin querer, arrugo una hoja y se dio cuenta de cuánto temblaban sus manos y piernas. También racionalizó que el pago de ese estúpido departamento le puso la soga al cuello. Ya no podía devolverle esos papeles a Edward Salazar, porque se gastó gran parte del dinero en el pago de la deuda.

Se levantó del suelo.

—¿Puedo ayudarla, señorita? —preguntó una señora que se agachó a recoger los folios.

Diana le agradeció con un leve murmullo, levantó la caja, se arregló la ropa y miró a Abigaíl. La niña no se acercó: Diana así le había exigido. Pero esta vez Diana le hizo un gesto con la cabeza para que la acompañe de cerca.

La rubia con apariencia de niño miró en ambas direcciones como si quisiera cruzar de vereda. Tan solo le faltaba que los brutos de la corporación Cromes la atajaren por alguna esquina. Se acercó a la acera esquivando a las personas. Estiró la mano y pidió un taxi.

Se subió con Abigaíl en los asientos de atrás. Dio la dirección de la casa, y arrojó los documentos a un lado. Se pasó una mano por el cabello, y miró tras las ventanas.

—Habrà tráfico —dijo el taxista.

—No importa, usted arranque —dijo Diana.

Diana se veía en una encrucijada, la más grande de su vida. El gobierno podría procesarla por traición si es que no colaboraba con Salomón

Knocks. Sin embargo, tampoco podía devolver el dinero a Edward Salazar.
¿Qué hacer ahora?